



CIÓN



HISTORIA
DE
CALIFORNIA



F864
H6





1080017202

EX LIBRIS

HÉMETHERII VALVERDE TELLEZ

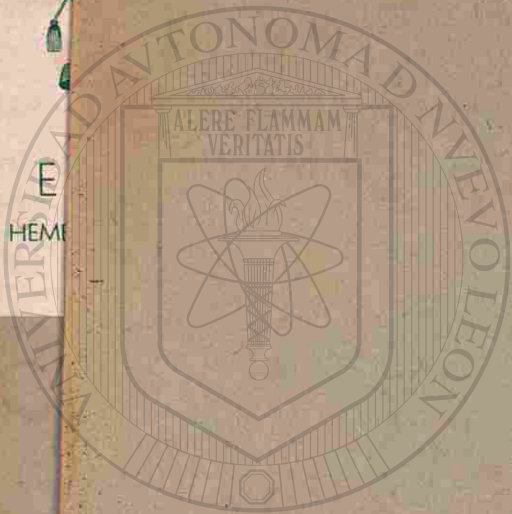
Episcopi Leonensis

Supra *hand*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA

DE

EL DOMINGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA CRISTIANA

DE LA

CALIFORNIA.

OBRA TRADUCIDA AL ESPAÑOL

PARA

EL DOMINGO

POR EL LIC.

D. GERMAN MADRID Y ORMAZTEGUI.

"Hé aquí unos conquistadores que llegan sin mas armas que la cruz del Salvador. Vienen á ofrecer su propia sangre y á comunicar un tesoro celestial á los vencidos - en vez de arrabatarles sus riquezas ó á robars la patria."

Universidad de Nuevo León

BIBLIOTECA

VALVERDE Y TELLEZ
MEXICO:

IMPENTA DE PEDRO MURGUA

1864.

038560



F 864

H 6



FONDO ESPECIAL
VALVERDE Y TELLEZ

038280

HISTORIA CRISTIANA

DE LA

CALIFORNIA.

CAPITULO I.

LA CALIFORNIA.

Parece, en verdad, que Milton, el cantor de las cosas del infierno, tuvo intuición profética de todo lo que hoy pasa en California cuando á propósito de Mammon, el demonio del oro, trazaba estos enérgicos pensamientos: "A su "cabeza está Mammon cuyas vergonzosas pa- "siones hacen de él el mas vil de los hijos del "cielo. Aun en el divino imperio su sórdida "avaricia le obligaba á bajar los ojos, y su ávi- "da mirada parecia preferir la vista de las pre- "ciosas riquezas de la morada celestial, á la "contemplacion de los ardientes querubines. "Por él se inficciónó el mundo con la sed del "oro, y, desnaturalizado hijo de una madre fe- "cunda, el hombre cavó la tierra, y su mano "avara le arrebató los tesoros que ella oculta

“en su seno.” —¡Ah! nuestras enfermedades sociales no han extinguido en nosotros esa codicia ardiente que es sin duda una de sus causas mas próximas y mas vergonzosas.

Nos parecemos á aquel avaro moribundo á quien se presentaba un crucifijo de plata y que, tomándolo en su mano desfallecida, preguntaba qué peso podría tener aquel metal.—Nuestros diarios, expresion de las necesidades universales y del pensamiento público, nos ofrecen á cada paso en las mismas columnas en que acaban de describir las sangrientas sediciones de las capitales y los mortales extragos del cólera, la pintura seductora de ese nuevo Eldorado que se encuentra, dicen, en la California.

Para los espíritus rectos, para los corazones bien nacidos, hay un indefinible atractivo en la narracion, bien diversa por cierto, de esas peregrinaciones cristianas y caballerescas, en esas aventuras de hombres que exponen su vida á todos los peligros por solo amor de Dios y por la salvacion del prójimo. Bernardino de Saint-Pierre, en los bancos del colegio, aun mas curioso por los viajes del padre Alejandro de Rhodes á la China que por las expediciones de

1 Mammon, the least erected spirit that fell
From heaven for e'en in heaven his looks and
thoughts

Were always downward bent, admiring more
The riches of heaven's pavement, trodden gold,
Than ought, divine or holy, else enjoy'd
In vision beatific, etc., etc.

Paraíso perdido, lib. I, v. 679.

Ulises en los mares de Oriente, leia furtivamente las “Cartas edificantes” en vez de seguir las doctas explicaciones sobre Homero y Jenofonte. La lectura anterior le apasionó hasta el punto de ser necesaria toda la autoridad paterna para impedirle hacerse misionero. ¡Dichoso tiempo aquel en que las lecturas excitan en el alma semejantes pasiones! Hoy la California solo es, para la generalidad, una mina de oro y nada mas.

Es una tierra cuyo seno se trata de despedazar, mas no para fecundizarla, como el labrador, sino para arrancarle las partículas metálicas que ella guarda; es un aliciente ofrecido, mas allá del Océano, en un país salvaje, á todas las avidedeces corrompidas de nuestra civilizacion.

Hé aquí un pasaje que refiere Johnson en su viaje acerca de los mineros: “Se veia á unos cavando la tierra con anchos azadones por entre las breñas y cerca de las grandes rocas, sin interrumpir un solo momento su tarea ni aun para alzar la vista; otros removian con picas y palas los trozos de piedras y granito; otros buscaban aun, por medio de escarbadores, debajo de las raíces de los árboles: si se descubria una partícula de oro todos los ojos brillaban al punto y el trabajo se aumentaba rápidamente y con tenacidad. Se sumergian en el rio hasta las rodillas y á veces hasta la cintura, aunque el agua estuviese helada por la nieve y el hielo. Algunos lavaban el oro en cacerolas de estaño, ó lo cribaban en tanto que el sol bañaba su cabeza con sus ardientes rayos, ocasionando un calor que no tiene semejante en nuestro país,

ni aun en el mes de Abril. Pero la sed del oro y la esperanza del lucro dominaban todas las sensaciones, absorbían todas las facultades. Un profundo silencio reinaba entre los trabajadores, que no se dirigían ni una sola palabra y que parecían más bien querer evitar toda conversación."

Citaremos el texto de otro viajero: "De diez en diez pasos se veían hombres con los brazos desnudos, ocupados en extraer, por medio del lavado, los polvos ó granos de oro. Los unos no tenían más instrumentos que cribas, planas, ú ollas de barro que agitaban con grande esfuerzo para disolver la tierra y precipitar el metal. Otros, más ingeniosos, ó que se servían de mejores útiles, trabajaban en cuadrillas para operar en máquinas de madera que se asemejan á las cunas de columpio, y que son llamadas por esta razón *cradles*."

"Nos parecía tener ante los ojos los fabulosos tesoros de las "Mil y una noches." Por un movimiento espontáneo nos dimos todos la mano, jurándonos ser fieles los unos á los otros. Pasando de una tienda á otra, y viendo los grandes montones de oro que aquellas gentes habían reunido, nos quedamos verdaderamente estupefactos y aturdidos...."

No es de esperar que se dé el nombre de lecturas edificantes á las anteriores narraciones. Por lo que hace á nosotros, á Dios gracias, si

1 A Mr. Blackwood's Magazine. Revista británica. Enero de 1850, pág. 146.

el nombre de la California es dulce para nuestro corazón como para nuestros oídos; si esta comarca del Nuevo-Mundo excita nuestros simpáticos recuerdos, no es ciertamente por su oro que por otra parte va á modificar la economía financiera de la Europa. Bastante se ha podido juzgar, ¡ah! si el oro del Perú contribuyó en el siglo XVI á la dicha de la humanidad..... Ni se ignora que el amor del oro ha hecho derramar muchas lágrimas y mucha sangre, y que ha precipitado á muchos pueblos en el mayor grado de caducidad.

Felizmente el Perú y la California mismos han sido teatro de conquistas más consoladoras. Al lado de esos triunfos ambiciosos y funestos se hacen sobre las mismas playas conquistas para la ciencia, para la humanidad y para el cielo.—Mas, puesto que todo esto parece olvidado hoy, puesto que el brillo del oro terreno ha hecho palidecer y aun desaparecer en cierto modo aquel oro, aquellas celestiales pedrerías, recogidas en otro tiempo en esos mismos parajes, ensayemos darlas á conocer un poco. Nuestros ojos, deslumbrados con los engañosos resplandores de la materia, descansarán dulce y útilmente sobre su luz vivificante y pura.

CAPITULO II.

DESCRIPCION.

Vamos á dar idea, aunque sea á grandes rasgos, de esta vasta comarca, que fué célebre en la historia de la civilizacion cristiana mucho antes de llegar á ser famosa en los fastos de nuestra salvaje rapacidad.

Viniendo de las costas occidentales de Francia y de España, y después de haber recorrido todo el Este de la América meridional y doblado el cabo de Magallanes, se entra al Océano Pacífico, que es necesario ascender franqueando el trópico del Sur y el Ecuador, no menos que el trópico de Cáncer. Aparece entonces la América. Su primera region es una larga península que se extiende del Sudeste al Nordeste, desde los 22° hasta los 33° de latitud. Esa extension de tierra es la que se llama Vieja California, inmensa punta de tierra, destacada del Continente de la América Septentrional. Al Oeste, la península está bañada por el mar del Sur; al Este, por otro mar que lleva el modesto nombre de Golfo de California, ¹ Golfo cuya anchura es á veces de cincuenta ó sesenta leguas. Al Norte tiene por límite la emboca-

¹ Llamado Mar Bermejo, ó Mar Rojo por los antiguos.

dura del gran rio llamado por los españoles "Rio Colorado;" ¹ el punto mas meridional es el cabo S. Lúcas. El país está como erizado por todas partes de ángulos salientes y entrantes, ó, si se quiere, de cabos y pequeñas bahías, que hacen comunmente muy peligroso su abordaje. Por la parte del Este, sobre todo, es decir, por el lado del golfo de California, el aspecto del país es formidable. Se encuentra multitud de islas y de bancos de arena, que no parecen sino otras tantas fortalezas naturales que impiden el acceso á los buques que quieran abordar; en todas estas hondonadas habita una multitud de caimanes, de reptiles y de insectos. Los lobos y los becerros marinos se dejan ver allí sin cesar, bajo sus extrañas formas y con sus desagradables pieles. Se ven por todas partes enormes rocas de caprichosas figuras, semejantes á eternos fantasmas, puestos allí para inspirar terror á los navegantes. El suelo aparece desnudo y desolado; nada de tierra vegetal si no es en las profundidades del país. Desde luego se comprende que las erupciones volcánicas han deslavado y quemado esta costa desgracia-

¹ El fértil, grande y profundo rio del Corral, que toma origen en la Pinería y que viene á desembocar en el brazo de mar de la California. Se hizo esto expresamente por el virey de Nueva España, en 1695, á fin de llevar á cabo el designio de la conquista y conversion de las islas Californias ó Nuevas-Carolinas.

da, y no obstante, como la naturaleza viviente no pierde jamás sus derechos, la vista se consuela con arbustos mas ó menos verdes que nacen en diversos puntos, aun del seno de las rocas y de la falda de esos montes de lava. El botánico puede reconocer con gusto los cactus, las acacias y otros varios. Apenas hace cien años que un volcan humeaba todavía sobre el lago de "las Vírgenes;" los jesuitas que vieron ese cráter ardiente en 1746, refieren que al redor de ese cabo se recoge el azufre á manos llenas.

La mision de Loreto, situada cerca del Golfo, en frente de la isla del Cármen, fué en otro tiempo la capital de toda la Península; mas hoy está tan empobrecida á consecuencia de la expulsion de los misioneros, que las autoridades se han visto obligadas á trasladar el asiento del gobierno á S. Antonio, en la Nueva California, ciudad resguardada por el pico mas alto del país, y llamado por esta razon "el Pico del Gigante." Loreto se asemeja hoy á aquellas ciudades de Oriente cuyas ruinas desoladas buscan los viajeros; todos los edificios levantados por la mano previsora de los jesuitas se hunden y arruinan por la falta de conservacion. La espesa muralla que habian opuesto á las devastaciones de un torrente descendido de las montañas vecinas, se deja ahora penetrar y da paso á esas aguas destructoras. La fortaleza ó "presidio" conserva aun dos pedreros de bronce, únicas máquinas de guerra que la pacífica colonia oponia á los ataques exteriores; pero los

pedreros no tienen ya afuste; estan rajados por la parte posterior; son tambien monumentos en ruina.—En cuanto á la iglesia, causa maravilla su estado de conservacion en medio de tantos escombros. Sus pinturas, sus vasos de plata, las joyas que adornan á la Virgen, se encuentran en el mismo estado en que los jesuitas los dejaron. Ni aun se piensa siquiera en apoderarse de estos objetos preciosos, pero sagrados; ¡tal es el horror que los habitantes tienen al robo sacrilego! Así, esta Loreto del Nuevo-Mundo, ha sido mas respetada que la primitiva, que la Santa-Casa misma, la cual, segun una piadosa y constante tradicion, fué milagrosamente trasportada de Palestina á Italia.—No hay guarnicion militar en Loreto; un franciscano es el que desempeña las funciones de gobernador, funciones mas bien paternales que políticas, sin esfuerzo, sin coaccion, sin violencia. A quince leguas de Loreto, hácia el interior, existen las misiones de S. Francisco Javier y de S. José de Comandiu. Bajando hácia el Sur, se encuentra una lengua de tierra, comprendida entre dos bahías, y limitada al Norte por un estrecho que la separa de la isla del Espíritu Santo; sobre esta punta está situado el importante puerto de la Paz, en donde desembarcó Fernando Cortés el 3 de Mayo de 1535. Hoy el principal habitante de la Paz es un francés, antiguo capitan de marina, Mr. Belle de Burdeos; y la poblacion del puerto apenas llegaba en estos últimos tiempos, á 400 almas. Al Sur de la Paz encontramos las misiones de Santa-

VALVERDE TELLEZ
MEXICO LEON

go, de Sta. Rosa y de S. José, después, una cadena de montañas que ha recibido el magnífico nombre de "Cármén," y por último, aquel cabo S. Lucas, tan conocido de los navegantes y que no es practicable sino desde el mes de Noviembre hasta Mayo, reconociéndosele desde lejos por los grupos de rocas que imitan tan asombrosamente la figura de vacas, que se les llama por esta razon las dehesas.

No entra en nuestro plan describir las producciones naturales del país; y lo sentimos, porque los tres reinos ofrecen cosas verdaderamente dignas de atencion. Entre las innumerables clases de pájaros, p. e., hay una multitud que podrian compararse con los de nuestra Europa. Los naturalistas han hecho de tiempo atrás una observacion, y es, que en los climas del Nuevo-Mundo nada de lo nuestro es comparable con la riqueza de colores en los pájaros, así como nada hay mas brillante que la armonía de los cantos que hacen oír en los bosques y llanuras; de manera que en esos privilegiados países, la melodía está en perfecta relacion con el exquisito primor del plumaje.

No podemos resistir á la tentacion de reproducir aquí la pintura casi sentimental que hace un misionero de los hábitos de una especie de gaviota: "son como del grueso de un ganso; tienen el pico largo, de cerca de un pie, las piernas tan largas como las de la cigüeña, y el pico y las patas dispuestos como los del ganso; su papada es muy gruesa, asemejándose mucho á unas bolsas de cuero que usan en el Perú

para conducir agua; en esta bolsa guardan el alimento que destinan para sus hijuelos. Sorprende verdaderamente la amistad que se profesan unos á otros; se socorren mutuamente como si tuvieran uso de razon. Si sucediese por casualidad que alguno de ellos enferme, ó se encuentre débil, impotente, é impedido de procurarse el sustento, los demás tienen cuidado de procurárselo; y yo he sido testigo de esto en la isla de S. Roque, en donde encontré casualmente una de estas gaviotas, atada con un cordón y con una ala caída, habiendo en su derredor multitud de pequeñas pelámidas que sus compañeras le habian traído. Esta es una estratagemata de que se valen los indios para hacerse de pescado. Al efecto, se ocultan para no espantar á los pájaros que traen estas provisiones, apoderándose de ellas luego que se ha reunido una cantidad suficiente."

Al saber profundo de los jesuitas, no menos que á su celo ilustrado é infatigable, se han debido, por mucho tiempo, los conocimientos mas exactos en todo lo relativo á la constitucion geográfica y física del país. Ellos han merecido bien en esta region los elogios tributados á los misioneros de América, y puede aplicarse á todos aquel pensamiento expresado con ocasion de uno de ellos, Francisco Hernández: "Si Felipe II ha sido el Alejandro de este nuevo mundo, ellos fueron sus Aristóteles."¹

¹ Qui omnes libri et commentarii, si prout affecti sunt, ita forent perfecti et absoluti, Philipus secun-

Basta citar los nombres de los padres Taraval, Torquemada, Cortés, Picolo, Feyjoó, por sobrenombre el Plinio americano, Monardo Oviedo, d'Acosta, Crosag y Fernando Fernández, que legó al Escorial 17 volúmenes de descripciones. Podrá agregarse á estos nombres los del padre Feuillée, franciscano; de los padres Gumilla y Camello, y gran número de otros franciscanos.

CAPITULO III.

Historia del descubrimiento.

Digamos dos palabras acerca de los primeros navegantes que pusieron el pié en esta tierra nueva. ¡Ah! el primer nombre que se presenta es el de un asesino, el piloto Jiménez. Habiendo muerto á D. Diego Becerra, uno de los jefes al servicio de Fernando Cortés, Jimenez, dueño del navío, abordó á fines de 1533 á las riberas de la Bahía de la Paz: pero, muerto con todos sus compañeros, recibió el justo castigo de su crimen.

Fernando Cortés, á quien los reveses y las injusticias no habian abatido, equipó mas tarde tres navíos á su costa, y seguido de una tropa de

us et Franciscus Hernandez. haud quaquam Alexandro et Aristoteli in hac parte concederent.

700 hombres, tanto negros como españoles, después de una navegacion de quince dias reconoció la costa meridional de la California, fundeando en la bahía el 3 de Mayo. Al abordar, el primer espectáculo que se presentó á su vista fué el de observar, regados por la ribera, los escudos, las espadas y las osamentas del traidor Jiménez y de sus compañeros.

Antes del arribo de los jesuitas á la California habian ya aparecido sobre las costas algunos predicadores del Evangelio.

Desde 1538 el provincial de los franciscanos, Marcos de Niza, penetró en el norte de la California y anunció allí el Evangelio durante muchos meses. Aprovechó su corta residencia para modificar las ideas generalmente recibidas sobre la falta de civilizacion de esos pueblos.

Fué necesario, sin embargo, rebajar un poco de su magnífica pintura luego que Vazquez Coronado, guiado por los franciscanos, conquistó la comarca. Encontró, en efecto, siete ciudades, pero que no contenian arriba de 400 habitantes y cuyas casas no eran mas que chozas.

Los estrechos límites á que queremos ceñirnos nonos permiten hablar de las difíciles expediciones de Francisco Alarcon (1), cuya memo-

¹ En 1539 Ulloa reconoció toda la costa, desde la Paz hasta la embocadura del rio Colorado, en el fondo del mar Bermejo. Se aseguró de que ambas costas se juntaban y de que la California es una península.

Hernando Alarcon dejó Acapulco en 1540, pene-

Basta citar los nombres de los padres Taraval, Torquemada, Cortés, Picolo, Feyjoó, por sobrenombre el Plinio americano, Monardo Oviedo, d'Acosta, Crosag y Fernando Fernández, que legó al Escorial 17 volúmenes de descripciones. Podrá agregarse á estos nombres los del padre Feuillée, franciscano; de los padres Gumilla y Camello, y gran número de otros franciscanos.

CAPITULO III.

Historia del descubrimiento.

Digamos dos palabras acerca de los primeros navegantes que pusieron el pié en esta tierra nueva. ¡Ah! el primer nombre que se presenta es el de un asesino, el piloto Jiménez. Habiendo muerto á D. Diego Becerra, uno de los jefes al servicio de Fernando Cortés, Jimenez, dueño del navío, abordó á fines de 1533 á las riberas de la Bahía de la Paz: pero, muerto con todos sus compañeros, recibió el justo castigo de su crimen.

Fernando Cortés, á quien los reveses y las injusticias no habían abatido, equipó mas tarde tres navíos á su costa, y seguido de una tropa de

us et Franciscus Hernandez. haud quaquam Alexandro et Aristoteli in hac parte concederent.

700 hombres, tanto negros como españoles, después de una navegacion de quince dias reconoció la costa meridional de la California, fundeando en la bahía el 3 de Mayo. Al abordar, el primer espectáculo que se presentó á su vista fué el de observar, regados por la ribera, los escudos, las espadas y las osamentas del traidor Jiménez y de sus compañeros.

Antes del arribo de los jesuitas á la California habian ya aparecido sobre las costas algunos predicadores del Evangelio.

Desde 1538 el provincial de los franciscanos, Marcos de Niza, penetró en el norte de la California y anunció allí el Evangelio durante muchos meses. Aprovechó su corta residencia para modificar las ideas generalmente recibidas sobre la falta de civilizacion de esos pueblos.

Fué necesario, sin embargo, rebajar un poco de su magnífica pintura luego que Vazquez Coronado, guiado por los franciscanos, conquistó la comarca. Encontró, en efecto, siete ciudades, pero que no contenian arriba de 400 habitantes y cuyas casas no eran mas que chozas.

Los estrechos límites á que queremos ceñirnos nonos permiten hablar de las difíciles expediciones de Francisco Alarcon (1), cuya memo-

¹ En 1539 Ulloa reconoció toda la costa, desde la Paz hasta la embocadura del rio Colorado, en el fondo del mar Bermejo. Se aseguró de que ambas costas se juntaban y de que la California es una península.

Hernando Alarcon dejó Acapulco en 1540, pene-

ria está ligada con la del cautiverio de Francisco I, de Miguel López y de Rodríguez Cabrillo en 1543, de Legarpi en 1546; no menos que de las de Bartolomé Ferreto, del virey Velasco (1), que tuvieron mejor éxito. Es sabido que John Oxenham, jefe de filibusteros, penetró también, en 1575, á la California, y que el famoso Drake (2) entró en el puerto de los Reyes en 1579.

tró hasta el fondo del mar Bermejo, ascendió el río Colorado llevando embarcaciones por un espacio de 85 leguas, y regresó pocos meses después sin haber vuelto á encontrar el Colorado. La exploración de Hernando Alarcon duró dos años; se elevó hasta los 40°, y no encontró vestigio alguno de las ciudades fabulosas de Cihola y de Quiriva, que fray Marco de Niza pretendió haber descubierto en sus anteriores viajes.

Duflet de Mofras, Oregon, tom. I, pág. 94 y 95.

1 En 1564 fué enviada una expedición á California por el virey D. Luis de Velasco, en tanto que otra iba á tomar posesión definitiva de las Filipinas.

Duflet de Mofras, Oregon, t. I, p. 97.

2 Sir Francis Drake se vió obligado á volver á descender hasta los 38°, en cuya posición echó el ancla en el Puerto de los Reyes situado entre los de S. Francisco y la Bodega.

Drake no tuvo conocimiento de estos dos últimos puertos; y aunque arribó á California 37 años después que Cabrillo, los ingleses no han vacilado en dar á todo el país el nombre de Nuevo-Albion, tratando de este modo de atribuirse el honor del descubrimiento,

Duflet de Mofras, Oregon, t. I, p. 98.

En 1596 se hizo otra tentativa por el capitán Sebastian Vizcaino, de órden de Felipe III. Tomó posesión de la tierra á nombre del rey de España sin oposición alguna de los indios.

No entraremos en detalles sobre esta gloriosa y arriesgada expedición; nos bastará citar las palabras de Mr. Ferdinand Denis: "Vizcaino debe aumentar la lista de hombres eminentes que no llegaron á alcanzar el fin que se propusieran, durante una vida de trabajo y de pruebas: murió al hacer los preparativos de una tercera expedición." (1) Juan de Iturbe obtuvo en 1615 el permiso de pasar á California. Después de hacer algunos descubrimientos fué arrojado á la provincia de Sinaloa, en donde hubiera perecido, lo mismo que sus compañeros, si no le hubiese socorrido con la mas ardiente caridad en la villa de Ahomé, el padre de Rivas, provincial de los jesuitas en la Nueva España.

La relación de las enormes ganancias realizadas por algunos aventureros en las costas de la California excitó la codicia de otros mu-

1 El general Sebastian de Vizcaya, pasó allí con cinco religiosos de S. Francisco. Volvió en 1602 á expensas de Felipe III, con tres religiosos carmelitas, y desembarcó en la costa opuesta á la California en 1606; allí recibió órden de su soberano para pasar á la costa occidental de esta isla y de establecer una colonia en el puerto de Monterey, situado en la parte septentrional.

Atlas por de-Fer.

chos. En 1628, un capitán, Antonio Bastan, ofreció al rey de España hacer esta conquista á sus propias expensas, siempre que se le otorgasen los privilegios necesarios; Francisco Ortega (1) obtuvo este permiso. Mas feliz que los que le precedieron llegó á reconocer toda la costa, desde san Bernabé hasta la Paz. Ortega recogió gran cantidad de perlas y dió muy favorables informes acerca de los naturales del país. Tenía por compañero en esta expedición á D. Diego de la Nava, á quien el obispo de Guadalajara nombró vicario de la California. Mas tarde, en 1634, Ortega, que fundaba grandes esperanzas en la conversión de los indios al cristianismo, obtuvo que fuese nombrado un segundo vicario, Juan de Zúñiga. Desgraciadamente los prósperos sucesos de Ortega fueron minorándose poco á poco y bien pronto se vió obligado á hacerse á la vela para México, por carencia de todo y con designio de buscar recursos y refuerzos. Se disponía á partir de nuevo para la California cuando supo que su piloto, Estéban Carbonel, que lo había calumniado ante el virey, acababa de recibir autorización para emprender la conquista después de haber suplantado á su patrón. Este infiel servidor se hizo á la vela en 1536, lleno de orgullo

1 De 1616 á 1635, bajo el gobierno del marqués de Guadalcázar, virey de la Nueva-España, D. Juan de Iturbe, Francisco Ortega y el piloto Carbonel hicieron reconocimientos en el mar Bermejo y volvieron trayendo perlas de una belleza y valor enormes. Puffot de Mofras, Oregon, t. I. p. 101.

y de esperanzas, pero quedaron frustradas; (1) y después de inútiles y desgraciadas tentativas, Carbonel volvió á México en donde Ortega fué testigo de su confesión y del vituperio universal de que aquel era objeto.

“En 1642 D. Luis Cestín de Cañas fué á reconocer una parte de la costa, en unión del padre Jacinto Cortés, al cual pertenece la gloria de haber intentado las primeras misiones regulares, mientras que la pesca de perlas parece haber sido el fin que atraía hácia estas regiones. (2)

En 1642, Pacheco, marqués de Villena, determinó á Felipe IV á que le encargase una nueva expedición obtuvo del provincial Luis de Bonifaz un misionero, y este dió cuenta de su viaje. Descubrieron varias islas á las cuales dieron el nombre de san José. Los isleños, reconocidos á la protección que les habían dispensado los españoles que venían á buscar perlas, contra los guaicuros, dieron muchas señales de gozo y de amistad á los viajeros. El padre Cortés, encantado de estas buenas disposicio-

1 De 1635 á 1640, el almirante D. Pedro Pontes dirigió algunas expediciones á la California. “Las Californias” por Mr. Ferdinand Denis.

2 En 1642, el virey, duque de Escalona, envió á este país al gobernador de Sinaloa con algunos individuos de la Compañía de Jesús, para fundar misiones y civilizar á los indios.

Duffot de Mofras, Oregon, t. I, p. 102.

nes, deseaba con ansia evangelizarlos y solicitó ardientemente esta gracia. Remontaron en seguida la costa en un espacio de 40 leguas al oeste de la Paz. El gobernador envió cantidad considerable de perlas que se había recogido.

Por ese tiempo se pusieron en juego intrigas contra el virey (marques de Villena), que fué reemplazado desgraciadamente por el Sr. Palafox de Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles. Cerralvo, de regreso á España, no tuvo dificultad para confundir á sus acusadores, y el rey Felipe IV se apresuró á hacerle justicia invitándole á que volviese á México. El marqués prefirió no hacerlo por no emprender de nuevo un viaje tan distante y arriesgado; así fué que su alta capacidad fué aprovechada en la corte, confiándole el vireinato de Sicilia. Aun allí se ocupó todavía de la preciosa conquista de la California y sus consejos determinaron al gobierno á armar otra nueva expedición con el doble objeto de adquirir este bello florón para la corona de España, no menos que de hacer entrar esta comarca al gremio de la Iglesia. El almirante Casanata, llegado á México á fines de 1643, obtuvo del nuevo virey (conde de Salvatierra) todos los recursos necesarios, y de acuerdo con él confió á los jesuitas la dirección espiritual de la escuadra y de la California. El provincial Bonifaz puso á disposición del almirante y del virey todos los religiosos de su órden. Los padres Cortés y Andrés Baez, misioneros en Sinaloa, fueron nom-

brados para acompañar al almirante; (1) pero Casanata no fué mas feliz que el capitán Lazcánilla con sus franciscanos. Los corsarios ingleses recorrían aquellos mares. Incendiaron estos dos de las embarcaciones, la expedición se suspendió, y cuando se hizo otra tentativa en 1648 fracasó definitivamente por la imposibilidad de establecer una guarnición sobre la costa oriental del golfo.

Felipe IV envió una nueva expedición en 1667 al mando del almirante Penadeso, pero le faltaron recursos. Por último, en el reinado de Carlos II el consejo de Indias comprendió la importancia de fundar un establecimiento en la costa de California. En 1683 D Isidro Ortando tomó á su cargo la dirección de esta grande empresa; arribó al puerto de la Paz acompañado de los padres Knio, (2) Copart y Goni. A su vista los indios se llenaron de terror acordándose, sin duda, de las crueldades ejercidas por

1 El odio de estos pueblos contra el nombre español fué entonces extinguido, gracias á la benevolencia de sus evangelizadores, dice un autor.

2 En 1683 el almirante Ortando se trasladó á la Paz con los dos padres jesuitas Salvatierra y Eusebio Knio (Khn), sabio astrónomo de Ingolstadt. A contar desde esa época los religiosos se hallaron investidos de la administración civil, eclesiástica y militar de las misiones. Lograron convertir en poco tiempo toda la Baja California y es digno de servir de modelo el plan que adoptaron.

Duffot de Mofras, Oregon, t. I, p. 103.

los españoles; pero los misioneros, en esta vez, iban allí para ablandar la dureza de los conquistadores y tranquilizar á los pobres indios; parecia que habian escrito en su bandera: "Yo los he atraído por medio de los halagos que hacen ganar el corazon de los hombres; los de la caridad, etc." Oseas, cap. XI, v. IV.

Los buenos padres persuadieron á los soldados á que se retiraran, y adelantándose ellos con su fisonomía serena y tranquila ofrecieron á los indigenas ligeros regalos y algunas provisiones. Estos no tardaron en acercarse ya confiados á los padres, y aun en mezclarse por entre los soldados que los colmaban de señales amistosas. El almirante Ortando, con el doble fin de divertir á los indios y de hacerles concebir temor por las armas de fuego, ordenó hacer un corto ejercicio que los llenó de admiracion y terror. Escogió á los mas robustos de sus arqueros, y colocando las fornituras de cuero á cierta distancia ordenó á ocho indios que disparasen sus flechas contra esa especie de escudos. Las flechas se embotaron como si hubiesen sido plumas, gracias á la dureza é impenetrabilidad del cuero de las fornituras. En seguida, hizo señal á dos soldados de descargar sus mosquetes, siempre hácia el mismo blanco; las fornituras se hicieron girones y fueron pasadas de parte á parte en medio de una formidable detonacion; esto fué bastante para garantizar en lo adelante á los españoles contra todo insulto. Cuando los pobres indigenas hubieron oido, además, la palabra de paz y la *buena nueva*

les fué anunciada, su corazon se ensanchó para dar acceso á las santas doctrinas; ¡tan cierto es que todo hombre ha nacido para la verdad, y que tiene en sí, á pesar de la culpa original, aquel germen divino de salvacion que á todos se ha concedido por la redencion y que no espera para brotar y desarrollarse mas que un rayo del sol de justicia!

Se levantó una capilla provisional y algunas chozas con enramada. Ortando envió dos compañías al interior; la una dirigió su marcha al Sud-Oeste de la Paz. Los padres Knio y Guioja fueron en la primera; la segunda fué dirigida por el padre Goni. Ambas tuvieron que vencer grandes dificultades: bosques impenetrables, falta de agua, rocas y precipicios, desconfianza de parte de los indios, temor ocasionado por los guaicuros, tribu cruel y á la cual vieron colocarse en línea de batalla dispuesta á una agresion. Los españoles, á fin de dispersar esas masas, se preparaban á dar fuego á un pedrero que ciertamente habria sembrado el espanto y la muerte en las filas de los guaicuros, cuando repentinamente el almirante hizo seña á los artilleros para que se detuviesen y avanzó intrépidamente solo hácia los salvajes encarándose con el jefe, á quien habló con una firmeza é intrepidez tales, que al momento las dos fuerzas, movidas por este heroico paso se retiraron tranquilamente. La paz estaba, pues, concluida, salvo algunas vagas desconfianzas que reinaban aun y que tomaron un carácter bastante serio á consecuencia de un hecho que vamos á referir.

Un jóven mulato desapareció del campo; se creyó al principio que se habia retirado voluntariamente é ídose con los guaicuros. Poco después corrió el rumor de que estos últimos lo habian muerto. El almirante, queriendo averiguar el supuesto caso, hizo prender y arrestar al jefe de los guaicuros. Esta via de hecho irritó en extremo á los salvajes que formaron un complot á fin de tomar una señalada venganza por la captura de su jefe; la alarma cundió por el campo; las tropas, consternadas, no quisieron obedecer. Cuando se presentaron los indios en número de quinientos en la pendiente de la montaña, fué disparado contra ellos un pedrero que mató gran número, hirió á muchos é hizo retirar á los demás á lo interior del bosque. Estas matanzas inútiles, ordenadas por el almirante, solo sirvieron para aumentar el terror singular que experimentaba la guarnicion debilitada y descontenta por la escasez de víveres. En su estado de abatimiento creia ver precipitarse sobre ella á todas las tribus vecinas. Por fin, las murmuraciones estallaron; el almirante, turbado con el temor de un complot contra su vida, dejó el puerto de la Paz el 14 de Julio, pero sin abandonar el proyecto de desembarcar en una costa mas favorable.

El 6 de Octubre arribó por segunda vez á una gran bahía, á que denominó "San Bruno", (á los 26° de latitud). Sin pérdida de tiempo tomó consigo á los tres misioneros y algunos soldados para ir en busca de agua dulce; y no obstante la aridez de estos parajes la descubrió

á media legua de la costa. El lugar era de aspecto favorable, y los indios que lo habitaban se mostraron dóciles. En este punto estableció su centro de guarnicion. Hizo levantar, como lo habia hecho ya en otra ocasion, una capilla y cabañas ó chozas en su derredor; en seguida dió orden á sus embarcaciones para hacerse á la vela hácia el punto de su partida con el fin de dar cuenta al virey del éxito de la expedicion. Esta vez tomó solamente posesion de la California á nombre del rey católico, con un ceremonial enteramente español y un aparato que jamás habian presenciado aquellos desiertos.

Hecho esto, volvió á ponerse en marcha seguido de los misioneros y se dirigió al Oeste. En todo el discurso de su viaje trató con dulzura á los indios, atrayéndoselos con mejor resultado que sus predecesores. Los ministros de paz de que iba acompañado dieron á su mision un carácter de mansedumbre evangélica; no era para el rey de España, sino para un rey superior, para quien tomaban posesion de aquel nuevo mundo.

La caminata fué penosa durante tres dias; después se encontraron con una montaña que era preciso subir á pié. En lo alto de esta montaña se encontraba una gran planicie recién abandonada por los habitantes. Llegados cerca de un estanque, los españoles encontraron algunos indios que arrojaron en tierra sus arcos y sus flechas en señal de amistad. Los misioneros, algo familiarizados ya con el idioma del país, les invitaron afablemente á reunírseles,

interrogándolos en seguida sobre las distancias y producciones de aquellos lugares. Esta excursión fué continuada á través de landas ásperas é incultas y luchando con numerosos obstáculos. Por último, después de un viaje de mas de cincuenta leguas en que no descubrieron ni el mas ligero camino abierto, los españoles volvieron al punto de partida.

Un año entero se empleó en viajes de reconocimiento. Los jesuitas se ejercitaban en hablar el idioma inculto y material de los indígenas y lograron de este modo traducir para esas pobres gentes los principales artículos del catecismo. Pero ¿cómo explicarles, entre otros, el gran misterio de la resurrección de Jesucristo, por el cual fué consumada nuestra redención? Hé aquí como refiere el padre Knio, escribiendo al padre Henry Scheves, el ingenioso medio de que se valieron: "Para explicarles la resurrección, los misioneros tomaron algunas moscas y en presencia de los indios las tuvieron sumergidas en agua hasta que parecieron como muertas. Las cubrieron en seguida con ceniza, y las pusieron al sol lo que las hizo revivir al instante. Los indios parecieron tan admirados, que exclamaban: *Ibimu hueite, ibimu hueite*. Los jesuitas escribieron entonces estas palabras de que se sirvieron para designar la resurrección del Salvador y la de los muertos; y no han necesitado otras después para explicar esos dos misterios."

Los misioneros concebían, no sin fundamento, las mas bellas esperanzas, pero el almirante

estaba muy lejos de mostrarse satisfecho: el país no correspondía á la idea que se diera de él, y desesperaba de fundar un establecimiento duradero. Despachó hácia la cota á un capitán con el fin de buscar un punto mejor situado. Mientras volvía, Ortando reunió un consejo compuesto de los oficiales y misioneros: en él trató de interrogar y que cada uno expusiese su opinión. Los oficiales, en razón de la esterilidad del suelo y de la insalubridad de los establecimientos de san Bruno, piden alejarse de allí en el momento, en tanto que los misioneros, ligados ya por los vínculos de caridad con aquellas familias indígenas que se convertían todos los días, decían como san Pablo: "No solo lo daría todo gustoso, sino que me daría á mí mismo por la salvación de sus almas. Tened paciencia por poco tiempo, aun hace siete meses que no cae una sola gota de agua, y esta es la causa de la esterilidad y de la insalubridad de que os quejáis: aguardad las próximas lluvias, y el estado de la campiña cambiará."

La opinión de los oficiales prevaleció; los enfermos fueron embarcados; el almirante se hizo á la vela para Sinaloa.

Las pesquisas del capitán fueron infructuosas. Se volvió á san Bruno en donde los víveres no tardaron en faltar. Desde ese momento era necesario renunciar á ese establecimiento. Después de varias correrías se embarcó para México. Llegado allí, hizo presentes las observaciones recogidas y los accidentes que desgraciaron la expedición. La conquista de la Ca-

California se juzgó impracticable por los medios empleados hasta entonces. Se pretendió encomendarla á la Compañía de Jesús, mediante una retribucion que se fijaria amigablemente. Esto pasaba en 1686. La Compañía no aceptó la oferta, pero propuso, como lo habia hecho hasta entonces, proporcionar los misioneros: diversos proyectos fueron discutidos sin resultado. El real tesoro se agotó en estas tentativas que duraron cerca de dos siglos, mas lo que no se ha agotado es el celo y el fervor evangélico de los misioneros. "El amor es firme é inmovible como el infierno. las grandes corrientes no han podido extinguirlo, las aguas de los rios no han podido arrastrarlo consigo. (Cántico de los Cánticos, cap. VIII, v. 6 y 7)."—"Dios, dice un historiador, parecia aguardar á que los hombres reconociesen su debilidad para desplegar la fuerza de su brazo y para confundir el orgullo del mundo por medio de los mas débiles instrumentos. Tal vez no quiso favorecer las primeras expediciones á la California, porque no tuvieron por objeto sino los bienes temporales, y la religion no fué mas que un motivo secundario."

Vamos, pues, á seguir con la vista y con el pensamiento, á algunos de aquellos hombres á quienes ni la codicia del oro, ni la sed de honores, sino el solo amor á la humanidad, inseparable del celo por la gloria de Dios, llevaron á aquellos parajes inexplorados. ¡Cosa extraña! De todas las pasiones que nacen y se agitan en el corazon del hombre una sola hay que sea

realmente fecunda para el bien, y es aquella que, desdenando los bienes de la tierra, toma su origen de lo infinito y no tiene otro término de sus esperanzas que lo infinito. Ningun sufrimiento, ó si se quiere, ninguna pasion es meritoria. Su fin es el que la ennoblece, la consagra. Sufrir por arrancar el oro de las entrañas de la tierra, sufrir por mandar á los demás, por imponerles un yugo; sufrir por realizar un paraíso de deleites terrenales, todo este es un sufrimiento egoísta, una pasion interesada, trabajo estéril y reprobado. ¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios por haber dotado á ciertos hombres del amor del bien, como en compensacion de tantas miserables pasiones!—La pasion de hacer el bien, en vez de ser ciega como las otras, es toda luz; un rayo de lo alto ha descendido sobre ella para inflammarla, guiarla y hacerla inmortal. ¡Qué hombres tan santamente apasionados los fervorosos y humildes misioneros de la California! A aquellos jesuitas que se embarcaron llenos de fe y de confianza, nada hará falta. Ellos tendrán vigor para soportar el trabajo y la fatiga, intrepidez para arrostrar los peligros; ellos tendrán la sabiduría que gobierna, la prudencia que administra y dirige, el genio que inventa, la perseverancia que no desmaya por nada y que cambia los obstáculos en instrumento de suceso. Cada uno de esos hombres mereceria ser contemplado aisladamente; pero, destaquémoslos de ese grupo glorioso en que quieren confundirse, y, fieles al pensamiento de union y de amor que los inspiraba, hagámoslos aparecer todos

juntos ante el lector benévolo, dispuesto, como nosotros, á admirar todo lo que es bello, á amar todo lo que es noble y generoso.

CAPITULO IV.

LOS MISIONEROS.

Desde luego se nos presenta el padre Salvatierra, cuyo solo nombre arranca una feliz exclamacion de Mr. de Maistre. (1)

1. ¿Por qué no citar aquí textualmente la bella nota de Mr. de Maistre? "El padre Salvatierra (bello nombre para un misionero) llamado con justicia el apóstol de la California, se atraía á las tribus mas salvajes que pueda imaginarse y por lo mismo mas intratables, sin mas armas que un laúd que pulsaba con destreza; se ponía á cantar: "In voi credo, o Dio "mie! etc. (en vos creo, ¡oh mi Dios!") Hombres y mujeres le rodeaban y le escuchaban en silencio.— Muratori dice, hablando de este hombre admirable: "Pare favola quella d'Orfeo; ma chi sa che non sia succeduto in simil caso?" (Parece la fábula de Orfeo; pero, ¿quién no sabe lo que pasa en semejantes casos?) Solo los misioneros han comprendido y demostrado la verdad de esta fábula de Orfeo. Se observa tambien que ellos acertaron con la verdadera especie

Juan María Salvatierra, uno de los hombres mas distinguidos de la Compañía, supo, en el alto rango en que su nacimiento lo colocara, renunciar á todas las seducciones de la gloria para aspirar á una vida de abnegacion y de absoluta consagracion á Dios entrando en la Compañía de Jesús. A una constitucion robusta, á un juicio recto, añadia un carácter intrépido, un espíritu firme y resuelto, una feliz reunion, en fin, de virtudes y de talentos. Habia dado muestras de las unas y de los otros durante muchos años en las misiones de la Tarahumara, y después, en su calidad de visitador de las de Sonora y Sinaloa. El padre Knio le encontró en esta última region y no pudo menos de reconocer en él el futuro apóstol de la California. Le confió gustoso ciertos proyectos que hacia muchos años meditaba. Lleno de ardor y de esperanza, el padre Salvatierra se dirigió á la California no obstante la oposicion de tres provinciales (1) que miraban esta empresa como irrealizable. La audiencia de Guadalajara y el virey, desalentados con el recuerdo de las desgraciadas tentativas de Ortando, y además, por la es-

de música digna de asociarse á esas grandes creaciones. Enviadnos, decian á sus amigos de Europa, enviadnos las composiciones de los grandes maestros de Italia. Per essere armoniosisimi, senza tanti imbrogli di violini obligati, etc. [Para producir armonias sin tanta complicacion de instrumentos, etc.]

Muratori, "Cristianismo feliz." Venecia, 1752, in 8º cap. XII. pág. 284.

1. Oddon, Almonacis, Palacios.

juntos ante el lector benévolo, dispuesto, como nosotros, á admirar todo lo que es bello, á amar todo lo que es noble y generoso.

CAPITULO IV.

LOS MISIONEROS.

Desde luego se nos presenta el padre Salvatierra, cuyo solo nombre arranca una feliz exclamacion de Mr. de Maistre. (1)

1 ¿Por qué no citar aquí textualmente la bella nota de Mr. de Maistre? "El padre Salvatierra (bello nombre para un misionero) llamado con justicia el apóstol de la California, se atraía á las tribus mas salvajes que pueda imaginarse y por lo mismo mas intratables, sin mas armas que un laúd que pulsaba con destreza; se ponía á cantar: "In voi credo, o Dio "mie! etc. (en vos creo, ¡oh mi Dios!") Hombres y mujeres le rodeaban y le escuchaban en silencio.— Muratori dice, hablando de este hombre admirable: "Pare favola quella d'Orfeo; ma chi sa che non sia succeduto in simil caso?" (Parece la fábula de Orfeo; pero, ¿quién no sabe lo que pasa en semejantes casos?) Solo los misioneros han comprendido y demostrado la verdad de esta fábula de Orfeo. Se observa tambien que ellos acertaron con la verdadera especie

Juan María Salvatierra, uno de los hombres mas distinguidos de la Compañía, supo, en el alto rango en que su nacimiento lo colocara, renunciar á todas las seducciones de la gloria para aspirar á una vida de abnegacion y de absoluta consagracion á Dios entrando en la Compañía de Jesús. A una constitucion robusta, á un juicio recto, añadia un carácter intrépido, un espíritu firme y resuelto, una feliz reunion, en fin, de virtudes y de talentos. Habia dado muestras de las unas y de los otros durante muchos años en las misiones de la Tarahumara, y después, en su calidad de visitador de las de Sonora y Sinaloa. El padre Knio le encontró en esta última region y no pudo menos de reconocer en él el futuro apóstol de la California. Le confió gustoso ciertos proyectos que hacia muchos años meditaba. Lleno de ardor y de esperanza, el padre Salvatierra se dirigió á la California no obstante la oposicion de tres provinciales (1) que miraban esta empresa como irrealizable. La audiencia de Guadalajara y el virey, desalentados con el recuerdo de las desgraciadas tentativas de Ortando, y además, por la es-

de música digna de asociarse á esas grandes creaciones. Enviadnos, decian á sus amigos de Europa, enviadnos las composiciones de los grandes maestros de Italia. Per essere armoniosisimi, senza tanti imbrogli di violini obligati, etc. [Para producir armonias sin tanta complicacion de instrumentos, etc.]

Muratori, "Cristianismo feliz." Venecia, 1752, in 8º cap. XII. pág. 284.

1 Oddon, Almonacis, Palacios.

casez del erario, estuvieron muy lejos de acoger las proposiciones del jesuita. La misma corte de Madrid rehusó dar su consentimiento. En donde todos veían obstáculos, Salvatierra solo veía dificultades que lo animaban mas, y peligros seductores, si puede decirse así, que serian vencidos y la empresa coronada del mas completo resultado. Tal es el celo, ese bello ideal, esa llama del amor. Los padres Salvatierra y Knio se encontraron de nuevo en México, el 8 de Enero de 1696. El uno llegaba de Guadalajara, el otro venia del centro de la provincia de Pimeria, distante mas de 500 leguas de la capital. No bastaron para persuadir ni las ardientes sollicitaciones, ni las mas luminosas razones. Tuvieron, pues, que volverse á sus trabajos apostólicos, tristes, pero no desanimados. Habia de llegar un dia en que la perseverancia del padre Juan Maria triunfase: se dirigió á Tirso González, gloria de la universidad de Salamanca (1). González se trasladó á México con el fin de apoyar y secundar los esfuerzos de Salvatierra cerca del consejo; la audiencia de Guadalajara, movida por el celo de este apóstol, adoptó, en fin, esa causa tan patriótica como santa. El misionero partió en 1697 de Tepetzotlan y se dirigió á México con el fin de reunir los recursos necesarios para una empresa

1 Su generalato fué célebre por la multitud de misiones que estableció y por el gran número de moros que su celo convirtió.

que las flotas y los tesoros del rey de España no habian podido llevar á buen término.

Esta tierra, cuya conquista intentó en vano Cortés, que tantos vireyes y gobernantes creyeron poder alcanzar y á que dedicaron sus esfuerzos por mas de dos siglos, vino á ser obtenida por simples jesuitas que la sometieron á España. El padre Salvatierra encontró en México al sabio padre Juan Ugarte, profesor de filosofía. Este santo religioso deseaba hacia mucho tiempo con el mas ardiente celo ganar esa tierra para el cristianismo. Juan Maria encontró en él toda la dulzura, la prudencia y la habilidad necesarias para llenar la mision delicada de agente en la capital para preparar y asegurar el buen éxito de la expedicion. Las considerables donaciones de los personajes poderosos y el vivo interés del conde de Moctezuma, ayudaron mucho el fervor de los misioneros. Mas tarde, cuando las necesidades no eran tan apremiantes, pudo valuarse todo su noble desinterés (1). La oferta de los jesuitas era

1 El total de las donaciones parciales subió á 15,000 escudos. Por otra parte, la congregacion de nuestra Señora de los Dolores de México, ofreció 8,000 escudos, y un eclesiástico de Querétaro, inquisidor de la fe, otros 20,000 escudos.

Nos es grato citar aquí el justo homenaje tributado por un viajero en 1735: "Los jesuitas que recibieron donaciones considerables supieron administrarlas tan bien, que bastaron, no solo para las necesidades de las misiones, sino tambien para comprar nuevos terrenos. En 1767 una señora de Guadalupe

tanto mas seductora, cuanto que no gravaba en nada el tesoro real que habia gastado antes en la infructuosa expedicion de Ortando, como 225,400 pesos.

El real decreto tiene fecha del 5 de Febrero de 1627. Dos dias después, el padre Juan Maria se puso en camino llevando por toda provision el catecismo y las instrucciones del padre Copart. Una orden del rey le concedia, lo mismo que á su compañero, amplias facultades, tales como la de designar jueces para la administracion de justicia, reclutar soldados para su custodia, nombrarles capitan, en fin, todas las prerrogativas de los jefes militares en tiempo de guerra. Se les prohibia, sí, tomar cosa alguna del real tesoro sin expresa orden del monarca. El padre Ugarte estaba encargado de reunir las colectas y hacer llegar el dinero á su compañero por la vía de Acapulco.

Llegado á Tepotzotlan, el padre Salvatierra se despide de sus novicios; pasa á Guadalajara á conferenciar con la audiencia y su amigo Miranda; regresa á Sinaloa en donde busca á dos californios que el almirante Ortando habia traído allí en otra época. Estos dos indios vivian

ra, D^{ra} Josefa de Miranda, dejó en su testamento al colegio de la compañía de esa ciudad, un legado de mas de 100.000 pesos fuertes, que los jesuitas, objeto ya de las calumnias de toda la Europa, tuvieron la delicadeza de rehusar.)

Exploracion del Oregon,' por Mr. Duffot de Mofras, tom. I, pág. 266.

aun; pero el colono que los empleaba en su granja trató de ocultarlos, y, por mas que hizo, no pudo lograrlos el padre Salvatierra. En espera del padre Knio exploró las montañas de Chiapas y allí visitó su primera residencia á su vuelta de Tarahumara, en donde habia encontrado nacientes pueblos en el estado mas satisfactorio. Luego que supo en el camino la noticia de la rebelion de los indios, voló en auxilio de los padres Nicolás Prado y Martin Navides; compartió sus peligros hasta la llegada de la guarnicion española que se hallaba mas cercana, temeroso de que la rebelion cundiese á las poblaciones vecinas. La primera autoridad de la provincia de Sonora, D. Alonso Petris de Cruza, quiere detener al padre Knio, y nombra en su lugar al padre Francisco María Piccolo. El ardor de Salvatierra no se avenia con estas dilaciones. "El fuego que me devora no admite agua para templarlo (1)."

Se embarcó el 10 de Octubre de 1697, en el puerto de Fliiqui, escoltado por cinco soldados. Apenas se habia alejado media legua de la costa, cuando la galera fué arrojada por un fuerte viento y se encalló en la arena; al tercer dia se vió obligado á hacer escala en la bahía de la Concepcion, que dejó en seguida para entrar á la de S. Dionisio. Desembarcaron y acamparon en un paraje abrigado y defendido por bellos y sombríos bosques, cerca de un manantial de agua dulce, á legua y media, poco mas ó

1 S. Ignacio de Antioquía.

menos de la costa; desembarcaron igualmente viveres, animales y bagajes. Como siempre, el padre Salvatierra, olvidando su carácter de jefe de la expedición, es el primero en cargar sobre sus hombros los fardos de equipaje. Se construyeron barracas, se trazó al rededor una línea de circunvalacion, y en el centro se levantó una tienda para que sirviese de capilla. Un crucifijo adornado de flores y la imagen de nuestra Señora de Loreto, patrona de la conquista, fueron colocados con toda pompa en la pequeña iglesia. El 25 de Octubre se tomó solemne posesion del país en nombre de su majestad católica. El padre Salvatierra se puso á aprender inmediatamente el idioma de los indios, á quienes reunia á menudo cerca de sí para instruirse él mismo é inculcarles poco á poco algunas nociones de su catecismo. Se entregó con tanta aplicacion á este estudio, que se halló bien pronto con que habia enseñado á los salvajes las oraciones y los principales artículos de la doctrina cristiana.

Se ha dicho que el justo, en medio de la adversidad, es el mayor espectáculo á los ojos de Dios. ¿No es tambien un bello espectáculo, sublime, el de un hombre de ciencia, de gravedad, de una cultura refinada, de una clase distinguida de la sociedad, que brilla por su abnegacion y consagracion absoluta á los demás, en medio de tribus salvajes que hablan un idioma mas salvaje aun, no es hermoso ver á este hombre rebajarse con toda la gracia de la caridad, y sin esfuerzo nivelándose con el último de entre

ellos; recogiendo de su boca cualquiera palabra, una expresion para grabarla en su memoria, repitiendo, escribiendo veinte veces la misma palabra á fin de hacerse de su verdadera pronunciacion; sonriendo benévolo á las exclamaciones de burla de los salvajes, siempre que falta á la inarmoniosa sintáxis ó viola las reglas de su bárbara eufonía? (1) Y la admiracion se aumenta con solo conocer, aunque sea poco, el carácter, las costumbres, los hábitos de esos desgraciados salvajes. Nada se asemeja menos al hombre de la civilizacion cristiana, que ese hombre de los desiertos, ese hijo de los bosques, ese habitante de las playas solitarias, estúpido, insensible, que aborrece todo género de trabajo, que es enemigo de toda reflexion, entregado sin freno y sin pudor á los apetitos mas desordenados. Experimenta una profunda aversion por todo lo que pueda sacarle de ese estado que algunos han osado llamar estado de naturaleza, y que hablando con propiedad, no es mas que estado de caducidad. Tratad, pues, de enviar filósofos á civilizar esas razas degeneradas é insociables. Enviadles á Diderot y Rousseau, y sucederá que harán pedazos los salvajes á esos misioneros sin mision, ó que por lo ménos tendrán que volverse desalentados y abatidos. Ese apostolado milagroso, que cambia para mejorar, que convierte para salvar, no es propio

1 En cada nueva mision las misiones de catequ Coast se confiaban á un indio inteligente y de buena conducta.

sino de aquellos á quienes el Divino Maestro dijo: "Enseñad y bautizad."

CAPITULO V.

LOS NATURALES DE LA California.

Puesto que nuestro plan es tratar de las conquistas de la fe en la California, es justo que, ante todo, demos una idea del estado religioso de esos pueblos antes de la llegada de los misioneros. Tan cierto es que el hombre es por naturaleza religioso, que se observa por donde quiera, hasta en los desiertos mas salvajes, entre las tribus mas embrutecidas, las señales de una creencia en un ser superior y los vestigios de un culto. No puede negarse, á la verdad, que esta creencia fundamental está oscurecida y empañada por absurdas tradiciones, y que ese culto tiene el carácter de la mas grosera superstición. Mas por poco que se estudie esta teogonía salvaje, se le encontrará en el fondo, con gusto y sorpresa, restos positivos de nuestras santas creencias y de nuestra divina revelación: ¡tan cierto es que Dios, ese padre inefable, jamás se oculta enteramente á sus hijos,

y tan cierto es tambien que su Verbo encarnado abraza al mundo entero con su amor!

Hé aquí como se expresan acerca de esto dos famosos escritores:

"Los indígenas de la Vieja California, dice un ilustre geógrafo (1), habian caído antes de la llegada de los misioneros, en el mayor grado de embrutecimiento; lo mismo que ciertos animales pasaban los días enteros tirados sobre la arena; lo mismo que los animales estrechados por el hambre acudían á la caza para satisfacer las necesidades del momento. Una especie de horror religioso les anunciaba, sin embargo, la existencia de un gran ser cuyo poder temían."

Mr. Fernando Denis habla en estos términos: "Una especie de licantropía (furor melancólico) parece presidir á la idea terrible que el pueblo tiene formada de los brujos ó hechiceros que hacen entre los californios, poco mas ó menos, el mismo oficio que los piayas entre los tupis. Esos seres temidos se hacen pasar por nacidos del lobo de las praderas, y explican de este modo la necesidad de esas comidas abominables de que se horrorizan otros indios, y que ellos renuevan sin duda para revestirse de un carácter mas terrible a los ojos de la tribu, ó bien solamente en conmemoracion de algunos ritos sangrientos cuyo origen ha escapado hasta ahora á nuestras investigaciones." (2)

1 Geog. de Malte-Brun.

2 Las Californias, por Mr. Fernando Denis, pág. 25

“Los antiguos pueblos de esta península, no tenían ni templo, ni lugares de oracion, ni culto externo. Reconocian un primer ser (y á esto limitaban toda su creencia) sin invocarlo, sin tributarle acciones de gracias; tenían, no obstante, sacerdotes que, si no instruian al pueblo, se hacian respetar y temer de él persuadiéndole de que mantenian un comercio secreto con espíritus invisibles. Su calidad de médicos aumentaba el crédito de que gozaban, y aquellos á quienes no habian podido intimidar por medio de sus sortilegios los aterrizaraban por el temor de la muerte. Si el enfermo no daba esperanzas de vida se congregaba á los parientes, y la hija y la hermana le cortaban uno de los dedos pequeños de la mano á fin de que la sangre vertida disipase la tristeza de la familia. Llegaban en seguida los vecinos que venian á visitarle. Sabiendo que no tenia ya remedio daban furiosos gritos, y para excitar mas y mas la compasion las mujeres mezclaban con sus gritos el elogio del moribundo; este rogaba á la reunion que lo chupase y lo soprase, juzgando del afecto de cada uno por la fuerza que empleaba en estas circunstancias y por los lamentos de los concurrentes (1).”

El traje de los sacerdotes californios consistia en una larga túnica que les cubria desde el cuello hasta los piés, hechas de cabellos de hombres. (2)

1 Viajero francés. lib, X, pág. 432,

2 Se observó este hecho en Londo en 1689.

A nuestro entender, M. M. Malte-Brun y Denis no dicen lo bastante. Si los límites de esta obra no fuesen tan estrechos haríamos ver, por ejemplo, que entre los edues ó péritues la idea de la creacion era casi en todo conforme con la de Moisés. Veríamos á esos pueblos creyendo en la espiritualidad de Dios y con nociones, aunque vagas, de la Trinidad. La venida de Jesucristo se veia claramente admitida en la persona de sus miembros de la Trinidad, llamado guayayp, que vino á la tierra seguido de multitud de discípulos y que al fin sufrió la muerte y fué coronado de espinas por hombres perversos. Aunque murió, su cuerpo quedó incorruptible; su sangre corre aun. Creian tambien que un poderoso rebelde, habiendo osado presentar batalla al creador Niparaya, fué precipitado del cielo, confinado á una caverna, y custodiado por monstruos marinos que excitan siempre á los hombres á la guerra y á la rebelion, en tanto que Niparaya recomienda y exige la paz.

Los cochimies, que son los mas dulces, los mas morales de entre esos indios, son tambien, ¡cosa notable! los que conservan las nociones religiosas fundamentales con mas pureza. Para ellos hay un cielo, un Dios vivo que, sin obra de la carne, tiene un hijo cuyo nombre significa perfeccion de la tierra. Hay además otra persona á quien designan como el autor y vínculo de las otras dos, y á pesar de esta triple personalidad los cochimies afirman que no hay mas que un Dios. En una palabra, cuando los misioneros les enseñaban los dogmas santos ellos

exclamaban admirados: ¡es lo que nosotros creemos! ¿Qué deducir de esto? dos cosas: ó que Dios ha dejado á estos pobres pueblos el sentimiento primordial de la verdad como en premio de su vida dulce y apacible, ó bien que en una época remota ellos recibieron la predicacion del Evangelio.

Esos salvajes tenian, pues, un pequeño conjunto de creencias y de preceptos que en su mayor parte se referian á sus intereses materiales. Hé aquí lo que formaba su decalogo:—vamos á extractarlo.

1.º —No comerás nada de tu primera caza ni de tu primera pesca, so pena de hacerte inhábil para cazar ó pescar en lo de adelante.

2.º —Te abstendrás de comer ciertos peces.

3.º —Tampoco comerás las partes grasosas de la caza, porque esta grasa, que es la de los viejos muertos, te haria envejecer prontamente; toda esa parte debe dejarse á los viejos adivinos.

4.º —Solo los viejos pueden recoger toda clase de frutos y comer de toda especie de peces.

5.º —Si te hicieres de algun ciervo ó pescado extraordinario, no lo tomarás, sino que deberás llevarlo á los adivinos.

6.º —Te guardarás de mirar las pléyades, porque la visita de estas estrellas atraeria la desgracia sobre tí.

7.º —Tampoco mirarás las islas del Norte, so pena de caer enfermo y de morir sin remedio.

8.º —Conservarás siempre la memoria de tus

antepasados, y celebrarás fiestas en honor suyo.

9.º —En verano saludarás al sol á fin de que haga prosperar tus empresas y que no te haga mal ni en la caza ni en la pesca.

10.º Tendrás absoluta fe y confianza en los adivinos.

Estas diez leyes ó preceptos son bien singulares y muy dignos de meditacion. En ninguno de ellos se encuentra la idea de un Dios soberano, creador y conservador del universo; ellos se reducen á prohibiciones y negaciones. La Divinidad no se hace sentir sino por medio de influencias vagas y ocultas aquí y allí en las cosas de la creacion. Nada de familia y por lo mismo ningun deber de paternidad, de union conyugal, de amor filial, de fraternidad. Ninguna mencion de respeto á la propiedad ni de amor á la patria, sino solo la veneracion por los antepasados y la celebracion de fiestas por los muertos y en honor suyo.

No puede menos de advertirse analogías entre este pequeño código y ciertas prescripciones del culto judaico. ¡Tan cierto así es que las tradiciones primitivas han dejado por do quiera vestigios como para demostrar una vez mas la unidad del género humano y la verdad incontestable de los orígenes asignados en el Génesis!

Lo que mas sorprendia en el carácter de los californios era una especie de estupidez inerte, una pereza insuperable de que no salian sino para entregarse á brutales placeres ó á entretenimientos pueriles; son, no obstante, irascibles,

impetuosos, inconstantes. No tienen ambicion ni aman el honor; prefieren pasar por robustos mas bien que por valientes; no piensan jamás en el dia siguiente, y por lo mismo mas bien son ávidos que codiciosos. Los indios se irritan pronto, pero fácilmente se calman, si bien es necesario resistirles con firmeza, No son atrevidos, y por el temor se les reduce hasta la baja.

Mr. Duffot habla del odio de los californios por la mentira, de su respeto á la ancianidad, del cuidado que tienen en acostumar á los hombres desde la infancia á las privaciones, á las intemperias, á los sufrimientos de todo género, llegando al extremo de azotarlos con ortiga. Se acostumbra á las jóvenes á ser dóciles; aprenden desde tierna edad todo lo que concierne á la economía doméstica; su trabajo manual consiste en coser las pieles de animales, en hacer cestos y esteras y en preparar los granos.

Los licores espirituosos que se encuentran bajo tantas formas diversas, aun entre los pueblos menos civilizados, eran desconocidos entre estos. Para suplir la falta de este estimulante los californios usan mucho de una especie de tabaco llamado cimarron. Este narcótico excita en ellos una embriaguez momentánea, y en sus fiestas hacen mucho uso de él excediéndose á veces.

Ningun deseo de conquista los anima, ninguna necesidad tienen de extender los límites de su territorio por lo mismo, ninguna guerra nacional emprenden. Sus combates son siempre de carácter privado y se originan regularmente

de algun insulto, del amor propio ofendido ó de robo de caza ó pesca. Son muy afectos á imponer la pena del talion con preferencia á todas las otras, castigo cuyos vestigios se encuentran entre todos los pueblos primitivos y aun en los libros santos, ojo por ojo, diente por diente. Sus armas son muy sencillas; se sirven generalmente de una caña armada de una piedra cortante, de una especie de espada de madera de punta aguzada y endurecida al fuego(1).

No formaban cuerpo de nacion, sino tribus cuya direccion no se encomendaba á alguno por razon del nacimiento ni de la eleccion. El jefe, si acaso lo necesitaban, se reconocia desde luego en aquel que se mostraba superior á los demás bien por el valor, ó por la palabra, ó por su larga experiencia: este era el cacique. Su mando era aceptado sin esfuerzo, así como él lo resignaba sin disgusto.

Antes de la llegada de los misioneros, estos pueblos desdeñaban todo vestido. (2) No po-

1 Se ven curiosas muestras de esas armas y utensilios en los gabinetes de algunos aficionados. Podriamos citar, entre otras, la admirable coleccion formada por Mr. Moillet, que murió en la flor de su edad, legando su gabinete á la ciudad de Lille. Podriamos hablar igualmente de los objetos traídos, hace pocos meses, de la Oceanía, por el jóven Olivier, uno de los intrépidos pasajeros del navío, L'Arche d'alliance, (Arca de la alianza.

2 Sin embargo esos pueblos que viven tan á poca costa, que soportan tan bien las privaciones y la fatiga, son industriosos y diestros; sobresalen en la fa-

dian contener la risa, dice un autor, al ver á sus compatriotas cubiertos con los trajes que los jesuitas les daban. Dos jóvenes se avergonzaron de verse objeto de la burla de sus paisanos y se quitaron la ropa colgándola á un árbol, aunque por no desairar á los jesuitas se la ponian siempre que iban á la mision.

Algunas mujeres se cubrian con pieles de lobo marino, de zorra ó de cualquiera fiera. La distribucion de estas vestiduras constituye una de sus mas curiosas fiestas. Se reunen en un punto designado, se forma allí con ramaje un vasto círculo en figura de cuna, se colocan en ella todas las pieles de las bestias muertas durante el año extendiéndolas como tapices. Un sacerdote, un médico ó un adivino, (porque estos nombres significan para ellos una misma cosa) colocado á la entrada, hace el elogio de los cazadores. (1)

Hay otra fiesta que se celebra en el momento solemne en que agujerean la nariz y orejas de los niños para colocarles los pendientes. Ea tanto que estas pobres criaturas dan gritos penetran-

bricacion de telas vegetales. Sus canoas, formadas de cortezas de árboles, excitaron la admiracion de los misioneros; sus redes de toda especie, tejidas primorosamente, lo mismo que las redecillas ó tocados con que se cubren las mujeres la cabeza. Téngase presente que nos referimos á la época de las primeras misiones.

1 Así fué la recepcion que se hizo al padre Piccolo por los cochimies.

tes; ~~los~~ padres, con el fin de no dejarse enternecer por esos clamores, dan gritos mas fuertes. Los sacerdotes que presiden la ceremonia, exaltan cuanto pueden el bárbaro valor de los padres, é imponen severas penitencias á los que muestran debilidad: esas penitencias son generalmente el ayuno y la abstinencia de tal ó cual alimento: ¡tan cierto así es que ni el tiempo, ni las distancias, ni aun la degradacion, han podido borrar enteramente en el hombre las tradiciones primitivas tan bien descritas en la ley mosaica y tan juiciosamente aplicadas en la ley cristiana!

Mas los impostores sacerdotes de esos desgraçados pueblos, cegados por el enemigo de la salvacion, abusan aun de la poca luz que les ha quedado de la antigüedad. Ellos llevan la penitencia hasta la barbarie y las austeridades hasta el suicidio. No era raro, por lo mismo, ver indios estúpidamente dóciles á la voz de un adivino fascinador, precipitarse á ciegas de lo alto de una roca al fondo de un abismo.

CAPITULO VI.

CONTINUA LA DESCRIPCION DE las costumbres de los naturales de California.

Diremos algo sobre las ceremonias que acompañaban al matrimonio. En Loreto nada era mas sencillo. Un joven que amase á una joven,

dian contener la risa, dice un autor, al ver á sus compatriotas cubiertos con los trajes que los jesuitas les daban. Dos jóvenes se avergonzaron de verse objeto de la burla de sus paisanos y se quitaron la ropa colgándola á un árbol, aunque por no desairar á los jesuitas se la ponian siempre que iban á la mision.

Algunas mujeres se cubrian con pieles de lobo marino, de zorra ó de cualquiera fiera. La distribucion de estas vestiduras constituye una de sus mas curiosas fiestas. Se reunen en un punto designado, se forma allí con ramaje un vasto círculo en figura de cuna, se colocan en ella todas las pieles de las bestias muertas durante el año extendiéndolas como tapices. Un sacerdote, un médico ó un adivino, (porque estos nombres significan para ellos una misma cosa) colocado á la entrada, hace el elogio de los cazadores. (1)

Hay otra fiesta que se celebra en el momento solemne en que agujerean la nariz y orejas de los niños para colocarles los pendientes. Ea tanto que estas pobres criaturas dan gritos penetran-

bricacion de telas vegetales. Sus canoas, formadas de cortezas de árboles, excitaron la admiracion de los misioneros; sus redes de toda especie, tejidas primorosamente, lo mismo que las redecillas ó tocados con que se cubren las mujeres la cabeza. Téngase presente que nos referimos á la época de las primeras misiones.

1 Así fué la recepcion que se hizo al padre Piccolo por los cochimies.

tes; ~~los~~ padres, con el fin de no dejarse enternecer por esos clamores, dan gritos mas fuertes. Los sacerdotes que presiden la ceremonia, exaltan cuanto pueden el bárbaro valor de los padres, é imponen severas penitencias á los que muestran debilidad: esas penitencias son generalmente el ayuno y la abstinencia de tal ó cual alimento: ¡tan cierto así es que ni el tiempo, ni las distancias, ni aun la degradacion, han podido borrar enteramente en el hombre las tradiciones primitivas tan bien descritas en la ley mosaica y tan juiciosamente aplicadas en la ley cristiana!

Mas los impostores sacerdotes de esos desgraçados pueblos, cegados por el enemigo de la salvacion, abusan aun de la poca luz que les ha quedado de la antigüedad. Ellos llevan la penitencia hasta la barbarie y las austeridades hasta el suicidio. No era raro, por lo mismo, ver indios estúpidamente dóciles á la voz de un adivino fascinador, precipitarse á ciegas de lo alto de una roca al fondo de un abismo.

CAPITULO VI.

CONTINUA LA DESCRIPCION DE las costumbres de los naturales de California.

Diremos algo sobre las ceremonias que acompañaban al matrimonio. En Loreto nada era mas sencillo. Un joven que amase á una joven,

le ofrecía una vasija ó cántaro. Si ella accedía, le hacía un obsequio semejante. Este mutuo cambio era inmediatamente seguido de danzas y festines. Luego que una mujer había dado á luz un hijo, pasaba al arroyo vecino á bañarse con su criatura, y al momento volvía á las faenas domésticas, (1) en tanto que el marido, recostado bajo de un árbol ó en su choza, en actitud de enfermo, recibía las visitas y las felicitaciones.

Además, el pretendiente debía rodear, durante muchos días, la choza de la novia. Debía llamar en seguida á la puerta llevando consigo pieles de nutria y cuentas de vidrio. Si es admitido, llega á ser como el huésped de la choza. Mas debe dar cada día cierta porción de alimentos, mientras la jóven despliega toda su actividad en los quehaceres domésticos, á fin de captarse la estimación del novio. Pasadas dos semanas, se reúnen los vecinos, quitan á la jóven los adornos del desierto que consisten en brazaletes, collares, argollas de orejas y conchas. Sustituyen en su lugar la prenda de la fuerza, la cintura que faja los riñones. De esta manera la entregan los padres al esposo. Antes de la conclusión definitiva le hacen grandes recomendaciones acerca de la fidelidad, la obe-

1 Muy á menudo las madres indigentes se deshacían de sus hijos dándoles muerte, á fin de no tener que alimentarlos. El padre Salvatierra, para desterrar esta atroz costumbre, hacía distribuir doble ración de víveres á las mujeres recién paridas.

diencia, y la absoluta consagración al marido. El honor de la familia es invocado como salvaguardia de su virtud, no menos que el temor del castigo. Se le ofrece por último la choza paterna como asilo, siempre que los disgustos domésticos lo exijan así.

Las costumbres estaban en armonía con los conocimientos y las prácticas. No se dedicaban á otros trabajos que el de la pesca y la caza, por consiguiente llevaban una vida errante, precaria, sujeta á continuos cambios, á peligros siempre nuevos. No cultivaban la tierra, ni criaban ganados ni animales domésticos; ninguna industria ejercitaban. Sus danzas representaban algunos de los episodios de sus cacerías, de sus viajes, de sus matrimonios ó de sus entierros. Eran, pues, una especie de dramas en los que todos ellos desempeñaban algun papel, siendo todos al mismo tiempo actores y espectadores. Estas fiestas duraban meses enteros, y daban siempre ocasión á combates singulares.

Ciertamente los jesuitas de entonces, lo mismo que los de hoy, no brillaban ni por las riquezas ni por la suntuosidad de su tren: y sin embargo, el padre Salvatierra hace notar con admiración lo vasto y reducido de los utensilios empleados por los californios. Todo su ajuar consiste en una canoa de corteza de árbol, un dardo, un plato, una taza de la figura de copa de sombrero que ahuecaban por medio de un hueso puntiagudo, un trozo de madera destinada á producir el fuego, una red para trasportar

los frutos y las semillas, otra para llevar á la espalda á sus hijos, por último, un arco y flechas. Los mas ricos tienen, además, una concha que les sirve de vaso para beber. Tal es su mobiliario, que simplifican tanto á fin de poder trasportarlo prontamente y sin fatiga, porque los californios son extremadamente nómadas.

No se crea que los hombres son los que cargan los fardos mas pesados; las mujeres son las que desempeñan el oficio de bestias de carga. Los hombres caminan por delante, llevando en la mano sus arcos y sus flechas. Y no contentos con sobrecargar las espaldas de sus mujeres, taladran las orejas de estas desgraciadas para suspender de ellas un estuche ó caja en donde llevan las cosas pequeñas de que tienen necesidad.

Sus habitaciones corresponden al menaje; no son otra cosa que miserables chozas, destinadas á servir momentáneamente de abrigo contra los ardores del sol durante el dia, y contra el frio durante la noche. La reunion de estas chozas forma una especie de aldeas. Algunos hay que han llevado el lujo hasta el extremo de formarse con ramas de árbol y juncos cabañas muy semejantes á las de nuestros pastores de las provincias mas pobres de la Francia. "Nuestros sepulcros pasarian por palacios entre esas pobres gentes," dice un jesuita.

Antes de la llegada de los misioneros, esas pobres gentes desdeñaban el vestido, mas no los adornos; del lado del cabo de S. Lucas los

hombres acostumbraban cubrirse la cabeza con tejidos de perlas coronados de plumas. En Loreto usaban un cinturon mas ó menos rico, y ceñían su frente con una red delicadamente tejida. Los mas autorizados llevaban una especie de corbata, adornada con figuras de nacar, de que colgaban varios pendientes en forma de rosario. Los cachimies se rasuraban la cabeza menos en un punto en que dejaban crecer un largo mechon de cabellos. Por lo comun cubrian la cabeza con una especie de diadema formada de muchas tiras de nacar y perlas. En la mayor parte de las tribus estaba admitida la pluralidad de mujeres; y lo que contribuia á que se tomasen varias era la circunstancia de que las mujeres eran otras tantas servidoras del marido, que se dedicaban completamente á complacerle en todo y á proporcionarle los mas abundantes frutos. En Loreto los jefes no tenían nunca mas de dos mujeres. El adulterio se consideraba como uno de los mayores crímenes, y solo se le toleraba en ciertas fiestas, sucediendo tambien que los vencedores en las luchas tuviesen absoluto dominio en las mujeres de sus antagonistas. Estos monstruosos excesos no eran conocidos entre los cochimies, de cuyas costumbres hemos hablado ya con elogio por ser mas puras que las de las otras tribus.

Al principio los jesuitas mantenian á todos los indios que renunciaban á la vida nómada para hacerse instruir. Una voluntaria contribucion por parte de los bienhechores bastaba

para estos gastos. Pero muy pronto el número de salvajes convertidos llegó á ser muy considerable para que pudiese ser posible mantenerlos. Se determinó, pues, dar en la noche y en la mañana cierta porción de maíz cocido en agua, y á medio día pozoli, ó sea maíz cocido con el alimento, cuya repartición se hacia á todos los que asistian á los divinos oficios. Igual distribución se hacia á los enfermos, á los ancianos y á los niños que no estaban en disposición de cumplir las obligaciones impuestas. Los padres se privaban muchas veces aun de lo necesario á fin de no faltar jamás á la distribución, y esto sorprendia mucho á los salvajes acostumbrados á ver sus sacerdotes adivinos reservar para sí los mejores alimentos. El alimento por excelencia es para los indios el arroz; es el pan en todas sus acepciones. De ahí viene su bella máxima: "La limosna de arroz es, sin duda, muy grande; pero la mayor es la de las palabras dulces y consoladoras."

Y no podia tener mas exacta aplicacion esa máxima que á los misioneros. Estos abrian su mano para distribuir el alimento del cuerpo, y su boca para prodigar el pan de la palabra, mas sabroso, mas nutritivo que el maíz, mas dulce que la miel.

Los misioneros tenian absoluta autoridad sobre sus tropas. No puede uno explicarse como, en una situacion tan singular, los unos pudiesen mandar y los otros obedeciesen. Pero se comprenderá si recordamos que entre estos dos cuerpos, tan opuestos segun las ideas vulgares,

hay relaciones y afinidades muy naturales. De una y otra parte, disciplina inflexible; amor al deber llevado hasta el sacrificio de sí mismo, respeto absoluto á la autoridad, y, podemos agregar, que bien sea por efecto de la regla militante, ó sea resultado de tradicion moral no interrumpida, el jesuita simpatiza desde luego y sin esfuerzo con todo aquel que sirve, con todo el que sufre y que combate. El soldado no podia, pues, menos de reconocer en él á un amigo, un padre, un jefe.

El padre Salvatierra envió la galera para buscar al padre Kuio en el rio Hiaqui y para traer los soldados y las provisiones que se encontraban allí. Sucedió un dia que este religioso, que desempeñaba á la vez las funciones de padre de familia, de oficial y de soldado, observó, al hacer centinela, que los indios se cogian la porción de maíz reservada para los que venian al catecismo. Trató de reprimir este fraude. Las precauciones que tomó irritaron á los indios que comenzaron á amotinarse, y resolvieron bien pronto acabar con el misionero y los españoles. Salvatierra continuó la distribución con calma y no suspendió los ejercicios acostumbrados. Avertido por un cacique indio de que habian escogido la noche del 31 de Octubre para un asalto general, el padre Salvatierra dió orden de hacer, durante esa noche, algunas descargas de artillería que llenasen de terror á los indios. Los salvajes, en número de 500, huyeron ante diez hombres.

Renunciaron por entonces á su proyecto apla-

zándolo para el 13 de Noviembre. En esa vez obró el padre Salvatierra con la misma decision y mansedumbre. Seguro de su autoridad sobre las tropas, y queriendo ahorrar sangre, no permitió disparar sobre los indios sino en último extremo, y aun entonces, solo al aire. Bien pronto se tranquilizan y vuelven á la carga; y entonces el magnanimo Juan María se adelanta solo hacia ellos y los conjura á evitar una muerte cierta. Los desgraciados por toda respuesta le dispararon una nube de flechas, que por fortuna no le tocaron.

A poco se presenta el cacique protestando la inocencia; las mujeres desechas en lágrimas, acuden llevando por la mano á sus hijos para negociar la paz, segun uso del país. El padre Salvatierra les habla en un lenguaje paternal, y les promete aceptar su arrepentimiento. Se observó que la mayor parte de las flechas cayó al pié de la cruz; ¡solo dos españoles fueron heridos! (1) Esta manifiesta proteccion del cielo, reanimó el valor de la pequeña colonia que resolvió no dejar el país aunque la galera y el buque hubieran perecido. Dios quiso recompensar le fe de esos cristianos. En el momento mismo en que el padre Juan María iba á celebrar una misa en accion de gracias, se deja oír el grito de ¡vela! ¡vela! y muy pronto apareció en la bahía la barca que habia sido enviada en busca de provisiones. Al aparecer saludó á la guarnicion con muchos disparos de cañon. Fá-

1 Tortolero y Figuerosa.

cil es comprender el gozo recíproco y el interés que excitaria la relacion de todo lo acaecido.

Los pasajeros perdieron la galera, y les fué forzoso volver al rio Hiaqui. La encontraron en la costa en donde habia varado. Entonces el padre Diego Marquina se echó á los piés de los indígenas suplicándoles que la pusiesen á flotar, y asegurándoles que después que fuese reparada volveria con su cargamento.

CAPITULO VII.

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS.

Una de las principales ocupaciones de los misioneros en los primeros tiempos, fué la de componer un catecismo en lengua indígena y hacer repetir á los indios los principales artículos de la fe en ambos idiomas.

Era ciertamente un espectáculo tierno el ver á los hijos de los salvajes de rodillas y juntas las manos repetir los principales artículos del catecismo; y lo mas tierno aun era verles enseñar en seguida á sus padres y amigos lo que habian aprendido, todo con una gravedad bien superior á su edad.

Después de haber reconciliado á las tribus enemigas, la primer bendicion que Dios echó á

zándolo para el 13 de Noviembre. En esa vez obró el padre Salvatierra con la misma decision y mansedumbre. Seguro de su autoridad sobre las tropas, y queriendo ahorrar sangre, no permitió disparar sobre los indios sino en último extremo, y aun entonces, solo al aire. Bien pronto se tranquilizan y vuelven á la carga; y entonces el magnanimo Juan María se adelanta solo hacia ellos y los conjura á evitar una muerte cierta. Los desgraciados por toda respuesta le dispararon una nube de flechas, que por fortuna no le tocaron.

A poco se presenta el cacique protestando la inocencia; las mujeres desechas en lágrimas, acuden llevando por la mano á sus hijos para negociar la paz, segun uso del país. El padre Salvatierra les habla en un lenguaje paternal, y les promete aceptar su arrepentimiento. Se observó que la mayor parte de las flechas cayó al pié de la cruz; ¡solo dos españoles fueron heridos! (1) Esta manifiesta proteccion del cielo, reanimó el valor de la pequeña colonia que resolvió no dejar el país aunque la galera y el buque hubieran perecido. Dios quiso recompensar le fe de esos cristianos. En el momento mismo en que el padre Juan María iba á celebrar una misa en accion de gracias, se deja oír el grito de ¡vela! ¡vela! y muy pronto apareció en la bahía la barca que habia sido enviada en busca de provisiones. Al aparecer saludó á la guarnicion con muchos disparos de cañon. Fá-

1 Tortolero y Figuerosa.

cil es comprender el gozo recíproco y el interés que excitaria la relacion de todo lo acaecido.

Los pasajeros perdieron la galera, y les fué forzoso volver al rio Hiaqui. La encontraron en la costa en donde habia varado. Entonces el padre Diego Marquina se echó á los piés de los indígenas suplicándoles que la pusiesen á flotar, y asegurándoles que después que fuese reparada volveria con su cargamento.

CAPITULO VII.

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS.

Una de las principales ocupaciones de los misioneros en los primeros tiempos, fué la de componer un catecismo en lengua indígena y hacer repetir á los indios los principales artículos de la fe en ambos idiomas.

Era ciertamente un espectáculo tierno el ver á los hijos de los salvajes de rodillas y juntas las manos repetir los principales artículos del catecismo; y lo mas tierno aun era verles enseñar en seguida á sus padres y amigos lo que habian aprendido, todo con una gravedad bien superior á su edad.

Después de haber reconciliado á las tribus enemigas, la primer bendicion que Dios echó á

los trabajos del padre Salvatierra fué la conversion del cacique que le habia denunciado la conspiracion. Este hombre tenia ya algun conocimiento de la fe católica que recibió en la época de la primera expedicion de Ortando. Atacado de una cruel enfermedad, pidió ansiosamente el bautismo, y cuando supo la llegada del padre Juan María corrió á él saludándole con el título mas honorífico que habia oído y único que conocia: "¡Señor almirante!" Habló después en términos muy sentidos de los soldados y de los padres que conoció en aquella expedicion. No tardó en ser bien instruido, y recibió el bautismo en que se le puso por nombre Manuel Bernardo. El que antes tenia era Ibo, que significa sol. Sol era en efecto para su patria, á la que mas tarde iluminó; murió poco tiempo después con la mayor serenidad en medio de los agudos dolores de su enfermedad. Todos los suyos, como tambien muchos indios, recibieron al mismo tiempo el bautismo.

Católico, español y jesuita, el padre Salvatierra no podia dejar de introducir en esta nueva tierra el culto de la inefable Madre de Dios. ¡Cuán adecuado era á las circunstancias por razon de las necesidades, de los sentimientos de aquellos pueblos, niños aun para la civilizacion, niños tambien por lo reciente de su fe! El padre Juan María los reunia todos los domingos, segun uso de la Compañía; les explicaba algunos hechos referentes á la gloria de María, proponiéndoles en seguida alguna de las virtudes de esta madre de los cristianos. Su lenguaje

familiar, los tiernos nombres de madre, de virgen, de protectora, aquella imágen del Niño Dios que la mujer venerada tenia en sus brazos, todo contribuia á conmoverlos excitando piadosamente su imaginacion, endulzando y civilizando sus costumbres; parecia que la Madre de Dios, la Virgen María sonreía milagrosamente dando á entender su agrado por las predicaciones del misionero y la atencion de los indígenas. En el primer sábado que se reunieron en la playa, en una choza que llevaba el nombre de Casa de Loreto, apareció de repente entre la punta de la bahía y la isla de Coronado la galera que vogaba á velas desplegadas, y que venia para desembarcar al padre Francisco María Piccolo, veterano de las misiones, quien para ayudar á la conversion de los pobres californios habia renunciado á sus altas funciones de visitador y fundador de otras iglesias lejanas.

Piccolo era antiguo amigo de Salvatierra. "Mi contento fué grande, dice este último, por la llegada de este hermano; y la celebraba menos por mí que por los españoles y por estos caros indígenas cuya conversion, gracias á él, me parecia asegurada para siempre. Creí ver en esta oportuna llegada una prenda de la predileccion de María."

No puede menos de verse en esta union de dos hombres apostólicos, en este concierto de mutuos esfuerzos por hacer penetrar la palabra divina en el corazon de las naciones infieles, una renovacion del apostolado de los primeros siglos cristianos, y vienen deseos de exclamar

con el profeta de las liturgias: "Hé aquí estos hombres poderosos por el ascendiente de la virtud, hélos aquí haciendo oír al pueblo el mas santo de los lenguajes. La misma fe, la misma esperanza los anima; atacan á un mismo tiempo los corazones y las inteligencias; son infatigables para someter al yugo de Jesucristo." (Par fides, et par utriusque votum; corde divino penetrante verbo sub yugo Christi nimis obstinatas subdere gentes.—Himno de los santos Pedro y Pablo, de la diócesis de Nancy.)

Una vez obtenida la paz por los cuidados del padre Salvatierra, se pensó en construcciones que llegaron á ser indispensables para la guardacion y para los misioneros. Se bendijo una capilla y se celebraron en ella con regularidad los divinos misterios, y al ver los salvajes el empeño y constancia de los misioneros por instruirlos, comprendieron que no se trataba ya de la pesca ni del comercio de perlas, sino de fundar una religion nueva. Entonces los adivinos y los doctores del país presintieron la pérdida de su autoridad y de las ventajas que ella les proporcionaba; excitaron por lo mismo al pueblo para que se rebelase, poniendo en juego toda clase de imposturas. Estalló, en fin, una nueva guerra en 1698 en la cual los indígenas fueron vencidos (1).

1 Hé aquí una carta del padre Piccolo que explica esta agresion. "Los pueblos que encontramos, no pudiendo ser instruidos del designio que traíamos de sacarlos de las tinieblas del error y de la idolatría en

Si los misioneros no se hubiesen interpuesto y obtenido una amnistía general, el jefe militar los hubiera castigado severamente. Después de esto ya pudieron los misioneros celebrar sin inquietud los divinos oficios en la Semana Santa, lo que hicieron en presencia de los hijos del desierto, á quienes conmovió mucho la imponente majestad de esas ceremonias y la patética armonía de los cánticos sagrados.

Salvatierra y Piccolo tomaron á su cargo catequizar á los neófitos; el segundo de ellos reunia é instruía en medio de los campos á los jóvenes de uno y otro sexo, mientras que el padre Juan María iba á predicar á los adultos en los montes y valles. Dejémosle hablar: Después de hacer una descripcion de la constancia

que yacian sepultados, y de trabajar por su eterna salvacion, puesto que no sabian nuestro idioma ni nosotros el suyo, pensaron que veníamos á su país con el objeto de arrebatarles la pesca de perlas como parece que otros intentaron hacerlo en otra época. Con esta idea tomaron las armas y se precipitaron en masa á nuestra habitacion, en donde no habia á la sazón mas que un corto número de españoles. La violencia con que atacaron y la multitud de flechas y piedras que nos arrojaron, fueron tan grandes, que habiéramos perecido sin duda si la Virgen, que nos protegía, no nos hubiese dispensado su auxilio. Los pocos soldados que estaban con nosotros, ayudados del cielo, sostuvieron vigorosamente el ataque y rechazaron á los enemigos con tan buen éxito que tomaron la fuga.

FRANCISCO M. PICCOLO."

de los indígenas, de la cosecha de las pitayas que comienza en el mes de Junio y que es una época de fiestas para esos pueblos, continua el padre Salvatierra diciendo: "Esta interrupcion nos desagradaba tanto mas cuanto que la cosecha comenzaba á madurar y lograrse, gracias á las instrucciones que les dimos, y que duraron mas de siete meses, habiéndolas aprovechado tan bien que era un placer verlos y oirlos. Los jóvenes catecúmenos de ambos sexos, á quienes se habia enseñado el oficio de la santa cruz y otras devociones, me arrancaban lágrimas á menudo. Un joven, entre otros, llamado Juanico Cavalero, que no cumplia todavía cuatro años, con su pequeño casquete en la cabeza y

"Nuestros enviados, dice el padre Piccolo en otra carta, sacaron á sus compatriotas del error en que estaban: de manera que, persuadidos de nuestras buenas intenciones vinieron á encontrarnos en crecido número mostrando grande alegría por nuestros deseos de instruirlos en nuestra santa religion y enseñarles el camino del cielo. Tan felices disposiciones nos animaron á aprender la lengua mórica que se habla en ese país. Dos años enteros se emplearon, parte en aprender el idioma, parte en catequizar á los indígenas. El padre Salvatierra se encargó de instruir á los adultos y yo á los niños. La asiduidad de esta juventud por venir á oirnos hablar de Dios, y su aplicación en el aprendizaje de la doctrina cristiana, fueron tan grandes, que en poco tiempo se encontró perfectamente instruida. Muchos me pidieron el santo bautismo con tantas lágrimas é instancia, que no creí deber rehusárselos."

una varita en la mano, interrogaba á sus compañeros y llevaba su dedite á la boca imprimiendo silencio cada vez que alguno hablaba ó no ponía atencion. Tomaba á veces las medallas y relicarios de los soldados, y poniéndose de rodillas los besaba, los aplicaba á los ojos é invitaba á los españoles para que hiciesen lo mismo; y si alguno no le hacia caso no lo dejaba hasta haber logrado que lo hiciese, y todos estaban encantados de las importunidades de ese niño."

"Hay en los niños cristianos cierto encanto inefable que destella esa gracia inocente que es su mas bello ropaje, y del cual debiéramos revestirnos para entrar á tomar parte en los goces del Cordero sin mancha." (Chavin.)

Llegaron á faltar víveres; la barca que debia conducir provisiones no venia. Esta calamidad se hacia sentir con frecuencia en la colonia. En una de sus cartas, tan sencilla como patética, decia el padre Juan María: "Comienzo á escribiros sin saber si me quedará bastante vida para concluir, porque en este momento nos encontramos absolutamente faltos de todo. Como esta carestía aumenta todos los dias, y yo soy el mas entrado en edad de todos los que estan en el campo de Nuestra Señora de Loreto, hay mucha probabilidad de que yo sea el primero que pague el tributo que todos debemos á la naturaleza."

Pero la solicitud evangélica de los buenos padres no se limitaba á solo los indígenas; la extendian tambien á la pequeña guarnicion que

allí se encontraba. Esos hombres acotumbrados á una vida tan aventurera é irregular, asistian, no obstante, con piadosa modestia á los ejercicios espirituales.

En cierta ocasion los misioneros les dijeron que en una ciudad de Alemania era condenado á multa todo el que jurase. Esto bastó para determinar á los soldados á establecer una cosa semejante: se convino en que el producto de las multas se destinaria periódicamente á un festin. Algunos de los soldados sufrieron la multa, y muy pronto no se oyeron mas blasfemias ni juramentos.

Al terminar una novena á la Santísima Virgen, apareció la barca "San José" cargada de provisiones que enviaba el padre Ugarte.

A principios de 1699 el padre Juan María penetró mas adentro del país. Tuvo cuidado de prevenir amistosamente á los habitantes de un lugar llamado Londó, de su próxima llegada y de los motivos de benevolencia que le llevaban allí. Mas los pobres indígenas se espantaron y huyeron. En vano trató de seguirlos llamándolos con las mas afectuosas expresiones. En la primavera siguiente logró mejor resultado su perseverancia; logró establecerse en un lugar que llamó "San Juan Bautista." Trató de instruir á los indígenas y se ganó mucho su afecto.

"Después de haber trabajado en la instruccion de estos pueblos, escribe un misionero, nos venia deseo de descubrir otros á quienes pudiéramos hacer igual servicio. Para lograrlo

con mas fruto consentimos, el padre Salvatierra y yo, en separarnos, no obstante la satisfaccion que teniamos en vivir y trabajar juntos. El tomó la ruta del Norte y yo la del Mediodia y del Occidente. Tuvimos grandes motivos de consuelo en estas excursiones apostólicas, porque como poseamos ya el idioma del país y los indígenas nos tenian verdadera confianza, nos invitaban á entrar en sus aldeas y mostraban un verdadero placer de recibirnos en ellas y de presentarnos á sus hijos. Una vez instruidos los primeros, fuimos en busca de otros á quienes sucesivamente enseñamos los misterios de nuestra religion. Así fué como el padre Salvatierra descubrió todos los habitantes que componen hoy dia la mision de Loreto Concho y la de S. José de Londó, y yo todo el país que se llama ahora la mision de S. Francisco Javier de Biaundo que se extiende hasta el mar del Sur."

"Adelantando así cada uno por nuestra parte, observamos que la nacion no era una misma sino que se encontraban mezcladas, muchas de las cuales unas hablaban la lengua monquí, que habiamos ya aprendido; mas otras hablaban la lengua laymona que no sabiamos aun (1). Esto

1 En California, dice Dufot de Moiras, hay una diversidad tal de dialectos, que en una extension de 200 leguas ocupada por las misiones se encuentran mas de cien idiomas completamente distintos. En sola la mision de S. José encontramos mas de cuarenta indígenas que se servian de dialectos diferentes. En

nos obligó á aprender el laymon que es mas extendido que el monqui y es mas rico. Nos dedicamos á su estudio con tal ahinco que lo aprendimos en poco tiempo, y comenzamos desde entonces á predicar indistintamente en laymon y en monqui. Dios bendijo nuestros trabajos, puesto que hemos administrado ya el bautismo á mas de mil infantes, todos muy bien dispuestos y tan deseosos de recibir esa gracia, que no pudimos resistir á sus reiteradas instancias. Mas de tres mil adultos, igualmente bien preparados, pidieron el mismo favor. Pero nosotros hemos creído conveniente retirárselos á fin de probarlos y afirmarlos en su santa resolución."

CAPITULO VIII.

EL VIGGE-BIAUNDO.

El padre Piccolo se dirigió rumbo al Mediodía, detrás de escarpadas montañas, hácia un canton llamado Viggé-Biaundó. Algunos indí-

la de S. Juan habia indígenas que pertenecian á mas de quince tribus.

Sin embargo, el padre Taraval, que recorrió esta comarca, no encontró en uso en la California mas que tres lenguas: la de Loreto, la de los pericues y la de los cochimies. Esta última se divide en dos dialectos, el de los guaieuros y el de uchití, variedad tan marcada que muchos cuentan hasta cinco lenguas.

genas de ese canton habian venido ya á visitar á los padres (1).

Llegado á un punto rodeado de rocas y precipicios, fué abandonado por los soldados que no quisieron aventurarse mas. El intrépido jesuita continuó adelante, solo, á pié, y llegó por fin á encontrarse en medio de una tribu civilizada que lo recibió gozosa y cordialmente. Permaneció allí muchos dias evangelizando, y dió á esta nueva sociedad el nombre de S. Francisco Javier (2). Bandadas de indígenas bajaron de las montañas vecinas para visitar al misionero ("la sotana negra"). Aprovechóse de sus instrucciones respecto al país y prosiguió su excursion; encontró tierras muy susceptibles de cultivo, provistas de agua, de árboles frutales y de pastos. Cuando nuestro atrevido viajero regresó á Loreto, el padre Salvatierra hizo una nueva excursion á Londó, en donde lo aguardaban las dos tribus de los cochimies y de los monquies ya reconciliadas. Mas su ausencia habia reanimado las enemistades; su rivalidad habia llegado á ser tan profunda que no respetaron al misionero, llegando su audacia hasta el punto de dispararle una flecha que por fortuna solo hirió al animal que montaba, y esto cuando iba á bautizar ocho infantes. La dul-

1 Esto pasaba el 21 de Junio, fiesta de uno de los santos de la Compañía, san Luis Gonzaga.

2 Nombre que fué puesto tambien al primer indígena de este canton, que una vez bautizado, instruía á sus compañeros.

zura de su rostro no menos que la de su palabra, restableció pronto la armonía entre los dos pueblos. Todos, á porfía, se empeñaron en llevarlo triunfante á Loreto abriendo un camino hasta entonces impracticable.

Hemos hablado de las dificultades y peligros (que parecían insuperables) para habitar el país de Viggérbiando. ¿Pero de qué dificultades no triunfaban los jesuitas? El padre Piccolo se hizo ingeniero de caminos. A la cabeza de sus soldados y de los indígenas abrió un camino á través de las rocas y á lo largo de los precipicios. Luego que estuvo concluido, el capitán quiso ir á la descubierta; y llegados, no sin dificultad, á la cima de una montaña, estos tres hombres arrojados vieron desplegarse á sus ojos una vasta extensión de país, y después los dos mares que bañan la California. Transportados de gozo hicieron una descarga de mosquetería que alarmó de pronto al padre Piccolo y á los demás que se habían quedado con él. Pero bien pronto se reunieron otra vez y regresaron á Loreto.

El valiente y piadoso capitán Tortolero se vió precisado á dar su dimisión con gran sentimiento del padre Salvatierra que le dió los mas honrosos certificados y lo recomendó mucho á la audiencia de Guadalajara; nombró en su lugar á Garci de Mendoza, de cuyo comportamiento tuvo después motivo de quejarse. Durante el verano de 1699 se erigió una capilla á Nuestra Señora de Loreto. Sucedió que trabajando un sábado en esta obra los indígenas gritaron re-

entinamente anunciando la llegada de un buque. Era en efecto la galera de Guadalajara cargada de provisiones que el benefactor de la mision, D. Pedro Gil de la Sierpe, enviaba (1).

El padre Piccolo con el padre Mendoza fué en seguida á fundar una nueva mision en las montañas. La consagró á santa Rosalia. Pasó después á reconocer la costa opuesta del mar del Sur.

El año de 1700 fué notable por acontecimientos desgraciados que pusieron la mision en la mas peligrosa situacion. El "San José" y el "San Fermin" buques todos que perecieron sucesivamente en los escollos de las costas, solo quedaba á los misioneros la embarcacion llamada san Javier, si bien muy maltratada.

En tan afflictivas circunstancias, el padre Juan María dirigió al virey las mas reiteradas solicitudes pidiéndole recursos, sin los cuales la mision iba de seguro á carecer aun de lo mas preciso y hasta á perecer de hambre. Concluída declarando que el padre Piccolo y él mismo estaban resueltos á quedarse en la mision aun cuando hubiesen de ser asesinados por los salvajes. El virey, sea por olvido ó por mala voluntad, dejó sin respuesta las cartas, y cuando por instancias del padre Ugarte se vió precisado á hacer esta triste pintura al consejo, se limitó á asignar mil pesos para los gastos, que no

1 El historiador Mignel Venegas hace notar en este pasaje que la proteccion del cielo se hacia mas patente el sábado.

podian cubrirse sino con treinta mil. El padre Ugarte no aceptó este irrisorio recurso. Para paliar esa conducta, no se titubeó en calumniar á los padres con sospechas sobre su manejo. Se llegó hasta decir que habian hecho perecer el "San Fermin" para tener pretexto de obligar al tesoro real á nuevas exacciones. No fué difícil al padre Salvatierra desmentir esas calumnias. Entonces se pretendió exigirle la presentacion del poder ó autorizacion en cuya virtud pasó á California y la habia, por decirlo así, conquistado. El poder fué presentado; nada se especificaba en él acerca del punto de subsidios del erario real. Era muy fácil probar que si no habian sido necesarios esos subsidios para hacer la conquista, sí lo eran para conservarla. Y, no obstante estos debates, las necesidades eran mas imperiosas; los plazos se alargaban bajo diversos pretextos. Fué ofrecido un buque pero á condicion de que el padre Ugarte lo pagase si el rey no ratificaba la concesion. Los padres no tenian medios de hacer esos desembolsos anticipados. Por lo mismo no se les dió ni buque ni cosa alguna. Cansados de tanta negativa, solicitaron en vano certificados que acreditasen sus servicios á fin de dirigirse á la corte.

En Madrid se habian recibido noticias sobre las expediciones de los jesuitas en California. Una señora, la condesa de Galves, vi reina que habia sido en México, apoyó ante el consejo de Indias la católica y nacional causa de los misioneros. Se prometió facilitarles recursos, pero antes que pudieran ser enviados murió la con-

desa. El mismo rey Carlos II, último y débil vástago de la casa de Austria, sucumbió á sus enfermedades y no se pensó mas en la California.

CAPITULO IX.

REINADO DE FELIPE V.

El nieto de Luis XIV, al ascender al trono de España, no podia permanecer indiferente á estas conquistas tan gloriosas para la religion y para la patria. Desde el primer año de su reinado (1701) dirigió al nuevo virey (arzobispo de México), al obispo y á la audiencia de Guadalajara, formales órdenes en favor de esta importante expedicion, usando de palabras llenas de reconocimiento y afeccion por los misioneros que se consagraron á tan digna empresa. La misma reina Luisa de Saboya, aquella gran princesa que vivió largo tiempo para dicha de la España y del rey, quiso tambien manifestar su estimacion por esos intrépidos conquistadores. Dirigió, durante la guerra que Felipe V sostuvo en el Norte de la España, una notable orden en la cual leemos, entre otras, estas palabras,

podian cubrirse sino con treinta mil. El padre Ugarte no aceptó este irrisorio recurso. Para paliar esa conducta, no se titubeó en calumniar á los padres con sospechas sobre su manejo. Se llegó hasta decir que habian hecho perecer el "San Fermin" para tener pretexto de obligar al tesoro real á nuevas exacciones. No fué difícil al padre Salvatierra desmentir esas calumnias. Entonces se pretendió exigirle la presentacion del poder ó autorizacion en cuya virtud pasó á California y la habia, por decirlo así, conquistado. El poder fué presentado; nada se especificaba en él acerca del punto de subsidios del erario real. Era muy fácil probar que si no habian sido necesarios esos subsidios para hacer la conquista, sí lo eran para conservarla. Y, no obstante estos debates, las necesidades eran mas imperiosas; los plazos se alargaban bajo diversos pretextos. Fué ofrecido un buque pero á condicion de que el padre Ugarte lo pagase si el rey no ratificaba la concesion. Los padres no tenian medios de hacer esos desembolsos anticipados. Por lo mismo no se les dió ni buque ni cosa alguna. Cansados de tanta negativa, solicitaron en vano certificados que acreditasen sus servicios á fin de dirigirse á la corte.

En Madrid se habian recibido noticias sobre las expediciones de los jesuitas en California. Una señora, la condesa de Galves, vi reina que habia sido en México, apoyó ante el consejo de Indias la católica y nacional causa de los misioneros. Se prometió facilitarles recursos, pero antes que pudieran ser enviados murió la con-

desa. El mismo rey Carlos II, último y débil vástago de la casa de Austria, sucumbió á sus enfermedades y no se pensó mas en la California.

CAPITULO IX.

REINADO DE FELIPE V.

El nieto de Luis XIV, al ascender al trono de España, no podia permanecer indiferente á estas conquistas tan gloriosas para la religion y para la patria. Desde el primer año de su reinado (1701) dirigió al nuevo virey (arzobispo de México), al obispo y á la audiencia de Guadalajara, formales órdenes en favor de esta importante expedicion, usando de palabras llenas de reconocimiento y afeccion por los misioneros que se consagraron á tan digna empresa. La misma reina Luisa de Saboya, aquella gran princesa que vivió largo tiempo para dicha de la España y del rey, quiso tambien manifestar su estimacion por esos intrépidos conquistadores. Dirigió, durante la guerra que Felipe V sostuvo en el Norte de la España, una notable orden en la cual leemos, entre otras, estas palabras,

fiel resumen de lo que los jesuitas habian hecho en la California:

“El provincial de la Compañía de Jesús ha representado que hace ya mas de cinco años que algunos misioneros de su orden emprendieron la conquista espiritual y temporal de la California; que en el mes de Agosto del año pasado, 1701, sometieron á los indigenas, en una extension de cincuenta leguas, á una obediencia fija, y que fundaron dos villas en las que se contaban mas de 600 cristianos, la mayor parte niños, y 8000 catecúmenos adultos; y que en medio de estos buenos resultados, obtenidos sin gravámen del erario real, sino por la solicitud y trabajo de los misioneros y las donaciones de personas piadosas, hasta que les fué asignada la suma de seiscientos pesos anuales que debian suministrarse por la tesorería de México, temiendo algunas rebeliones de parte de los indigenas, cuyo descontento aumenta todos los dias, convenia tomar todas las precauciones posibles todo lo que pudiese perjudicar esa grande empresa; y me ruega á este fin que ordene lo que juzgue oportuno. Y aunque en mi orden de 17 de Julio del expresado año 1701, he enviado instrucciones particulares al gobierno en orden á lo que deba hacerse para asegurar la conquista de la California y formar en ella los establecimientos necesarios, he resuelto, por mi real orden de 11 de este mes, renovar las mismas instrucciones, haciéndoo saber, al mismo tiempo, que me son muy gratas esas noticias, á causa de las grandes ventajas que pueden esperarse del celo ardiente

de los misioneros de la venerable Compañía. Os ordeno, por lo mismo, que les presteis ayuda y los favorezcáis en todo aquello que pueda contribuir á su bienestar, á su satisfaccion y al logro del piadoso designio á que se encaminan sus trabajos y fatigas.”

No obstante las expresas instrucciones reales tan claramente explicadas, el gobierno de México, ocupado de los negocios de Panzacola y de la conquista de Tejas, descuidó enteramente el de California. A estos motivos mas ó menos plausibles se añadieron otros menos honrosos. Se tenia una secreta envidia del buen resultado obtenido por los jesuitas. Se les atribuian miras ambiciosas y de codicia; no se podian persuadir de que arrostrasen tantos peligros, miserias y disgustos por solo la gloria de Dios y el bien de la humanidad. Algunos de los expedicionarios se habian hecho ricos mientras que los padres permanecian pobres; se decia que esta pobreza era aparente. Todos estos rumores, absurdos como eran, no dejaron de producir alguna impresion en la credulidad del público; y como si no fuesen bastantes tantas contradicciones, tantas pruebas y tantos obstáculos, los padres tuvieron que sufrir tambien por parte de la guarnicion militar. El capitan Garci de Mendoza, indigno sucesor del leal Tortolero, cansado de obedecer á jefes religiosos que protegian á los indigenas contra su dureza y codicia, dirigió amargas quejas al virey contra los padres Salvatierra y Piccolo. Afortunadamente estas quejas se hacian sospecho-

sas desde luego por cuanto á que en la misma carta les daba el nombre de santos apóstoles y querubines. Concluia pidiendo que fuesen tratados como ilusos, y encarcelados por haber intentado empresa tan romanesca é insensata. Fácil es comprender el mal efecto de todas estas intrigas, de estas malas prevenciones reunidas. El resultado fué que el celo de la autoridad y el de los particulares se resfrió, y todo ello produjo la debilitacion de las misiones.

La guarnicion de Loreto se redujo á doce soldados que no quisieron abandonar á los padres; los indigenas conspiraban á menudo haciendo peligroso el estado del país, é impedian que se bautizase á los adultos.

Viendo el padre Ugarte (I) que nada podia esperarse del gobierno, reunió el dinero que pudo y resolvió ir á la California á pasar sus últimos dias en esa tierra tan querida para su corazón. A fuerza de instancias logró de sus superiores que enviasen el bajel "San José"

1. En una carta del 3 de Octubre de 1700, el padre Salvatierra, después de decir á su amigo el agente en Guadalajara que habia despedido 18 soldados, agrega: "Para licenciar á los otros no aguardo mas que la última resolucion de la audiencia de México, á la cual he enviado mi última protesta. Después que hayamos despedido á toda la tropa, consultaremos sobre los medios de liquidar nuestras deudas; y si por falta de tropas nuestros hijos los californios nos envian á dar cuenta á Dios de nuestra conducta, nuestra Señora de Loreto cuidará seguramente de pagarlas por nosotros."

que estaba construyéndose hacia como dos años y que aun no estaba concluido; hecho esto, y dejando la mision al padre Alejandro Romano, partió de México. Después de una travesía de 400 leguas llegó al rio Hiaqui en donde no encontró al padre Juan María, lo que le desagradó mucho. Estimulado por su celo continuó su marcha hácia Loreto en un buque viejo, llegando por fin á abrazar al padre Piccolo, á quien halló rodeado de sus soldados en muy deplorable situacion; esto pasaba el día de S. José, á quien habia invocado. No habian recibido ni viveres ni aun noticias desde el mes de Octubre y ya se estaba á fines de Marzo. Las provisiones que el padre Ugarte habia hecho embarcar se hallaban en el "Javier". Esta embarcacion fué detenida en el mar por los vientos, y no arribó sino algunos dias después.

En el mes de Octubre de 1700, el padre Salvatierra habia venido á Sonora para verse con el padre Knio que tenia el proyecto de evangelizar la California. Las necesidades de las misiones y su celo por el bienestar de los pobres lo retenian allí como en cautividad. Para esos dos apóstoles, grandes corazones y vastas inteligencias, no bastaba el presente, se apoderaban tambien del porvenir. En nada pensaban menos que en repartirse el trabajo para evangelizar esas inmensas comarcas; el uno codiciaba todas las provincias contiguas al mar del Sur, al Norte de la California, el otro deseaba todo el interior hasta las regiones opuestas al puerto de Monterey y al cabo Mendozino.

CAPITULO X.

SONORA.

Confinando al Mediodía con las llanuras de Pinceria, vastos desiertos de arena, la provincia de Sonora, situada al Este de la California, está separada de ella por el golfo del mismo nombre. La última mision fundada sobre la costa es la de la Concepcion de Cabora, que fué enteramente destruida por los salvajes en 1751. Los padres Tomás Tello y Enrique Rohen tuvieron la gloria de derramar allí su sangre por la fe; pero la muerte de estos ilustres apóstoles fué un golpe mortal para la religion de esos cantones. Esta provincia tiene cerca de 530 leguas de extension; está habitada por diferentes naciones indígenas, tales como los opatas, topas, tegeuxiamas, paymas inferiores, séris, tépocas y guaymas. Veinticuatro misiones de jesuitas fueron allí establecidas, y para su reduccion opuso muchas dificultades la revuelta de 1751.

Nada mas rico y al mismo tiempo mas pobre que la provincia de Sonora; rica por sus montañas de plata, casi maciza, y por la fecundidad de su suelo; pero pobre en extremo por la escasez de habitantes, la falta de industria, la

mala administracion de justicia y la ignorancia de los medios de exportacion. El oro y la plata tienen allí tan bajo precio que se necesitan gruesas sumas para procurarse lo preciso. ¡Tan cierto así es que la felicidad de las naciones no consiste en la opulencia de sus tesoros metálicos! Así, por una misteriosa disposicion de la Providencia, los pueblos que solo cosechan oro son condenados á languidecer cerca de sus inútiles tesoros, de la misma manera que el avaro se deja á veces morir junto de sus cofres henchidos y cerrados.

Algunos vireyes, y, sobre todo, el arzobispo de Quiroga, propusieron y lograron que se adoptaran medidas que asegurasen por un momento la dicha espiritual del país. Pero esta próspera situacion no duró mucho tiempo. Comenzaron las vejaciones de todo género, á despecho de las leyes que ordenaban que el trabajo de las minas alternase siempre con el de la agricultura, de manera que no agotase las fuerzas de los mineros. En vano reclamaban justicia los misioneros que por su parte se hallaban expuestos á cada momento á las calumnias y vejaciones de las autoridades instituidas precisamente para administrar justicia. Sus justas quejas les enajenaban la voluntad de esas mismas autoridades cuya cooperacion era por otra parte tan útil para la conversion de los indígenas. A los memoriales que presentaban en favor de su causa solo se acordaban dilaciones y denegaciones de justicia. Los idólatras, libres aun, rehusaban el yugo del Evangelio te-

miendo caer en la esclavitud si se hacian cristianos.

¡Ah! lo que el poder espiritual emprendia y consumaba con tan buen resultado en favor de esos pueblos infantiles aun, el poder temporal, codicioso, ciego, implacable, lo destruia por los inieuos tratamientos que hacia sentir á esos desgraciados. Era tal su crueldad, que se veian obligados á rebelarse. Muchas veces se echaba mano de ese pretexto para reducir á la esclavitud y obligar al trabajo de las minas aun á los mas inofensivos y pacíficos. ¿Cuál era el resultado? Que esos infortunados indigenas, desesperados, se daban la muerte para sustraerse de la esclavitud. ¡Feroçes conquistados, ya os saciariais! Queriais oro, pues este abunda á vuestros piés; pero habeis hecho de aquel pais un desierto, los habitantes huyen de vosotros y la naturaleza os rehusa sus mas dulces producciones. Sufrid y morid en esa tierra tan dura como vuestros corazones. Ese suelo no tiene, sino como vosotros, metales en sus entrañas.

Felizmente la mano de la religion, allí como en todas partes, se encuentra siempre dispuesta á reparar los agravios, desterrar los errores, curar los males que causa la mano de los hombres. Una sola mision quedaba en esta triste provincia de Sonora, y aun estaba próxima á concluir, cuando apareció el padre Eusebio Francisco Knio, en 1687 (1). Dejemos ha-

1 El lector notará que retrocedemos, pero el interés del asunto nos impone á veces la necesidad de vol-

blar aquí á un contemporáneo, escritor brillante que no ha tomado la pluma precisamente para glorificar á los misioneros evangélicos, pero que en su amor por la verdad y en su admiracion por los hechos de abnegacion, tributa un bello homenaje al padre Eusebio Knio.

“Recorramos brevemente los trabajos de algunos de esos hombres infatigables que duermen el sueño eterno y no han visto el fruto de sus fatigas. El primero que se presenta es el intrépido compañero de Antillon, el padre Francisco Knio, que es considerado como un hábil cosmógrafo y que ciertamente era un infatigable explorador. Nacido en Alemania, (aunque después se dió á su apellido una terminacion española); entró á la Orden de los jesuitas y dejó una cátedra de matemáticas que servia en Ingoldstad, en Baviera, para entregarse á las misiones. Al obrar así ponía en ejecucion, segun se dijo, un voto que en época anterior habia hecho al apóstol de las Indias, San Francisco Javier. Se ha dicho ya que formó parte de la mision en 1683, y que durante esta primera expedicion sembró, por decirlo así, para el porvenir. Poco después se asoció con el padre Juan María Salvatierra; le vemos primero director de las misiones de Sonora, provincia contigua á la California. Allí fundó algunas poblaciones é hizo que los indigenas se dedicasen á la agricultura; se hizo adorar de las tribus y ocuparnos de nuevo de acontecimientos de una época anterior.”

bus salvajes porque poseia el arte de persuadir. Nuevo Las-Casas, trabajó para con el rey Carlos II por la independencia de los indios. En 1694 fundó la mision de Caborca. Mas tarde, y cuando se asoció al padre visitador de que hemos hecho mencion, emprendieron inmensos viajes á México, sin fruto, mas la perseverancia de esos hombres extraordinarios supo triunfar de todo obstáculo, y cuando en 1697 el padre Salvatierra se asoció con el padre Juan Ugarte, profesor de filosofía en el colegio de México, la suerte de las misiones de la California fué asegurada.

“En 1697, nuestra Señora de Loreto fué fundada y vigorosamente rechazadas las agresiones de los indigenas. Puede formarse idea de lo que debió sufrir de parte de los españoles, las depredaciones de estos últimos ocasionaron la ruina de los establecimientos formados. En vano pidió y obtuvo de la audiencia de Guadaluajara excencion de los trabajos de minas durante cinco años para los recién convertidos; en vano el rey Carlos II prorogó esta excencion por veinte años; no se respetaron esas inmunidades tan conformes á la caridad y la política. Apenas el pobre padre administraba el bautismo á algunos centenares de indigenas cuando eran arrancados á su ternura para sepultarlos por siempre en las profundas tinieblas de la mina; apenas recibian la luz de la fe cuando erau privados de la del sol. El bárbaro poder que obraba de esa manera, habrá ya respondido ante Dios de la desesperacion de tantas almas que

acaso han maldecido la hora en que recibieron el bautismo, y sin embargo, ¡oh prodigio de caridad! cuando el padre Salvatierra fué á Pimeria en 1690, el padre Knio pudo todavía mostrarle poblaciones enteras fundadas, catequizadas y dispuestas á entrar en el seno de la Iglesia.”

Esos dos hombres verdaderos filósofos por su vasta inteligencia, verdaderos conquistadores por la inmensidad de las regiones que ocupaban, y sobre todo, verdaderos bienhechores, verdaderos apóstoles por la mision que tomaban á su cargo; esos dos hombres, repito, santamente apasionados, después de largas conferencias, se abrazaban, se bendecian mutuamente; después no pensaban mas que en llenar, con ayuda de Dios, la mision que á cada uno tocaba. El padre Knio partió en busca de los habitantes de la costa de Pimeria y de Sonora, á fin de penetrar en el interior de esas provincias y de proveer de víveres la California. En el siguiente año visitó el Soba, canton del país de Pimas, hizo construir allí en 1694 un pequeño buque, penetró en la bahía de santa Sabina y fundó en el interior del país la mision de la Concepcion de Caborca. En 1698, el padre Eusebio deja la mision de los Dolores, llega al Gila, pequeño rio en que desagua el de Ascencion formado por los rios Verde y Salado. Visitó las comunidades de los catecúmenos, atravesó una extension de ochenta leguas, descubrió una especie de oasis abundante en bosques y

agua dulce (1) v reconoció la costa meridional de la bahía de Sta. Sabina; volvió, en fin, á los Dolores después de un viaje de trescientas leguas, á través de un país salvaje, sin cultivo, sin religion, sin civilizacion.

Al año siguiente este hombre intrépido volvió á emprender sus peregrinaciones apostólicas; vedlo caminando de nuevo por parajes desconocidos ó peligrosos. Se ocupó en afianzar en la fe á sus queridos catecúmenos, en enseñarles nuevos medios de subsistencia iniciándolos en algunos secretos de nuestras artes é industria. Se trasladaba á veces á otros puntos en que las tribus estaban próximas á rebelarse, á consecuencia de falsos informes y de calumnias. Las apaciguaba y las dejaba satisfechas y tranquilas.

CAPITULO XI.

LOS APACHES.

Después de eso el padre se presentó con dos compañeros, los padres Antonio Leal y Francisco Gonzalva entre los apaches que habian manifestado deseos de ver y oír al padre Knio. Los apaches son considerados aun hoy como

1 La bahía llamada Sta. Clara.

la mas feroz de las tribus. Hé aquí lo que decia hace poco el viajero Patricio Dillon (1).

“El cuerpo que mandaba el coronel X..... compuesto de buenos rancheros del Oeste, llegó á Durango, ciudad fortificada de México, que cuenta mas de 35,000 almas y encontró la poblacion en la mayor consternacion. Habiéndose presentado los indios de la tribu de los apaches que habitan los bordes del Colorado el dia anterior en número de 500, amenazaron á la ciudad con el pillaje á menos que se les entregasen desde luego cincuenta mujeres y otras tantas jóvenes. Los degenerados descendientes del gran Cortés tiemblan al solo nombre de apache; así los habitantes de Durango consintieron, después de una débil oposicion, en las condiciones de los salvajes, y se volvieron al Colorado llevando consigo las mujeres y todos los ganados que encontraron al paso (2).”

1 La California en los últimos meses de 1849, “Revista de ambos mundos,” por Mr. Patriu Dillon, Enero de 1849.

2 La tribu de los apaches es la mas considerable y la mas belicosa de todas las tribus salvajes de Nuevo México. Está dividida en muchas hordas y ocupa una inmensa extension. La provincia de Chihuahua es el teatro ordinario de sus destrozos. Ni una sola de las poblaciones de ese territorio floreciente en otra época, escapa de las depredaciones de esa banda de merodeadores. El gobierno con su debilidad parece fomentar su audacia.... Los apaches repiten de tal manera sus invasiones devastadoras que han obligado á multitud de hacendados á abandonar sus pose-

El padre Knio partió en 1700 de su mision de los Dolores, recorrió un espacio de 200 leguas por la costa del Colorado (1) y por los cantones de los yumas y de los quinquimas. En el camino encontró tanto número de indígenas, que el español que lo acompañaba temió y huyó. Llegado á un parage en que el Colorado ofrece una lat. de 600 pies, el padre vió con sorpresa que los indios lo pasaban á nado, llevando delante y asidos á una especie de embarcaciones formadas de yerbas y de juncos á que dan el nombre de corystas, de tal modo unidas entre sí, que el agua no puede penetrar en ellas. Colocan en estas embarcaciones sus provisiones que se componen de dos fanegas de maíz. Por su parte, el padre Eusebio, no menos industrial, construyó con ramajes una especie de balsa en la cual atravesó el río con grande admiración de los salvajes. Llegado al lado opuesto, encontró tribus enteras (2) á las cuales anunció la buena nueva por medio de un intérprete. Se

siones, y el vasto país que se extiende entre Nuevo-México y Durango, está ahora completamente despojado.

(Journal of a trade) "Revista británica," Julio de 1848.

1 Que separa la antigua California del Norte de Sonora. Los jesuitas le dieron el nombre de "mar Lauretano, ó mar de Loreto," se le llamó también mar Bermejo y mar Rojo. El padre Knio exploró aun esos países con los padres Antonio Leal y Francisco Gonzalvo.

2 Quinquimas, Coanopas, Bagiopas y Cerguanes.

dirigió á la residencia del cacique de los quinquimas, á tres leguas de la ribera; recorrió en seguida un país muy boscoso y cuyo suelo le pareció propio para el cultivo y los pastos. Dió á este país, de cerca de diez mil almas, el nombre de la Presentacion de Nuestra Señora. Satisfecho de ese descubrimiento se volvió, visitando de paso las poblaciones que habia fundado.

En Febrero de 1702 el padre Knio, semejante á un mercader alentado por sus ganancias ó á un sabio que trata de certificarse por sí mismo de los hechos, emprendió un nuevo viaje al interior del país. En esta vez un compañero animoso quiso asociarse á sus peligros; este compañero fué el padre Martin Gonzalez. Los indios acudieron de todas partes á su encuentro. Visitaron á san Dionisio (mision de este nombre), situada entre la confluencia de dos rios, y le pusieron el nombre de san Rudesindo. Los salvajes les dieron muchas pruebas de amistad y acariciaban á los animales que los padres llevaban consigo. El padre Gonzalez se conmovió mucho en vista de semejantes testimonios de afecto, y derramando lágrimas les distribuyó sus propios vestidos. Esas buenas gentes pusieron en conocimiento de los misioneros, que estaban á diez leguas del mar del Sur. Se pasó la noche en la embocadura misma del río, en donde el agua les llegaba hasta el lecho; fué preciso renunciar á construir una balsa. ¿Cómo serian colocadas en ella las bestias de carga? La anchura del río, la rapidez de la cor-

riente y sobre todo la fatiga y el cansancio del padre Martin se oponian á ello. El padre Knio tuvo que renunciar por la misma razon al reconocimiento que se habia propuesto hacer de la costa hasta S. Marcelo; condujo, pues, al padre Gonzalez á la mision de Tibutama, adonde murió el santo jesuita victima de un celo á que no correspondieron sus fuerzas.

En los siguientes años el padre Eusebio se ocupó de asegurar y extender el establecimiento de las misiones de Pimeria, á pesar de las persecuciones de todo género con que se le oprimia lo mismo que á sus neófitos. Sin desalentarse continuó presentándose en todos los cantones de esa vasta comarca. En 1706 volvió á las riberas del Colorado, acompañado de algunos militares de Sonora encargados de reconocer el país. Se les agregó un franciscano, el padre Manuel de Ojuela. Concluida esta exploracion regresó el padre Knio á su mision animado siempre del mas santo celo, arrojando siempre los peligros, sobreponiéndose á los obstáculos, hasta que habiendo por último desahogado su noble tarea, rendido de fatiga pero no cansado de emprender conquistas espirituales, fué á descansar en el seno de Dios.

“A la infatigable perseverancia del padre Knio, dice Mr. Ferdinand Denis, debe la geografia los conocimientos positivos que tenga sobre la California. En 1698 partió para asegurarse de la mision de esta region con la Nueva España; penetró en todos los puntos que baña el golfo y no paró sino cuando hubo recorrido

casi trescientas leguas por medio de un país erizado de montañas. Salvatierra y Piccolo recibieron la circunstanciada relacion de esa grande exploracion.

“Los misioneros tuvieron mucho que sufrir por la altanería y orgullo de cierto capitan llamado Escalante; su conducta obligó al padre Salvatierra á reemplazarlo con D. Esteban Rodríguez Lorenzo, portugués. Escalante, movido por las consideraciones del visitador, quiso permanecer en la California como simple soldado hasta el momento en que fué nombrado capitan segundo, jefe de Nacosi.

El padre Knio se habia asociado á un valiente capitan que la Francia reclama como hijo; se llamaba Juan Matias Maugé. Penetró con él por en medio de las tribus salvajes pertenecientes á la raza feroz de los apaches, aunque sin fruto para las misiones. Un gran problema le preocupaba; queria saber ante todo si la California comunicaba con la Nueva España como se habia creído al principio, ó si el golfo, extendiéndose mas hácia el Norte, se dividia en el mar del Sur sobre el cabo Mendozino, formando una grande isla como pretendian algunos marinos aun en tiempo del capitan Francisco Drake.

“A pesar de sus generosos esfuerzos, no estuvo reservado al cosmógrafo de Ingolstadt el disipar esa gran duda geográfica. En 1699, habiendo recibido el padre Piccolo nuevas noticias que le comunicaron los indígenas, marchó hácia el Sur de Loreto, y después de muchos

trabajos llegó á la cumbre de una alta montaña desde la cual podia verse los dos mares. La configuracion de las costas de la California se desplegaba á los ojos con toda su majestad (1)."

La California, no obstante, era tan poco conocida, los recursos que ofrecia eran apreciados de una manera tan vaga, que el infatigable padre Knio no abandonaba sus proyectos de exploracion á fin de extimular el celo del gabinete de Madrid y el interés del virey de México. Todo estaba por hacer bajo el punto de vista topográfico, puesto que se habian perdido los apreciables trabajos de Vizcaino, y se ignoraba, á pesar de los descubrimientos del padre Piccolo, si esa region estaba unida al continente por alguna parte. Durante dos expediciones que se hicieron de 1700 á 1701, el intrépido misionero obtuvo en fin la solucion de ese gran problema. Acompañado siempre de su fiel asociado, caminó por sendas casi impracticables hasta el fondo del golfo, y pudo ver por medio de un telescopio, en la altura de una montaña, al Colorado, cuya corriente undulante iba á pasar al mar. Mas tarde, en union del padre Salvatierra, se dirigió hácia el Norte. El 19 de Marzo de 1701 ascendieron á una montaña y descubrieron el mar con la simple vista natural, la costa opuesta del golfo y las montañas de la California; parecia, pues, que se tenia certeza. Los atrevidos exploradores querian tener la mayor y al

1 "Universo pintoresco." California, por Ferdinand Denis.

efecto subieron á otra montaña (á los 32° , 35') desde la cual percibieron distintamente la cordillera de la California, y por último las serranías del Mescal y de Azul.

CAPITULO XII.

EL PADRE UGARTE.

El padre Ugarte, y su compañero el padre Salvatierra, continuaban luchando en Loreto con vigor y resultado contra las dificultades de todo género que los rodeaban; el padre Juan María envió desde luego al padre Piccolo á Nueva España, después á S. Javier; el padre Ugarte se dedicaba á estudiar la lengua indígena á fin de ayudar al padre Salvatierra. El capitán Garci de Mendoza esperaba impaciente la llegada de una orden de México que le eximiese de la autoridad de los padres, pero tal orden no llegó. Por lo mismo continuó la opresion contra los indios, y en consecuencia los funestos trabajos que se les imponian para la pesca de perlas. Tutores de esos pueblos en la infancia, los padres los protegian, contra las inicuas torturas de que eran víctimas, con heroica firmeza. D. Garci no encontró otro medio que el de abandonar su empleo y embarcarse; pero el

trabajos llegó á la cumbre de una alta montaña desde la cual podia verse los dos mares. La configuracion de las costas de la California se desplegaba á los ojos con toda su majestad (1)."

La California, no obstante, era tan poco conocida, los recursos que ofrecia eran apreciados de una manera tan vaga, que el infatigable padre Knio no abandonaba sus proyectos de exploracion á fin de extimular el celo del gabinete de Madrid y el interés del virey de México. Todo estaba por hacer bajo el punto de vista topográfico, puesto que se habian perdido los apreciables trabajos de Vizcaino, y se ignoraba, á pesar de los descubrimientos del padre Piccolo, si esa region estaba unida al continente por alguna parte. Durante dos expediciones que se hicieron de 1700 á 1701, el intrépido misionero obtuvo en fin la solucion de ese gran problema. Acompañado siempre de su fiel asociado, caminó por sendas casi impracticables hasta el fondo del golfo, y pudo ver por medio de un telescopio, en la altura de una montaña, al Colorado, cuya corriente undulante iba á pasar al mar. Mas tarde, en union del padre Salvatierra, se dirigió hácia el Norte. El 19 de Marzo de 1701 ascendieron á una montaña y descubrieron el mar con la simple vista natural, la costa opuesta del golfo y las montañas de la California; parecia, pues, que se tenia certeza. Los atrevidos exploradores querian tener la mayor y al

1 "Universeo pintoresco." California, por Ferdinand Denis.

efecto subieron á otra montaña (á los 32° , 35') desde la cual percibieron distintamente la cordillera de la California, y por último las serranías del Mescal y de Azul.

CAPITULO XII.

EL PADRE UGARTE.

El padre Ugarte, y su compañero el padre Salvatierra, continuaban luchando en Loreto con vigor y resultado contra las dificultades de todo género que los rodeaban; el padre Juan María envió desde luego al padre Piccolo á Nueva España, después á S. Javier; el padre Ugarte se dedicaba á estudiar la lengua indígena á fin de ayudar al padre Salvatierra. El capitán Garci de Mendoza esperaba impaciente la llegada de una orden de México que le eximiese de la autoridad de los padres, pero tal orden no llegó. Por lo mismo continuó la opresion contra los indios, y en consecuencia los funestos trabajos que se les imponian para la pesca de perlas. Tutores de esos pueblos en la infancia, los padres los protegian, contra las inicuas torturas de que eran víctimas, con heroica firmeza. D. Garci no encontró otro medio que el de abandonar su empleo y embarcarse; pero el

sucesor que nombró el padre Juan María no correspondió tampoco á las esperanzas que de él se tenían.

Los indios de Viggebiaundo, excitados por sus sacerdotes y adivinos, se precipitaron un día á la habitacion del padre Piccolo con intencion de asesinarle. Un furor fanático los animaba. Afortunadamente el misionero habia salido, mas los indios demolieron la habitacion y la capilla haciendo pedazos los muebles y los ornamentos de iglesia. La corta guarnicion que habia permanecido fiel fué impotente para impedir el atentado, pero quiso vengarlo. D. Isidoró de Figueroa, sucesor de Mendoza, se puso á la cabeza de su poca tropa que no necesitó mas que presentarse para poner en fuga inmediatamente á los indios sediciosos. Los soldados querian perseguirlos, pero el capitán, que sin duda no los habia rechazado sino á mas no poder, se opuso á que fuesen alcanzados. Los soldados, indignados, se dieron otro jefe, D. Esteban Rodriguez Lorenzo, portugués, que desempeñó este cargo con honor hasta 1740.

Los indigenas no tardaron en abandonar el país; privados de sus servicios, los soldados querian volverlos á traer, pero el padre Ugarte se rehusó á ello por compasion á los indios, y resolvió quedarse solo entre aquellos salvajes protegido solo por la Providencia. A la entrada de la noche un niño indigena pasó á espiar el campo del misionero; el padre Ugarte le vió, le atrajo con dulzura y le encargó dijese á sus compatriotas que los soldados habian marchado.

Con esta noticia volvieron en efecto, poco á poco, hasta que todos ellos se encontraron otra vez con el misionero.

No podria hacerse una pintura exacta de todo lo que tuvo que sufrir ese hombre incomparable en medio de pueblos tan groseros como incultos.

El padre Pedro Ugarte era á la vez arquitecto, (1) inspector, carpintero, albañil, peon. No obstante, su ejemplo bastaba apenas para estimular la pereza de los salvajes. Araba la tierra, hendia las rocas, cavaba las barrancas para proporcionar lecho á las aguas de los rios é imprimia direccion á estos; conducia, por último, las bestias á los puntos de pastos y al abrevadero. El 9 de Junio escribia á D. José de Miranda: "Hace ya dos meses que los nuestros comen buen pan que hemos hecho con el trigo que cosechamos, en tanto que los pobres se mueren de hambre en la costa de Sinaloa y de Sonora. ¡Quién hubiera jamás pensado en semejante cosa! Limitados y estúpidos los salvajes, no comprenden por qué el misionero se toma tantos trabajos. En vez de ayudar y de animarse con su ejemplo á emprender trabajos útiles, huyen á esconderse en los bosques y ven trabajar con aire burlon é indiferente."

Llegaba á veces hasta el extremo de conspirar contra la vida del misionero. Este oponia

1 El padre Ugarte trasplantó á la costa de S. Miguel casi todos los árboles propios de la Nueva España.

solo la paciencia y procuraba atraerse á unos por medio de la dulzura, imponiendo respeto á otros por medio de la gravedad: procuraba no sobrecargarlos de trabajo, y por lo mismo podía decir como verdadero discípulo de S. Pablo: "Nos hemos hecho pequeños por vosotros, como una nodriza llena de ternura por el infante que cria á sus pechos."

Por la tarde cesaba el trabajo y el buen padre reunia á los indios para orar; rezaban el rosario y en seguida les predicaba un corto sermón; pero contaba con un indócil auditorio que remedaba sus acciones y se burlaba de sus bellas exhortaciones. Al principio los dejaba obrar esperando que pronto cesarian esas malas disposiciones; mas no fué así. El padre recurrió entonces á un medio muy eficaz. Entre los indios habia uno de talla elevada y de un vigor extraordinario; precisamente este nuevo Goliath era uno de los perturbadores. Una tarde, viéndole el padre Ugarte reirse y tratar de hacer reir á los demás, le asió de los cabellos, le levantó y le sacudió de tal manera, que todo el concurso, penetrado de miedo, huyó. Es de advertir que el padre Ugarte era tambien corpulento y de gran fuerza. Al dia siguiente ya se presentaron con timidez y no en masa, sino unos después de otros. El padre les habló en términos tan enérgicos que no volvieron jamás á traspasar los límites del respeto.

Conociendo además que las faltas en la pronunciacion era lo que excitaba la hilaridad de

los salvajes, trató de corregirlas y bien pronto lo consiguió.

Era preciso valerse de mil estratagemas para habituar á los salvajes al trabajo. Unas veces apostaba el padre con ellos quien arrancaria mas pronto un árbol; otras ofrecia recompensas á los que acarreasen mas tierra para la fabricacion de adobes. Los desafiaba á que apretasen la tierra arcillosa y la macizasen pisando sobre ella. Al efecto se quitaba sus sandalias y comenzaba á apretar la arcilla; los muchachos, animados con su ejemplo, se ponian á saltar sobre la tierra así preparada, cantando y dando señales de animacion, permaneciendo en esta ocupacion hasta la hora de comer. Solo así pudo lograr construir una pequeña capilla.

Pero era preciso darles, no solo habitacion, sino tambien vestido: para esto se necesitaban telas, lanas, y no podian obtenerse sin contar con ganado. El padre Ugarte se ocupó de proveer á esta falta haciendo venir ganados que se multiplicaron después bastante. Como es fácil suponer, los salvajes ignoraban completamente el arte de hilar y de tejer; el padre hizo venir de Tepic un tejedor alemán con sueldo de 500 pesos anuales. El mismo padre se constituyó maestro de los indígenas fabricando husos, tejederas y ruedas, hasta que los indios estuvieron provistos de estos utensilios ó que pudieron fabricarlos por sí mismos. Por su parte, el tejedor Antonio Morand hizo varias telas que, aunque toscas, causaban admiracion á los sal-

vajes, si bien mostraban al principio cierta repugnancia para usarlas.

Bien pronto el ejercicio de esta industria se hizo un punto de sentimiento nacional digno de elogio; se lograba por su medio emanciparse del tributo que se pagaba á la industria extranjera, inspirando al mismo tiempo en los indígenas el amor al trabajo útil.

En 1701, habiéndose agotado las provisiones en Loreto, el padre Piccolo fué en solicitud de ellas á las costas de Nueva España. Se esforzó por pintar á las audiencias de Guadalajara y México el triste estado y las grandes necesidades que padecía la colonia. Los padres Pedro Ugarte y Salvatierra permanecieron en el pueblo soportando grandes privaciones.

Citaremos un pasaje de un misionero que refiere el abate de la Porte: (El Viajero francés, tom. X, pág. 446:) habla del padre Ugarte, tan fuerte y enérgico, como bueno, y que sabia emplear con el mayor acierto esas cualidades segun lo requerian las circunstancias. "Se le dió aviso de que una mujer cristiana estaba moribunda; al punto acudió y se encontró con que un adivino que llegó antes que él administraba sus medicinas á la enferma. El padre le despidió de allí reprendiendo á los parientes por su debilidad. Confesó en seguida á la mujer y no la dejó hasta la muerte. Algunos dias después supo que la familia de la difunta habia matado al adivino; el jesuita se indignó y los reprendió agriamente. Irritados los indígenas á su vez, quisieron tambien matarle. En vista de

esto se encaró el padre con los jefes del complot, y mostrándoles un mosquete viejo y enmohecido les amenazó con exterminarles si persistian en ejecutar su designio. Con solo esto se atemorizaron, de manera que emprendieron la fuga y ninguno de ellos durmió esa noche en su cabaña."

En 1702 arribó un buque cargado de provisiones, pero este socorro no duró mucho por el exceso de liberalidad con que el padre las distribuyó. La caridad que recoge debe ser prudente, y la que distribuye debe serlo tal vez menos. En este punto se viene á la memoria el pasaje de aquellos monjes de S. German que murmuraban cuando su santo abad distribuyó á los pobres todas las provisiones del monasterio, pero que cesaron en sus murmuraciones cuando vieron llegar incontinenti una gran canasta de pan que enviaba una piadosa señora de la vecindad; pero no sucedió así con la colonia. Bien pronto comenzaron de nuevo las escaseces y las privaciones; no quedaba mas que una embarcacion que necesitaba reposiciones y que además no podia ponerse en marcha á causa de los vientos y del mal tiempo.

Conmueve ciertamente la relacion de los medios caritativos é ingeniosos de que se valia el padre Ugarte para evitar que los desgraciados colonos pereciesen de hambre. Se ponía á la cabeza de ellos y emprendia la pesca, ó recorria los bosques en busca de caza y las montañas para recojer yerbas y arbustos de toda especie. Para colmo de males una circunstan-

cia inesperada, un verdadero caso fortuito vino á determinar la sublevacion de los indios. Succedió que un soldado se casó con una indígena, mas esta lo dejó furtivamente para ir á danzar con sus compañeras. El marido empleó alguna violencia para recobrar á su mujer; se suscitó una querrela, y un indio anciano fué víctima en ella; el soldado fué tambien muerto, y á esto se siguió una colision que acarreó mil desastres. (1) Entre tanto no se tenia noticia alguna del padre Piccolo. Este infatigable sosten de la colonia se habia trasladado á Guadalupe en donde acababan de publicarse unas reales disposiciones asignando seis mil pesos para la conservacion de la conquista. La audiencia exigió una relacion circunstanciada de los hechos y de todo lo acontecido. El padre Piccolo se puso á hacerla, y presentó una memoria, su fecha, 19 de Febrero de 1702, que fué impresa en México. Se requerian aun nuevos trámites y una memoria especial del padre Romano para obtener definitivamente la pension de los seis mil pesos. El padre Piccolo distribuyó una parte de esta cantidad entre sus colegas. El marqués de Villa Puente, movido al ver tanta abnegacion, quiso fundar tres misiones, y D. Luis de Arteaga y su mujer otra cuarta. Los padres Juan Manuel de Bassaldña y Jerónimo Minutili fueron designados, el uno para quedarse en Loreto con el padre Salvatierra, y el otro

(1) La cosecha del maíz que el padre Ugarte habia sembrado fué destruida.

en S. Javier con el padre Piccolo, á fin de ejercitar las funciones de su ministerio. Estos esfuerzos espirituales encendieron mas el celo del padre Juan María, al paso que los socorros pecuniarios reanimaron á los pobres indios y habitantes de S. Javier: corrieron todos á encontrar al padre Piccolo, á quien daban gracias con efusion por su expedicion apostólica.

El padre Pedro Ugarte emprendió nuevas correrias á fin de proporcionar ganado é instrumentos de labranza. "El amor no se cansa en los grandes trabajos, el amor es vigilante, no duerme aun en el sueño mismo; el que ama corre, vuela, es libre, nada le detiene." (Imitacion de Jesucristo, lib. 3.^o cap. V.)

En 1703 el padre Salvatierra, después de muchas excursiones solo y á pié, se juntó con un capitán, muchos soldados y californios y se reunió con los padres Piccolo y Bassaldña; pasaron á reconocer la costa occidental que recorrieron sin descubrir ni un solo puerto; encontraron, sí, tierras cultivables aunque sin agua. Se dirigieron hácia el Mediodía y encontraron algunos indigenas, hombres y mujeres, que huyeron á la vista de los exploradores, mientras que otras tribus se acercan y son mas tratables.

Este es el lugar oportuno para refutar una injuriosa observacion de Robertson, repetida después de él por escritores ignorantes ó mal intencionados: "Para impedir que la corte de España concibiese celos por sus operaciones, dice, los padres habian tenido la idea de dar malos informes acerca del país. Segun ellos

“el clima era tan mal sano, y el terreno tan estéril, que solo el celo por la conversion de los indios, pudo haberles decidido á establecerse allí.” (1)

El error de este historiador puede provenir de la confusion que hace de la Antigua y Nueva California; es cierto, por una parte, que la Antigua California es una comarea árida en su suelo como en su atmósfera, por donde ningun rio corre, en donde apenas se encuentra de cuando en cuando un ligero hilo de agua, digámoslo así, que en su mayor parte se agota pronto; en donde la vegetacion, contenida casi por todas partes por lo pedregoso del terreno, no produce sino escasamente, siendo por lo mismo muy cortos y precarios los recursos que suministra. Esto lo dicen hoy los viajeros.

M. de Humboldt, que visitó la California y las misiones, dice: “Los establecimientos de los jesuitas dieron ocasion para conocer la grande esterilidad de la California y la dificultad de cultivarla.” M. Duflot de Mofras dice tambien: “No se encuentra ningun rio en el país, apenas se hallarán cortos arroyos; su esterilidad, por lo mismo, es extremada.” (2) Y poco mas adelante agrega: “El reino vegetal, en un país tan árido como la California, no ofrece grandes recursos.” (3) M. Ferdinand Denis confirma ese testimonio en las siguientes lineas, ha-

1 Historia de la América, pag. 109, tom. IV.

2 Exploracion del Oregon, tom. 1.º pág. 239.

3 Idem, pág. 240.

blando de la California: “No obstante su extrema aridez y la absoluta falta de aguas corrientes y abundantes; (1) sobre todo, hablamos de la Antigua California, principal teatro de los trabajos apostólicos de los misioneros. Es bien sabido que la Nueva es mucho mas fértil y bella.”

Por el mes de Mayo, y caminando hácia el Norte no lejos de la bahía de la Concepcion, una gran tribu de indigenas armó sus flechas como provocando un combate. El padre Ugarte se dirigió á ellos con algunos intérpretes californios, fué cordialmente recibido, y luego que adquirió algunas noticias, creyó conveniente diferir su exploracion para mejor ocasion.

Hácia el año de 1703 los descontentos de las colonias de S. Javier y otras, asesinaron en una noche á todos los catecúmenos y adultos que no pudieron retirarse con la guarnicion. El jefe de la expedicion habia fracasado en sus tentativas de asesinato contra los misioneros y los soldados. Poseido de furor destruyó tambien la capilla degollando á los pobres catecúmenos; favorecido por las rocas y los precipicios, ese miserable logró escapar. Pero el capitán, resuelto á poner fin á las sediciones, amenazó á los indigenas de S. Javier con perseguirlos sin misericordia si no le entregaban aquel jefe. Al cabo de algunos dias fué entregado en efecto. En vano imploró gracia para él el padre Piccolo, el capitán le condenó á muerte. Mas ya que el

1 “Las Californias” por Mr. Ferdinand Denis,

santo jesuita no pudo salvarle la vida del cuerpo, le salvó la del alma, porque movido el jefe indio por la tierna caridad del misionero llegó á desear su muerte como una expiacion, y exhortó á sus camaradas á que se mostrasen en lo de adelante sumisos, fieles y reconocidos.

Las expediciones para la pesca de perlas tenían un caracter de codicia y de violencia que servian de grande obstáculo para la conversion de los indigenas. Se prohibió ese tráfico sin permiso del gobierno; á pesar de la prohibicion, dos buques intentaron hacerla y se dirigieron á las islas, pero les cogió una tempestad que les hizo naufragar en la bahía de S. Dionisio. Solo pudieron salvarse catorce hombres refugiados en una chalupa; fueron recogidos, asistidos y mantenidos hasta que hechas las reparaciones necesarias en la embarcacion se puso en estado de darse á la vela. Esta obra de caridad agotó las escasas provisiones pue el padre Piccolo habia hecho venir de Hiaqui.

Los intereses espirituales y temporales de la mision de S. José determinaron á anexarla á la de la California. Al efecto, el padre Piccolo emprendió nuevo viaje á las costas opuestas para procurar nuevas provisiones para la guaricion; pero ¡ah! este viaje fué inútil. El padre Bassaldua se habia dirigido al mismo tiempo á Mantanchel, Guadalajara y México, con el fin de llamar la atencion del gobierno y despertar su interés hácia el estado de las colonias, pero su esperanza salió fallida.

En 1703 los padres Rolendigui y Nicolás de

Vera, enviados á Roma y Madrid en calidad de agentes de México, expusieron en un memorial á Felipe V las medidas que en su opinion debieran adoptarse para salvar y sostener las misiones. El celo del rey no se desmintió, pero las reales órdenes no fueron ejecutadas. Seria muy largo referir las muchas decepciones que experimentaron los excelentes misioneros, y no puede menos que sorprender su incansable perseverancia para proseguir su intento arrostrando toda clase de disgustos solo por la salud y civilizacion de los pobres salvajes. Por muy ardientes que sean la pasiones humanas llegan á entibiarse y aun á desaparecer, pero las pasiones que el cielo inspira, tienen algo de infinito; así, solo la dulce resignacion y la tierna caridad de los padres pudieron conservar la guaricion á pesar del estado extremo á que habia llegado. El mal tiempo impedia que llegaran las embarcaciones que debian llevar los viveres. En tan terrible situacion, se vió uno de aquellos actos de abnegacion mutua que pasma. Los padres Ugarte, Piccolo y Bassaldua estaban ausentes; se ofreció á los indios la libertad de embarcarse en los buques que partian para Nueva España pero ellos exclamaron: ¡Mil veces morir con nuestros padres! (los misioneros.)

Se viene á la memoria el pasaje de Ruth cuando decía á Noemí: "No me habéis de dejaros, porque yo iré dondè quiera que vayais, y habitaré en donde quiera que habitareis; la tierra en que murais, me verá tambien morir." (1)

1. Ruth, vers. 15 y 16.

El padre Juan María escribía en estos términos á uno de sus hermanos: "A pesar de cualesquiera riesgos permaneceré aquí sin soldados, y estoy persuadido de que el padre Pedro Ugarte seguirá mi ejemplo."

Creyó, no obstante, deber manifestar á sus hermanos la poca esperanza que quedaba de socorro y sosten á la colonia. Los padres Juan Manuel y Francisco Piccolo declararon que nada les haría abandonar el país. El padre Juan se dedicó á procurar sustento á los indígenas mientras llegaban las provisiones. Recorrió bosques y montañas, á veces solo, otras acompañado de algunos soldados y prosélitos á fin de cojer frutas y raíces que pudiesen servir de alimento á la guarnición. Fueron secundados por los indios de S. Javier y de S. Juan de Londo, que se tuvieron por felices con probar en esta ocasion su fidelidad. ¡Piadosa y conmovedora emulacion entre los padres y los hijos!

Por último, los padres Salvatierra y Pedro Ugarte fueron á reconocer el canton de Liguí ó Malabat, á fin de establecer en el Mediodía de Loreto otra mision. Repentinamente recibieron una descarga de flechas que hicieron llover sobre ellos los indios ocultos en una emboscada. El soldado Javier Valenzuela disparó su mosquete con el fin de espantarlos; lo logró, porque los indios cayeron desde luego en tierra, y después se levantaron tomando el partido de aguardar pacíficamente á sus huespedes.

Entonces el padre Salvatierra trató de inspi-

rarles confianza; los abrazó y les prometió dejarles allí á su compañero el padre Pedro Ugarte, nuevamente desembarcado, que les enseñaría el camino del cielo. Era de ver el gozo y contento que se apoderó de los salvajes á estas palabras; al punto corrieron á traer á sus mujeres y sus hijos. El padre, que tenia precision de partir, bautizó á los niños y recibió promesa de que los indígenas se reunirían con él en Loreto.

No seria posible referir aquí todos los viajes, ni reasumir toda la correspondencia del padre Salvatierra. Por todas partes trabajos y fatigas que serian verdaderamente insoportables, si pudiera haber alguna cosa insoportable para el ardor de esos hombres apostólicos abrasados del amor de Dios y ansiosos del bien de las almas. Para ellos no habia calor ni frio, puesto que todo lo soportaban igualmente; se verificaba en ellos el admirable pensamiento de S. Agustin: "Donde hay amor, no hay trabajos, ó si los hay, son gratos." (1)

1 "Ubi amatur, non laboratur."

CAPITULO XIII.

EL PADRE JUAN MARIA.

El padre Juan María juzgó indispensable trasladarse á México á fin de solicitar un auxilio menos precario; estando allí supo su nombramiento para provincial de la Nueva España en remplazo del padre Manuel Pineyro, recién muerto. A pesar de sus representaciones se vió obligado á permanecer en el puerto. En esa época dirigió al virey un memorial muy notable por la elevacion de miras no menos que por la franqueza y cristiana sencillez de la expresion. Citaremos algunos de sus pasajes:—"25 de Mayo de 1705."—"A fin de dar obediencia á la orden de su majestad me tomo la libertad de hacer presente á V. E. la imposibilidad en que estamos para subsistir en la California no teniendo mas que un buque, cuando por espacio de siete años y medio tuvimos siempre tres. Sea por los accidentes del mar, ó por los que han sobrevenido en las costas, ó tal vez á consecuencia de los naufragios, y porque careciendo de instrumentos y trabajadores inteligentes, y aun de parajes á propósito, no han podido ser reparadas las averías; ello es que nos hemos visto en positivos trabajos y dificultades sin nú-

mero, porque la empresa es tan nueva que hasta ahora no han podido encontrarse medios mas aptos para llevarla á cabo; y no hubiera podido ser de otro modo aun cuando hubiésemos contado con los inmensos recursos de que pudo disponer el almirante D. Isidoro Ortando que tenia á su arbitrio el real tesoro.

De las tres grandes embarcaciones que fueron construidas para la expedicion de la California, la "Balandra" no llegó á servir, de manera que resultó en esto un gasto inútil para S. M., sin contar la pérdida de municiones y el gasto en jornales de obreros, sueldos de tropas y marineros. Los dos navios llamados "la Capitana" y el "Almirante" no fueron de grande utilidad, y hubo que abandonar el establecimiento que se habia formado en la Paz, que es el centro de la cria de perlas, por falta de provisiones, pues el almirante no llegó á tiempo.

Se cometió además, en aquella época, la imprudencia de provocar á la vecina nacion de los guaicuros asesinando á los indigenas sentados alrededor de una gran caldera de maíz cocido que el mismo almirante les hizo servir. Se fundó un establecimiento sesenta leguas mas arriba, y en él permaneció por mas de diez meses sin que llegase bajel alguno."

A propósito de la esterilidad de la California antigua, decia: "Desde el tiempo de Fernando Cortés, y sin hablar de otros que han desembarcado en un espacio de 180 años, ha sido imposible poblarla, lo cual es una prueba cierta de que se han encontrado grandes dificultades pa-

ra ello; y si la Virgen de Loreto no hubiese cuidado de asegurar la conquista y poblacion, jamás habriamos hecho lo que se ha hecho, ó por lo menos no subsistiria. No era yo novicio cuando formé este proyecto; habia ya envejecido en los trabajos de la Nueva Vizcaya y tuve la dicha, tanto por la buena disposicion de los españoles, así soldados como paisanos, quanto por la amistad de los indigenas que logré captarme, de haber prevenido toda rebelion por parte de aquellos pueblos."

Respecto de los poderes dados á los padres se expresaba en estos términos:

"Se por propia experiencia que sin estos poderes no hubiera podido dar un solo paso en la California, así como tambien que sin el temor que los comandantes tenian de ser depuestos del empleo, los padres no hubieran podido efectuar sus descubrimientos ni reconocer el país tan perfectamente como lo han hecho."

El padre hace en seguida una reseña de las violencias cometidas con ocasion de la pesca de perlas y la utilidad de la intervencion de los padres para reprimirlas.

"La consecuencia de estas violencias hubiera sido la rebelion de los indigenas y la pérdida del país; y habria sido tanto mas difícil reconquistarlo, quanto que no podia hacerse uso de la caballeria."

El padre hace notar las ventajas de la proteccion de los jesuitas á los soldados, quienes, debido á ella, están menos expuestos en el país á las vejaciones de sus oficiales.

"Así, un indio que pesca una hermosa perla la venderá mejor á algun soldado que al capitán. Este último mirará por ello de mal ojo al soldado y al indio. Si el soldado se rehusa á vendérsela, el capitán se enfurece y se deja llevar á culpables excesos como sucedió en tiempo de Otando, quien corrió gran riesgo de ser hecho pedazos por sus soldados y marineros."

"Podria yo agregar que, quitar ese poder á los padres, equivaldria á querer debilitar la caridad de los súbditos de S. M., cuyas contribuciones aumentan ó disminuyen á proporcion de la mayor ó menor confianza que tienen en los encargados de emplearlas. Se harian cesar tambien los socorros personales que prestan los españoles é indigenas de la Nueva Vizcaya, quienes al primer aviso de los padres, dejan su país y se embarcan para venir á encontrarnos: testigos los españoles de Sinaloa que ahora tres años nos socorrieron, igualmente los guerreros de la fiel nacion de los hiaquis que se embarcaron con sus armas en un buque, y se encaminaron á Loreto."

El padre muestra en seguida la necesidad que tienen los españoles y los indigenas de contar con la proteccion y paternal amor de los misioneros; recuerda que el almirante Ortando, á pesar de su autoridad y de las órdenes del virrey, no pudo lograr el voluntario servicio de los indigenas, ni en Sinaloa ni en Sonora, y que aquellos á quienes pudo decidir exasperaron el país con sus crímenes. En cuanto á la resolucion del consejo real en 1685, de ofrecer á la

Compañía de Jesús el tomar á su cargo la expedición de la California, que se quería abandonar, dice:

“El consejo mismo estaba tan persuadido de que el único medio de convertir y reducir á los californios, era confiar este negocio á los reverendos padres, que desechó sin dificultad la proposición que le hizo desde luego el capitán Francisco de Lucenilla para emprender la expedición por una suma mucho menor que la ofrecida á los padres.”

Después de suplicar al virey que ordenase y recomendase á los padres que se encargasen del gobierno temporal y espiritual de aquellas regiones, hace ver que ningún particular podría llenar las condiciones de la cédula, con solos los trece mil pesos asignados por el rey, á menos de ser un ignorante ó un malvado. Prevee disputas probables con los padres, que jamás sufrirían que se oprimiese á los soldados, á los marineros, y menos aun á los indígenas cristianos ó infieles. Estos, por otra parte, no dejarían de insurreccionarse. El padre insiste después sobre la distancia y la dificultad de recibir órdenes, la carestía de provisiones, que sería necesario hacer llegar de fuera, y la esterilidad del país, la escasez de colonos, que malos súbditos, en su mayor parte, excitan turbaciones y revueltas, continúa luego:

“Además de los trece mil pesos, nos vimos obligados durante uno ó dos años á tener una embarcación bien abastecida y tripulada de un número considerable de marineros, á fin de re-

conocer y vigilar las costas occidentales, los puertos, las bahías y ensenadas que se encuentran allí. Recorri en esta embarcación, desde el 24^o hasta el 27^o, después de lo cual me trasladé á la costa occidental y desembarqué bajo el grado que se me designó. La embarcación que costeaba occidentalmente tenía por objeto unirse con el buque que venía de la China, y darle aviso de los corsarios que cruzaban por las costas de Nueva España.

“El estado actual de la California, agrega, es el siguiente: S. M. posee cincuenta leguas de país á lo largo de la costa, desde la bahía de la Concepción hasta Agua-Verde. Es este un lago situado á 50 leguas hácia el interior del país, mas allá de las montañas que separan los dos mares, lo cual forma mas de cien leguas de circuito. Reina tan gran tranquilidad en el país, que encontrándose los padres sin soldados, los naturales se conformaban en todo á su voluntad y obedecían las órdenes del capitán de las tropas, mostrándose dispuestos con otros 120 mas, tanto cristianos como catecúmenos y gentiles, á tomar las armas para defendernos.”

El padre menciona los nuevos descubrimientos y resultados del padre Juan Ugarte á quien los indios visitaron en aquella cadena de montañas que se extiende de un mar á otro. La California es el refugio de los españoles á quienes la tempestad arroja de la mar del Sur. “Hace dos años, dice, que setenta personas, cuyo buque naufragó, encontraron allí seguridad. Se tiene esperanza de encontrar minas muy ricas

en los cantones descubiertos y conquistados. No hay que pensar en ver á los españoles establecerse en este país, cuyos recursos son tan precarios; además, no vendrían sino atraídos por recompensas ú obligados por la fuerza, y aun cuando vinieran su presencia suscitaría reyertas con los indígenas."

Muestra en seguida brevemente la utilidad de una guarnición y un puerto sobre la costa occidental, medio muy apreciable de salvacion para los buques que van á Filipinas. Hace notar que un gran número de pasajeros, no teniendo punto de desembarque en que pudieran refrescar las provisiones, mueren de escorbuto.

Aquí se nos presenta un nuevo testimonio de desinterés: "A fin de no ocasionar nuevos desembolsos al tesoro, dice el padre, como sucedería si se aumentasen las pensiones de los padres que han convertido á los infieles casi hasta la costa occidental, puede satisfacerse fácilmente á los deseos de S. M. y ahorrarse los gastos de una nueva guarnición, contentándose con pagar á los padres un subsidio de 13000 pesos. Esta suma, junta con la limosna de los fieles, bastaría para hacer fructuosa la empresa."

CAPITULO XIV.

LOS JESUITAS.

Como entre los protestantes, y aun entre muchos católicos, se ha hecho costumbre el encontrar siempre malas las acciones de los jesuitas, se les imputa como crimen no haber descubierto ó revelado la existencia de minas de oro en California. Esos malos patriotas, dicen, han llevado la felonía hasta el extremo de no cuidarse de recoger los tesoros que pisaban. Por no enriquecer á su patria, no han querido enriquecerse ellos mismos. ¡Hipócritas astutos! han preferido mejor vivir entre privaciones ó perecer de necesidad mas bien que inclinarse á recoger aquel polvo, aquellas piedras que los hubieran hecho ricos para siempre.—Y ao obstante, los que esto dicen acusan al mismo tiempo á los jesuitas de sórdida avaricia, de insaciable codicia; les hacen aparecer como traficantes en todos los puntos, monopolizando los almacenes y acumulando riquezas por cualesquier medios. Semejantes absurdas acusaciones no parecen dignas de seria refutación; se destruyen por sí mismas. En este, como en otros muchos casos, la iniquidad se destruye á sí misma. Mr. Johnson, viajero circunspecto y muy estimado, dice simplemente que los jesuitas habian ocultado la existencia de

oro en California para no llamar la atención del protestantismo (1), que atraído por ese estímulo no hubiera dejado de invadir las costas occidentales de la América del Norte. Hé aquí una preciosa confesión. Queda, pues, sentado por el dicho de este honrado calvinista ó anglicano, que los jesuitas desdeñan las riquezas materiales, en tanto que el amor al oro es el principal móvil que decide á la Inglaterra protestante á conquistar, y muchas veces á perseguir á los pueblos mas remotos.

El virrey duque de Alburquerque no pensó siquiera en la California; pero en 1710 fué reemplazado por el duque de Linares, D. Fernando de Lancaster Nerona y Silva (2). Este tenia, lo mismo que sus antepasados, gran veneración

1 Obsérvese una vez mas que muchos escritores confunden por ignorancia ó por malicia las dos Californias. "No es cierto que las conociesen desde hace siglo y medio; sin embargo, pertenecian á la misteriosa sociedad de los jesuitas, que, celosa de su influencia universal, temia que el protestantismo invadiese las costas occidentales de la América del Norte, como se posesionó de los terrenos situados al Este. El secreto que impuso á los miembros de la órden y su fiel observancia durante tan largo período, prueban bastante la fuerza y el peligro de su organizacion."

Blackwood's Magazine. R. B. Enero 1850.

2 Ligado al rey de Castilla, de Portugal y de Inglaterra, este personaje, hombre de eminente mérito y de grande experiencia, habia sido vicario de Italia, virrey de Cerdeña y teniente general del ejército del rey de España.

por los jesuitas á quienes facilitó grandes sumas é interés en su favor á los mas ricos habitantes de México. No hizo, sin embargo, todo el bien que deseaba á las misiones, porque se le ocultaron las reales cédulas que asignaban fondos para esta empresa. Los gastos se hicieron siempre por los jesuitas, que, siendo pobres, no podian ofrecer mas que el fruto de sus trabajos y privaciones.

La inteligente actividad del padre Piccolo procuró á la mision provisiones que la salvaron. Este bienhechor de las misiones murió piadosamente en brazos del padre Francisco de Sólchaga, en Veracruz. No se olvidó de las misiones de California en su testamento.

"Es mi voluntad que de los bienes que se dejó á las misiones de California cinco mil doblones, los cuales se pondrán á disposicion de los padres que en ellas se encuentren; en caso de que yo muera en este reino, y si falleciese en Europa, la dicha suma será entregada al agente general de la venerable sociedad de los jesuitas, para hacerla venir a estas provincias."

"Quiera Dios, le escribia el padre Salvatierra, entonces provincial, quiera Dios, mi reverendo padre, recompensaros por los socorros que habeis enviado á nuestros padres. Sin vos los habria yo encontrado muertos de hambre al llegar aquí."

¡Ah! este género de martirio que describe S. Basilio en términos tan patéticos, amagaba constantemente sus vidas, atacándolos á veces, pero

por una gracia especial no inmolando casi nunca á sus víctimas. Retrocedamos un poco.

Se habia pensado en establecer dos nuevas misiones, la una hácia el Norte, la otra en el Mediodía. Los padres Francisco Piccolo y Manuel Bassaldua encontraron la embocadura del rio que los salvajes llamaban Mulege, tras el cabo de las Virgenes; siguieron á lo largo de este rio durante algun tiempo, pero no pudiendo salvar las escarpadas montañas que se presentaron tuvieron que reembarcarse á fin de procurarse monturas que les proporcionó el padre Andrés de Cervantes. El padre Piccolo se dirigió á las misiones de Sonora á recoger colectas, mientras que el padre Bassaldua y el padre Ugarte emprendieron explorar aun el país mas allá del rio de Mulege, á través de las inaccesibles montañas situadas entre el Norte y el Noroeste de Loreto. Sus esfuerzos fracasaron de nuevo. Se reembarcaron por lo mismo hácia la bahía de la Concepcion, de allí tomaron el camino que habian comenzado á descubrir, y arribaron á S. Juan de Londó en donde encontraron al padre Salvatierra residente á la sazón en el país como visitador.

Mas tarde, en virtud de sus órdenes, se separaron los padres Ugarte: Juan se dirigió á S. Javier, Pedro á Loreto, y Bassaldua á S. Juan de Londó. El visitador recorrió todas las misiones, todas las comunidades, cautivando los corazones y ofreciéndoles en seguida á su divino Maestro. Llegó, en fin, la hora de la fundación de dos nuevas misiones. Hemos dicho que

nadie habia podido ir mas allá de la bahía de la Concepcion. Dos veces fracasó la empresa á causa de los obstáculos que oponian las montañas y la espesura de los bosques. En 1705 el padre Bassaldua logró abrir un paso por el bosque; al efecto hizo rodar grandes trozos de roca llenando con ellos los barrancos, é hizo practicable de este modo el camino para las bestias de carga, llegando así hasta los bordes del rio Mulege; allí fundó una mision dedicada á Sta. Rosalia, en memoria de dos bienhechores, Arteaga y doña Josefa Vallejo, que teniendo especial devoción á esta santa habian dejado un fondo de 12,000 pesos para la mision.

Pedro Ugarte hizo desmontar y sembrar gran porcion de terreno, enseñando la agricultura en S. Javier y multiplicando sus correrías á fin de formar comunidades. En S. Juan de Londó el padre Bassaldua agrandó considerablemente la poblacion, atrayendo á los indígenas y buscándolos como el buen pastor entre los precipicios y las montañas.

El padre Pedro Ugarte habia sido gozosamente acogido por los indígenas de Ligui, pero no tuvo por mucho tiempo otro abrigo ni mas techo que la sombra de los mesquites; después se procuró una especie de choza entretejiendo ramajes. Formó, en fin, por procedimientos análogos, una capilla y otras chozas mas.

No referiremos en esta vez todos los medios de que se sirvió para civilizar y educar á los indígenas, y las pruebas que dió de su ardiente celo. Dedicó esta nueva mision á S. Juan Bau-

tista como testimonio de gratitud á D. Juan Bautista López que contribuyó con 1.000 pesos para su conservacion, pagando los réditos de ese capital.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MEXICO
 VALERE FLAMMAM
 VERITATIS
 CAPITULO XV.

CONVERSIONES.

Queremos hacer aperecer aquí á uno de los hombres mas distinguidos de la Compañía. Entre los hermanos coadjutores se contaba Jaime Bravo, que unia á una piedad ferviente una actividad y una inteligencia notables. Cuando el padre Pineyro, residente en México, fué nombrado visitador de la California, como el trabajo era considerable y peligroso en aquel remoto país, esto bastó para excitar el celo y santa ambicion del hermano coadjutor. Suplicó, pues, al padre Pineyro que lo llevase consigo, á lo cual accedió desde luego. Se necesitaba de una persona que ayudase á los padres y se ocupase de lo puramente temporal á fin de que ellos pudiesen tener mas libertad y dedicar mas tiempo al cuidado de las necesidades espirituales de sus neófitos. Durante catorce años Jaime desempeñó su encargo (de coadjutor temporal) con un celo y una capacidad dignas de todo elogio.

Habiéndose decidido en 1706 á fundar nuevas misiones, Bravo fué escogido para descubrir los puntos mas favorables; al efecto partió de Loreto dirigiéndose primero á S. Juan Bautista Liguí, en donde se unió al padre Pedro. Mientras visitaban juntos la costa, marchando á la cabeza de la pequeña caravana con el capitan, se llegó á ellos un indigena diciéndoles que cuatro soldados estaban á punto de espirar. ¿Cuál podria ser la causa de esta desgracia? Eso fué lo que se trató de averiguar á fin de poner el remedio oportuno. Desgraciadamente era ya tarde para dos de los soldados. Parece que estos vieron colocados sobre un buen fuego dos conchas llenas de pescados; iban á sentarse alrededor del fuego con la mira de regalarse con los pescados cuando un indigena les gritó: ¡Es veneno! Mas en vez de dar crédito á este aviso, uno de los soldados respondió: "Nada de alharaca, los españoles son inmortales".... y al punto distribuyó entre sus camaradas el contenido de las conchas, ó sea los *botates*, (cuyo hígado contiene un veneno sutil.) Dos de ellos comieron el pescado; otro solo lo masticó, mas sin tragarlo; el cuarto, mas prudente, no hizo mas que examinarlo. Todos experimentaron, no obstante, violentas convulsiones; los dos primeros murieron en menos de una hora; los otros dos presentaron un estado muy alarmante durante muchos dias; uno de estos últimos permaneció sin conocimiento por veinticuatro horas. Este doloroso accidente los obligó á renunciar á la exploracion y á volver á Liguí con

el fin de sepultar á los muertos y tributarles los últimos oficios.

En 1709 hubo necesidad de reemplazar á Pedro Ugarte con el padre Peralta, y enviar al primero á México á fin de que restableciese su salud profundamente alterada. Se le encargó de negociar lo relativo á la mision: tal era el descanso de aquellos santos jesuitas. Apenas convaleciente, volvió á sus caros trabajos, pero cayó de nuevo enfermo, tan gravemente, que fué preciso trasladarlo á las misiones del rio Hiaqui. Aun allí prestó todavía grandes servicios á la California enviando provisiones. Pedro Ugarte, su noble émulo, mereció justamente la calificación de apóstol que de él hizo el padre Salvatierra; nada dejó que no emprendiese y acabase, ningún obstáculo de que no triunfase. Predicar, ayudar en lo necesario, exhortar, explorar continuamente lugares desconocidos, bautizar, instruir, administrar, consolar á los moribundos, hacer plantíos, edificar, desmontar el terreno, reparar los caminos, reparar las embarcaciones, nada le fué extraño. De su casa hizo un seminario; en ella enseñaba las ciencias usuales, con tan buen éxito, que muchos indígenas llegaron á ser hábiles catequistas. Pedro Ugarte fundó un asilo para las jóvenes huérfanas; otro en que se enseñaban los trabajos manuales; catequizaba, y por último fundó un hospital en donde él mismo asistía á los enfermos y moribundos.

Uno de estos enfermos, entre otros, dió gran motivo de consuelo al padre Echeverría visitán-

dole. Con la mira de desterrar las ceremonias supersticiosas que los salvajes practicaban en los entierros, el padre habia establecido que los funerales se hiciesen con solemne pompa católica. El enfermo hizo su confesion general en lengua indigena; después, queriendo detener al padre visitador, le rogó en español que rezase el rosario con él y por su intencion; pidió en alta voz perdon á sus camaradas por los malos ejemplos que les hubiese dado, y expresó su deseo de morir por temor de pecar de nuevo.

Así, bajo el imperio de nuestras divinas creencias, no es necesario ser griegos ni romanos para contemplar la muerte con ojos serenos, para refugiarse á ella como á un puerto á donde no llegan las tempestades. No es difícil encontrar Polyuctes en el desierto que puedan decir como aquel, salvo el brillo de la expresion:

“Al primer empuje me condujo al puerto; y al salir del bautismo me envió á la muerte.”

El enfermo se volvió hácia sus parientes que rodeaban el lecho de muerte, los conjuro á que viviesen siempre en la piedad, después de lo cual entregó su alma á Dios haciendo actos de amor como un cristiano de los primeros siglos.

Vamos á citar un rasgo de amor paternal. Un adivino que habia visto la ternura con que el padre Ugarte trató á su hijo, no pudo resistir al ascendiente de esta caridad celestial; quiso ser bautizado tambien, se resignó á aprender el catecismo, y para dar gracias al padre por el beneficio recibido le reveló todos los prestigios de

la magia indígena. Este buen hombre recibió en el bautismo el nombre de Domingo, y su fervor llegó á ser tal que no quiso salir jamás de su casa sino para la iglesia. Poco sobrevivió á su conversión; mas este corto tiempo lo consagró por entero á la oración.

Otro famoso adivino se convirtió igualmente. Había fomentado diversas veces rebeliones contra los padres, pero tocado al fin por la gracia vino á Loreto, habló con el padre Ugarte derramando copiosas lágrimas y conjurándole á fin de que le administrase el bautismo. Prometía no dejar á Loreto, y el padre, enternecido, se encargó de instruirle, y le bautizó al fin el 7 de Diciembre de 1705, día de S. Ambrosio cuyo nombre le fué puesto.

El padre Pedro Ugarte marchó á reconocer la costa del mar del Sur acompañado de 40 soldados de la nación Hiaqui, de su jefe que quiso seguirlos y del capitán de la guarnición de Loreto.

Algunos de estos soldados y muchos indígenas se detuvieron en S. Javier, residiendo en Sta. Rosalía; otros prosiguieron su marcha encontrando al paso un arroyo á que dieron el nombre de S. Andrés en honor del santo, cuya fiesta se celebraba ese día; los padres celebraron misa a la orilla del arroyo.

Al acercarse al mar se vieron expuestos á grandes peligros en medio de las emboscadas y redes que los guayencos preparaban. "En medio de la hambre, de la sed, de los trabajos, de las fatigas, entre el frío y la desnudez." (II á

los cor. ver. 27.) Hicieron alto bajo un grupo de sauces; allí se dividieron en pequeñas partidas á fin de buscar algun manantial. Un mes trascurrió sin encontrar ninguno, por lo que, tanto los hombres como las bestias morían de sed. Habiendo descubierto por último un abrigo, encendieron fuego para calentarse dejando á los animales libres para que su instinto encontrase donde apagar su sed.

Llegó por fin el 8 de Diciembre y ellos continuaban siendo presa de la misma agonía. El padre Ugarte celebró misa en honor de la Concepción, suplicando á Dios con el mayor ardor, por la intercesión de María, que no permitiese que sucumbieran en aquel bendito día. Terminada la misa se cantó en coro las letanías de la Santísima Virgen; no habían acabado aun las piadosas invocaciones cuando se presentó á la puerta de la iglesia un indígena gritando en su idioma: "¡agua! ¡agua!" (1) Los asistentes, conmovidos y llenos de esperanza, se precipitaron al lugar indicado. Al punto se les ofreció á la vista una fuente abundante de agua, bastante para satisfacer las necesidades de hombres y bestias. ¡Cosa sorprendente! Habían pasado y vuelto á pasar por aquellos mismos lugares sin percibir ni un hilo de agua. El beneficio era inmenso, las acciones de gracias fueron solemnes.

La esterilidad de aquellas costas obligó á los

1 A la misma hora Pedro Ugarte celebraba misa en Loreto por los viajeros.

exploradores á regresar á Loreto poco tiempo después. Mayorga, que habia salido de España con el padre Rolando Digui, debia haberse embarcado en Matanchel; prefirió, no obstante, andar 400 leguas atravesando la provincia de Sinaloa y Sonora y se dirigió al puerto de Ahomé á fin de recoger los recursos necesarios para su mision. Llevó consigo cinco californios de los primeros convertidos á la fe; dejó á tres de ellos en México con la esperanza de que la belleza del culto y la magnificencia de los templos excitase en ellos respeto y estimacion que participasen luego á sus compatriotas. Uno de ellos cayó enfermo, y los cuidados paternales que los jesuitas le dispensaron no pudieron preservarlo de la mortífera influencia del clima. Atacado de una grave enfermedad, D. Santiago José expresó sentimientos de ardiente fe que edificaron á sus compañeros: “¡Dios mio! exclamaba, hacedme morir si mi vida no es ya útil para vuestra gloria.” Murió en efecto durante la travesía de Ahomé á Loreto.

CAPITULO XVI.

EL CAPITAN RODRIGUEZ.

El padre Mayorga llegó, en fin, á Loreto, después de una furiosa tempestad. El padre

Salvatierra la describe de una manera tan viva y expresiva, que no podemos menos de citar uno de los fragmentos de su carta.

“La noche del 31 de Enero, dice, fué en extremo oscura y la tormenta era tan violenta, que nos vimos obligados á atarnos al mástil á fin de no ser arrebatados por las olas que pasaban sobre nuestras cabezas, en medio de las rocas é islas de que estabamos rodeados. Los marineros habian estado dia y medio sin probar alimento, por este motivo se hallaban tan desfallecidos y cansados que en su abatimiento abandonaron la maniobra esperando por instantes la muerte. La menor de las desgracias que podia sucedernos, era la de ser arrojados al mar. Los californios se acogian á mí como polluelos; yo tenia entera confianza en ellos, mirándolos como nuevos hijos de la Santísima Virgen, en cuyo servicio corrian aquel riesgo. En fin, puedo asegurar que aunque he viajado mucho, hasta esta vez he conocido los peligros y desgracias á que el hombre está expuesto. ¡Cuánta fe! ¡qué candor de niño, qué ternura de corazon en esta pintura de los californios agrupándose en torno del misionero como polluelos bajo el ala de la gallina que los cria, y el hemistiquio de Virgilio aplicado con tanta gracia, y el que cubre como un escudo á aquellos hijos de la Santa Virgen. Si no hay en esto una verdadera poesia, no sabemos en verdad adonde pueda encontrarse.

El padre iba acompañado del jefe militar de Loreto, el capitán Rodriguez y del padre Igna-

exploradores á regresar á Loreto poco tiempo después. Mayorga, que habia salido de España con el padre Rolando Digui, debia haberse embarcado en Matanchel; prefirió, no obstante, andar 400 leguas atravesando la provincia de Sinaloa y Sonora y se dirigió al puerto de Ahomé á fin de recoger los recursos necesarios para su mision. Llevó consigo cinco californios de los primeros convertidos á la fe; dejó á tres de ellos en México con la esperanza de que la belleza del culto y la magnificencia de los templos excitase en ellos respeto y estimacion que participasen luego á sus compatriotas. Uno de ellos cayó enfermo, y los cuidados paternales que los jesuitas le dispensaron no pudieron preservarlo de la mortífera influencia del clima. Atacado de una grave enfermedad, D. Santiago José expresó sentimientos de ardiente fe que edificaron á sus compañeros: “¡Dios mio! exclamaba, hacedme morir si mi vida no es ya útil para vuestra gloria.” Murió en efecto durante la travesía de Ahomé á Loreto.

CAPITULO XVI.

EL CAPITAN RODRIGUEZ.

El padre Mayorga llegó, en fin, á Loreto, después de una furiosa tempestad. El padre

Salvatierra la describe de una manera tan viva y expresiva, que no podemos menos de citar uno de los fragmentos de su carta.

“La noche del 31 de Enero, dice, fué en extremo oscura y la tormenta era tan violenta, que nos vimos obligados á atarnos al mástil á fin de no ser arrebatados por las olas que pasaban sobre nuestras cabezas, en medio de las rocas é islas de que estabamos rodeados. Los marineros habian estado dia y medio sin probar alimento, por este motivo se hallaban tan desfallecidos y cansados que en su abatimiento abandonaron la maniobra esperando por instantes la muerte. La menor de las desgracias que podia sucedernos, era la de ser arrojados al mar. Los californios se acogian á mí como polluelos; yo tenia entera confianza en ellos, mirándolos como nuevos hijos de la Santísima Virgen, en cuyo servicio corrian aquel riesgo. En fin, puedo asegurar que aunque he viajado mucho, hasta esta vez he conocido los peligros y desgracias á que el hombre está expuesto. ¡Cuánta fe! ¡qué candor de niño, qué ternura de corazon en esta pintura de los californios agrupándose en torno del misionero como polluelos bajo el ala de la gallina que los cria, y el hemistiquio de Virgilio aplicado con tanta gracia, y el que cubre como un escudo á aquellos hijos de la Santa Virgen. Si no hay en esto una verdadera poesia, no sabemos en verdad adonde pueda encontrarse.

El padre iba acompañado del jefe militar de Loreto, el capitán Rodriguez y del padre Igna-

cio Alvarado. Este último fué repentinamente atacado de una enfermedad ocasionada por la fatiga, el cambio de clima y el mal alimento. El visitador Juan María quiso enviarlo á restablecerse á la costa mas saludable de la Nueva España; el padre, profundamente afligido por tal disposicion, se echó á los piés de su superior rogándole le dejase morir en el trabajo. Decia como san Ignacio de Antioquia: "Temo que vuestra caridad me sea perjudicial, porque facilmente lograriais vuestro objeto; pero yo no podria llegar á Dios si vuestra ternura me aleja el término de mis dias." Dios recompensó esta ardiente caridad, pues el padre gobernó aun por espacio de treinta años con infatigable celo la mision de san José, situada en medio de las montañas. (1) Ayudado por Salvatierra y Juan Ugarte, el padre Mayorga habia reunido un gran número de indígenas á quienes civilizó; fundó una iglesia y en pocos años reunió en otros dos pueblos, san Ignacio y san Juan (2), gran número de salvajes y formó diversas congregaciones que él instruía. Además de una capilla y varias chozas, fundó dos establecimientos para niños y niñas, así como tambien un hospital, sostenidos todos por su ingeniosa caridad; cultivó campos de maíz cerca de san Ignacio, y plantó vides en las cercanías de san

1 Fundada por el marqués de Villa-Puente.

2 Este celo del misionero se extendió al alma y al cuerpo, satisfaciendo las necesidades de ambos; sembró maíz, plantó vides, fundó hospitales y escuelas.

José y de san Juan. El padre Francisco Javier Wagner que le reemplazó, murió allí el 13 de Octubre de 1744, á la sazón precisamente que sus esperanzas se realizaban de una manera satisfactoria.

El descubrimiento de cantones antes desconocidos hizo nacer el proyecto de fundar nuevas misiones; mas desde luego comenzaron las pruebas y dificultades, la vid debe ser podada á fin de dar mas fruto. La barca "san Javier", que servia para el transporte de provisiones, partió de Loreto en 1709 llevando 3,000 pesos con el objeto de procurarse útiles. Asaltada por una violenta tempestad durante tres dias, fué arrojada sobre la estéril costa de los seris, mas arriba del puerto de Guyamas; allí se vió encallada entre los bancos de arena, ahogándose los pasajeros que no pudieron salvarse en la chalupa. Hé aquí otro desastre: los habitantes de aquella comarca, enemigos encarnizados por entonces de los cristianos, y sobre todo de sus vecinos (1), sembraron la alarma entre nuestros viajeros que se dieron prisa á enterrar el tesoro y á reembarcarse en seguida. Mas los seris descubrieron bien pronto el tesoro é hicieron deslizar la barca; los pobres naufragos volvieron á Hiaqui después de muchas fatigas y riesgos.

El padre Juan María habia reconciliado á los seris con los pimas, pero no duró mucho la paz;

1 Las misiones establecidas entre los pimas, los cocomaques y los guyamas.

los seris asesinaron á 40 pimas, y perseguidos por las guarniciones vecinas encontraron refugio en las islas de Valsipuedes que no podian ser abordadas sin bajel.

Advertido de esta catástrofe pudo al fin embarcarse el 6 de Octubre. La barca "Rosario" arribó á Guyamas y partió en seguida escoltada por 14 hiaquis, escolta insignificante en medio de un país habitado por hombres tan bárbaros; pero en la travesía, su palabra llena de caridad y de unción instruía, convertía, y el evangélico encanto de su dulzura y fisonomía, contribuía á aplacar los remordimientos de los seris y de los copocas. Después de sufrir sed por espacio de dos dias, llegó al rio y vió al "san Javier" varado. El resto del acompañamiento se encontraba en situacion deplorable, sin mas alimento que yerbas silvestres. El primer cuidado del padre Salvatierra fué dividir entre estos desgraciados sus propios víveres; pero para tanta gente hubiera sido necesario el milagro de la multiplicacion de los cinco panes. En tal apuro, y cuando no quedaba otra perspectiva que la de la muerte, el padre escribió al marqués de Villa-Puente rogándole cubriese las deudas de la mision. Por fin, los salvajes llevaron un poco de maíz, y con esto pudieron los viajeros ponerse en estado de trasladarse al puerto de san Juan Bautista.

No lejos de allí, los indígenas que habian robado el cargamento se presentaron armados; llevaban á la cabeza á un viejo que los animaba con sus gritos. Juan María se adelantó hácia

ellos con dulce intrepidez. Por medio de señas logró excitar su atencion; en seguida se los hace favorables por medio de una distribucion de cuentas y otras bagatelas que dió al viejo y á los niños. Repentinamente se espantaron á causa de una descarga hecha por la "Rosario," y el resultado fué que presentaran todo el dinero y efectos robados, que escucharan al misionero, se reconciliaran con sus vecinos y quedara de este modo restablecida la paz.

La "Rosario" habia traído socorros; pero fué necesario tanto tiempo para desencallar el "San Javier" que llegaron á faltar los víveres. Informado el padre Juan María de que á treinta leguas de allí existía una guarnicion llamada de Nuestra Señora de Guadalupe, dió noticia al capitan de ella de la situacion que guardaban. El capitan, llamado Francisco Javier Valenzuela, envió desde luego provisiones, viniendo después en persona con nuevos socorros. A la vista de aquellos hombres extenuados por el hambre y las fatigas y que por momentos aguardaban la muerte, el capitan y los soldados se enternecieron hasta derramar lágrimas. En tanto que se restauraba la embarcacion el padre Juan María no estaba ocioso; trabajaba por convertir á los salvajes de la costa, haciendo traducir el catecismo á su idioma por el padre Almazán. Gracias á las recompensas que daba á los jóvenes indígenas su instruccion fué rápida.

Muchos años antes los seris habian pedido misiones; muchos de entre ellos (mas de trescientos), habian venido á establecerse á la mi-

sion del padre Gaspar Tomás (1). Otros muchos lograron la visita del padre Adam Gil, misionero de Populo. Desgraciadamente este, no obstante sus esfuerzos, no pudo llegar á aprender el idioma de aquellas tribus. El buen padre obtuvo permiso de volverse entre los seris pero su mision fracasó á consecuencia de la rebelion de Tarahumora y de las guerras que aquellos tuvieron con los persias y los guyamas, sus vecinos.

El padre Salvatierra se acordó de las solitaciones de estos pueblos, y, devorado de celo en favor de aquella multitud que habita entre los guyamas y la costa opuesta de la California, bautizó á todos los niños que le presentaron los salvajes. A fin de reconciliar á estos pueblos invitó á los jóvenes de ambas tribus para que concurriesen á la gran fiesta que iba á tener lugar con motivo de la matanza y reparto de los animales traídos de la "Guadalupe" para las embarcaciones. El padre sabia bien que su invitacion seria obsequiada. En efecto, se vió acudir á los viejos indigenas llevando á cuestas á sus hijos llenos de confianza filial en el bienhechor universal de aquellas naciones. Los seris regresaron con la promesa de recibir muy pronto misioneros que los instruyesen y velasen por sus intereses.

Luego que la embarcacion estuvo dispuesta, el padre Salvatierra se dirigió al mar, atravesando primero por las islas Salsipuedes, repu-

1 Misiones de Zucuguerpa.

tadas hasta entonces como inabordables; visitó san Javier, la bahía de la Concepcion, en donde habló con el padre Piccolo nombrado para la mision de Santa Rosalía, pasando en seguida á la bahía de san Dionisio, muy contento por haber descubierto una nueva parte del Golfo; siguió luego la costa de los seris á la orilla de las montañas.—El Evangelio no puede ser predicado sino por aquellos hombres de paz de quienes se ha dicho: "Preciosos y benditos son los piés de los que traen la paz." El padre Salvatierra pacificó primero y después evangelizó. La "Rosario," que habia sido enviada á Loreto, escapó afortunadamente de los corsarios ingleses y holandeses.

El uso casi exclusivo de maíz y de carne salada causó muchas enfermedades, y entre otras la viruela. La mayor parte de los niños y porcion de adultos sucumbieron á ella. Esta mortalidad alarmó mucho á los indigenas, cuyos sacerdotes y adivinos se aprovecharon de esta circunstancia para inspirar á los pueblos odio contra los jesuitas. "Ved, decian, como matan á nuestros hijos, rociando sus cabezas con agua nociva (aludian al bautismo), y como hacen morir á nuestros enfermos frotándoles los pies y las manos con aceite maleficiado." Los adivinos trataban, pues, de excitar una rebelion contra los misioneros, pero la sincera adhesion de los neófitos resistió á aquellas pérfidas insinuaciones.

CAPITULO XVII.


**CONTRARIEDADES Y SINSA-
bores.**

El padre Peralta fué encargado, en 1711 de hacer reparar la "Rosaaio," y en caso necesario de hacer construir una nueva embarcacion. Los oficiales y marineros abusaron de la poca experiencia del padre en esta materia, haciéndole erogar gastos indebidamente; y no obstante, concluida la reparacion quedó inservible la barca, siendo preciso por lo tanto construir otra. El carpintero encargado de ello era un chino, hombre ignorante y mal intencionado. El navío construido, que costó 22.000 pesos, no duró mas que un año, pues no pudo resistir la fuerza de los vientos y de las olas y se estrelló contra el Cabo san Lucas (1). No es ponderable el desastre de los desgraciados pasajeros. Algunos marineros se arrojaron en el bote que aban-

1 Se tuvo que deplorar en esa ocasion la muerte de seis jesuitas, entre otros el padre Guisci. Por fortuna pudieron escapar los padres Guillermo y Doye, ganando la popa.

donaron á merced de las olas; otros desataron la chalupa y se entregaron al mar en esta frágil embarcacion. En vez de abordar á la California como esperaban, se encontraron en Sinaloa, que dista de la primera como cien leguas. La corriente los arrastró desnudos, transidos de frio, rendidos de fatiga, sin agua, sin viveres; la costa solo les ofrecia por alimento algunas frutas, yerbas y raíces de plantas silvestres. No habia modo de procurarse fuego. Así caminaron penosamente dos dias, á través de un país erizado de matorrales espinosos que era preciso ir franqueando á cada paso á costa de sangrientas heridas.

Llegaron por fin á una planicie, y el gobernador de Tamazula, noticioso de aquellos desastres, les envió viveres y caballos para llegar á poblado. Una vez en Guazave, el padre Francisco Mazerogos los detuvo allí tres dias, empleando todos sus recursos para procurarles alimento y vestidos. Animados los indigenas con su ejemplo, colmaron de atenciones y cuidados á los infelices náufragos. Entonces se reprodujo en cierto modo aquella patética escena de caridad en que los habitantes de Edesa, pobres y ricos, queriendo rescatar á los cautivos de Antioquia, se despojaron los unos de sus mas ricas alhajas, los otros de su pobre menaje, de sus chozas de paja, objetos no menos preciosos y mas necesarios aun en Sinaloa.

El padre Irazoqui, rector del colegio, rivalizó en generosidad. El padre Guillermo, que formaba parte de la expedicion, confortado con la

hospitalidad de sus hermanos se embarcó de nuevo en el "san Javier" con esperanza de arribar á California, pero la embarcacion naufragó por segunda vez, y no logrando su objeto, fué designado este jesuita para la mision de san Juan de Liguí, en 1704.

Sobrevinieron nuevos desastres, penuria absoluta de dinero y de víveres. La audiencia de Guadalajara hizo levantar una informacion acerca de los fraudes y vicios de construccion del navio que pereció. Los constructores fueron castigados, mas este ejemplar produjo poco efecto. El virey cedió á la California un buque llamado "Nuestra Señora de Guadalupe," pero lo valuó en 4000 pesos, y esta cantidad se descontó del subsidio destinado á la mision.

A medida que crecia el celo de los padres se manifestaba mas y mas la malevolencia de parte de aquellos que debieran admirarlos y ayudarlos. Aquella larga serie de desgracias sirvió de obstáculo á los descubrimientos geográficos de Salvatierra, no pudo reconocer ni el golfo de las islas que se extienden hasta el rio Colorado, viéndose obligado á renunciar tambien á la reduccion de los seris y de los tépocas. No obstante todo esto, jamás se desanimaron. Con los pocos recursos de que podian disponer sometieron los padres á su dulce imperio diversas tribus errantes, reuniéndolas de manera que formasen pequeñas ciudades. Los indigenas acudian á recibir la instruccion y no se ausentaban sino para ir á la pesca y recoger frutas silvestres. Los que habitaban á distan-

cia, cerca del mar del Sur, enviaban diputaciones á Juan María rogándole que fuese ó que por lo menos enviase un padre que permaneciera entre ellos.

En 1712 el padre Piccolo, aunque enfermo, atravesó las montañas de Vasademien y se dirigió hácia las tribus acompañado de un corto número de soldados al mando de un capitan, y además de unos cuantos indigenas; encontró á ocho leguas del mar un paraje á propósito para una nueva mision. Los indigenas, encantados, bajaban de todas partes para verle y oírle; esperando fijarle allí le ofrecieron bellos presentes, magníficas plumas, exquisitas pitayas; mas el fundar una mision no es cosa tan fácil: cinco años eran precisos para lograrlo. Piccolo recorrió el país prodigando cuidados en todas partes y recibiendo buena acogida. Muchas tribus, que bajo el nombre de Cadakaman (arroyo de la salvia) habitaban una larga cadena de montañas, no temieron franquear una extension de 40 leguas para ir á suplicar á Francisco María Piccolo que los visitase. El padre se puso en marcha y al cabo de tres jornadas largas y fatigosas llegó á la costa de Amuna. Encontró allí indigenas reunidos de una comarca que él habia recorrido y llamado san Eguidé. Prosiguiendo su marcha residió alternativamente en santa Lucia y en Santa Ninfa; por último encontró en la boca del rio Mutege tres tribus que para darle muestras de su respeto y adhesion, le ofrecieron un festin en el paraje mas bello del desierto, que le fué sin duda muy agrada-

dable, si bien nuestra sensualidad europea lo habria hallado muy poco delicado. Queriendo después estas buenas tribus suavizarle las fatigas del viaje marcharon á la delantera con el fin de ir separando las piedras, las espinas y demás obstáculos del camino.

Un accidente vino á turbar algun tanto su gozo; las provisiones que ellos llevaban cayeron por casualidad en un charco, de donde se les sacó muy alteradas.

Todos los días se veia bajar de las montañas vecinas una multitud de indígenas que, noticiosos de la venida del misionero, se precipitaban en masa á su encuentro para recibir su bendicion y para ser instruidos y consolados; las mujeres les presentaban sus hijos pidiéndole el bautismo para estas tiernas criaturas; gran número de adultos se hicieron bautizar tambien.

Para coronar esta interesante peregrinacion por entre aquellas buenas gentes, celebró el padre Francisco María una misa que cantó solemnemente bajo una enramada que los indígenas formaron en el sitio mas pintoresco de aquellas poéticas soledades (1).

Seria muy largo referir una por una aquellas apostólicas excursiones siempre maravillosas por el celo del apóstol, por las increíbles fatigas que acompañaban esos viajes, y por los resultados espirituales y temporales que producian.

2 Hasta el año de 1738 fué fundada en este lugar la mision de san Ignacio.

Se creeria oír una de aquellas narraciones imaginarias, hechas por un antiguo bardo á sus oyentes ávidos de emociones. Y sin embargo, tales relaciones no son mas que la sencilla exposicion de acontecimientos que han tenido lugar casi en nuestros tiempos, y que se reproducen en nuestros días. ¡Oh! y cómo debe humillarse nuestro orgullo ante estos milagros de la fe y encender nuestra resfriada caridad.

No pasaremos en silencio un episodio que affigió en extremo al padre Salvatierra. En 1716, queriendo llevar la paz á los guaycuros, llevó consigo tres prisioneros de esta nacion á fin de que hiciesen conocer á sus compatriotas las buenas intenciones de los padres y el generoso trato que de ellos habian recibido. Esta expedicion se componia de cierto número de soldados y de indígenas de Loreto. Al desembarcar, los guaycuros que estaban acampados en la ribera huyeron con sus mujeres é hijos en todas direcciones. Los indígenas de Loreto, al ver este acto de cobardía y temor, se pusieron á perseguir á los fugitivos sin hacer caso de las advertencias y clamores del padre Juan María. Los guaycuros lograron escapar, pero sus mujeres, menos ágiles, fueron alcanzadas por los brutales indígenas que las hubieran hecho pedazos si por fortuna el capitán y algunos soldados no hubiesen llegado á tiempo para evitar mayores crueldades. Este desagradable incidente hizo que aquella tribu fuera poseida de una invencible desconfianza, siendo así que los padres querian ganarla por la confianza y por la

dulzura. Fué preciso renunciar por entonces á aquella saludable expedicion.

Salvatierra, después de hacer algunos regalos á los indígenas que pudo alcanzar, y después de asegurarles que llevaba intenciones pacíficas, dejó la Paz para regresar á Loreto. Llegado allí envió la balandra á Matanchel en busca de provisiones. Por desgracia naufragó la embarcacion; nueve personas se ahogaron, y solo quedó á la mision el "san Javier" que contaba diez y ocho años de servicio.

CAPITULO XVIII.

LA PESCA DE PERLAS.

Luego que el padre. Salvatierra organizó el gobierno civil y espiritual de la California, se pensó en volver á la pesca de perlas, que antes habia suscitado tan grande oposicion de parte de los indígenas.

La California, considerada hoy como una vasta mina de oro, tenia mas fama en aquella época por la abundancia de perlas que sus aguas contenian. La pesca, pues, hubiera podido ser un manantial de incalculable riqueza, tanto para el real tesoro como para los particulares. Pero sucede respecto de los bienes materiales, lo que con las pasiones humanas, que son origen

de discordias. Juan María, á quien se consultó acerca de los medios de regularizar los derechos de pesca, dió sabios consejos al virey de México muy prudentes y llenos de equidad de aquellos que debieran desarmar los intereses privados. "Es justo, decia, permitir la pesca á los habitantes de las costas de Nueva España; este es un medio de aumentar las rentas reales, de estimular la navegacion, de combatir la piratería y de favorecer la llegada de provisiones. La California tendria de esta manera un modo de satisfacer á la madre patria la deuda de su reconocimiento." Así es como trabajando por el bien de las almas aquellos hombres verdaderamente ilustrados, no descuidaban los intereses y el honor de la patria. La Compañía de Jesús no ocultaba, pues, como se ha osado decir, los inmensos recursos de la California para reservárselos exclusivamente. "Seria peligroso, añade, dejar ese derecho á solo la guarnicion que, distraida así de las atenciones del servicio, llegaria á ser mas perjudicial que útil. El virey y su consejo adoptaron las medidas propuestas, prohibiendo en consecuencia la pesca clandestina, por cuyo medio se aseguraba para el erario real la quinta parte que le correspondia y que se regulaba en doce mil pesos.

Pero estas medidas herian aun ciertos intereses, por lo que causaron una viva exasperacion entre los soldados, quienes las tomaron por pretexto para calumniar á los misioneros. ¿Es este, decian, el premio de nuestros trabajos y de las fatigas que nos ha costado la conquista y

dulzura. Fué preciso renunciar por entonces á aquella saludable expedicion.

Salvatierra, después de hacer algunos regalos á los indigenas que pudo alcanzar, y después de asegurarles que llevaba intenciones pacificas, dejó la Paz para regresar á Loreto. Llegado allí envió la balandra á Matanchel en busca de provisiones. Por desgracia naufragó la embarcacion; nueve personas se ahogaron, y solo quedó á la mision el "san Javier" que contaba diez y ocho años de servicio.

CAPITULO XVIII.

LA PESCA DE PERLAS.

Luego que el padre. Salvatierra organizó el gobierno civil y espiritual de la California, se pensó en volver á la pesca de perlas, que antes habia suscitado tan grande oposicion de parte de los indigenas.

La California, considerada hoy como una vasta mina de oro, tenia mas fama en aquella época por la abundancia de perlas que sus aguas contenian. La pesca, pues, hubiera podido ser un manantial de incalculable riqueza, tanto para el real tesoro como para los particulares. Pero sucede respecto de los bienes materiales, lo que con las pasiones humanas, que son origen

de discordias. Juan María, á quien se consultó acerca de los medios de regularizar los derechos de pesca, dió sabios consejos al virey de México muy prudentes y llenos de equidad de aquellos que debieran desarmar los intereses privados. "Es justo, decia, permitir la pesca á los habitantes de las costas de Nueva España; este es un medio de aumentar las rentas reales, de estimular la navegacion, de combatir la piratería y de favorecer la llegada de provisiones. La California tendria de esta manera un modo de satisfacer á la madre patria la deuda de su reconocimiento." Así es como trabajando por el bien de las almas aquellos hombres verdaderamente ilustrados, no descuidaban los intereses y el honor de la patria. La Compañía de Jesús no ocultaba, pues, como se ha osado decir, los inmensos recursos de la California para reservárselos exclusivamente. "Seria peligroso, añade, dejar ese derecho á solo la guarnicion que, distraida así de las atenciones del servicio, llegaria á ser mas perjudicial que útil. El virey y su consejo adoptaron las medidas propuestas, prohibiendo en consecuencia la pesca clandestina, por cuyo medio se aseguraba para el erario real la quinta parte que le correspondia y que se regulaba en doce mil pesos.

Pero estas medidas herian aun ciertos intereses, por lo que causaron una viva exasperacion entre los soldados, quienes las tomaron por pretexto para calumniar á los misioneros. ¿Es este, decian, el premio de nuestros trabajos y de las fatigas que nos ha costado la conquista y

pacificación de esta comarca? Se les prohibía la pesca, pero les era permitido el tráfico de perlas bajo fuertes condiciones. No eran, pues, absolutamente infundadas sus quejas, porque si bien la mayor parte de aquellos soldados eran hombres sin ley, europeos aventureros y sin honor, se encontraban muchos cuya buena conducta y valor habían merecido bien de los padres (1).

El padre Nicolás Tamaral, nombrado para la misión de la Purísima en 1717, llegó á la bahía de san Dionisio con varias cartas del provincial Gaspar Kodeso; en ellas comunicaba al padre Salvatierra las benévolas disposiciones de D. Gaspar de Zúñiga, marqués de Valero, nuevo virrey. Le comunicaba igualmente su deseo de que conferenciase con el marqués. A pesar de de sus enfermedades y de sus muchas fatigas y trabajos, el misionero no vaciló un instante y partió para México. El hermano Jaime Bravo no quiso abandonarle á los peligros de tan larga travesía, por lo que solo quedó en la misión el padre Ugarte.

Los dos viajeros atravesaron con felicidad el golfo y tomaron el rumbo de Tepic; pero el movimiento del caballo aumentó los dolores del padre Juan María hasta el extremo de tener que llevarle en un palanquin hasta Guadalajara. Su mal hizo rápidos progresos, y al cabo

1 Nunca seran bastante elogiadas la conducta humana y la adhesión del capitán Estéban Rodríguez Lorenzo.

de dos meses de verdadera agonía, sintiendo acercarse su fin, dejó en manos del hermano Bravo los negocios de la misión. Coronó con una muerte de las más apacibles y dulces la heroica vida que llevó siempre. Toda la ciudad asistió á su entierro. Era un concierto universal de alabanzas y de sentimiento. En esta triste solemnidad se hicieron notar, sobre todos los californios que el padre había traído consigo. Esos buenos y fieles indígenas se deshacían en llanto y exhalaban grandes suspiros. El cuerpo del santo jesuita fué depositado en la capilla que él mismo había erigido en honor de Nuestra Señora de Loreto.

¡Muerte feliz, dichoso fin! No eran los funerales de un desterrado llevado á su pesar á lejanos desiertos; no era un cautivo de Babilonia que exhalara tristemente su último suspiro al recuerdo de Sion; no era tampoco la muerte de aquel griego que se acordaba de la dulce Argos. Salvatierra, en el cabo del mundo, moría en la patria que él se escogiera, en medio de sus hijos adoptivos; espiraba, por decirlo así, en el hogar de la familia cuyo padre, amor y sosten había sido.

Luego que el hermano Jaime su fiel compañero, hubo llenado los piadosos deberes de aquella inhumación, puso en orden los papeles del difunto y partió para México en donde fué muy bien acogido por el virrey. Una nueva real orden de 29 de Enero de 1716, se expresa en términos formales y muy benévolos acerca de las ventajas de todo género que la conquista de

la California importaba. El célebre Alberoni dirigia á la sazón los negocios de España, y este hábil ministro no podia comprender como después de tantos esfuerzos y gastos se podia haber abandonado aquella preciosa colonia.

Un habitante de la Nueva España ofreció al rey adelantar 20,000 pesos á condicion de ser nombrado gobernador de la California y alcalde de dos ó tres ciudades. Faltaba dinero pues que se tenian entonces grandes empresas entre manos; la oferta era, pues, seductora, pero Alberoni no se dejó alucinar; su penetracion descubrió los perjuicios que mas tarde habian de resultar de semejante concesion, y evidentemente, aquel mexicano no podia hacer tales ofertas sino en mira de grandes ventajas que obtendria con perjuicio del bien público; era necesario además, para secundarlo, gran número de tropas y el uso de medidas opresivas con respecto á los soldados, los marinos, los habitantes, los misioneros y los californios convertidos, pues tal vez así lo exigiria el interés de la codicia. No obstante, al cardenal no le pareció prudente desechar de luego á luego la oferta del rico capitalista, sino que oido el parecer de los obispos acerca de la propuesta, le ocurrió el pensamiento de colonizar las costas de la América del Sur y extender la dominacion española por el Norte de Sonora.

Felipe V, que sentia correr en sus venas la sangre de Luis XIV, era natural que acogiese bien los designios de este segundo Richelieu: ordenó, pues, al nuevo virey, que protegiese las

misiones de Sonora, arreglándose, respecto de la California, á las instrucciones que se le daban. El marqués de Valero llegó á México, conferenció con el provincial Koderó por lo tocante á la ejecucion de sus instrucciones y quiso que asistiese al consejo de ministros juntamente con el padre Alejandro Romano, agente de la California (1). Las instrucciones fueron leidas en la sesion. Se trataba en ellas acerca de la fundacion de colonias españolas hácia la parte Oeste. Los ministros aplaudieron el pensamiento, pero el padre Alejandro, mejor instruido que nadie de la situacion del país, expuso las dificultades de la empresa muchas veces intentada por sus predecesores. Movidó por esta reflexion, el virey juzgó conveniente explorar la opinion del padre Salvatierra. Mas ¡ay! el padre habia muerto; se ocurrió entonces al hermano Bravo, que sorprendió al consejo por sus talentos y su experiencia. Redactó dos memorias; en la primera pinta á fondo el estado de aquel país tan estéril y las dificultades relativas á la navegacion; en la otra indicaba los medios de extender la conquista segun las miras del rey. Estas memorias, enviadas al consejo, fueron discutidas en él resolviendo este de absoluta conformidad. Hé aquí algunos pasajes.

“Como quiera que el real erario no ha gastado casi nada en esta empresa, pues las misiones se han sostenido por medio de donativos parti-

1 Este padre reemplazó á Juan Ugarte, siendo á su vez reemplazado por el padre José Echeverría.

culares, el rescripto, cuyo espíritu no es de hacer economías mal entendidas ni injustas, haciendo perder á los jesuitas el fruto de sus trabajos y gastos que ascienden á mas de 500.000 pesos, en manera alguna importa la cesacion de las misiones, sino por el contrario, quiere su conservacion y aumento."

En seguida se habla de la necesidad de descubrir un puerto y fortificarlo, de construir y equipar una embarcacion y de seguir las instrucciones de los padres, de cuya discrecion se confia tanto mas cuanto que conocen el país, sus costas, mares, etc., etc.

El padre Bravo pidió otra guarnicion para la Paz ó para san Lucas. Se le concedió, así como tambien la fundacion de un seminario destinado á la educacion de los niños. Pero se presentaron dificultades financieras exageradas sin duda por el tesorero Mendoza, de modo que la guarnicion quedó reducida á un efectivo muy corto y el seminario no se fundó. Este contratiempo no desconcertó al hermano Bravo; insistió en su pretension queriendo dirigirse al mismo rey, y pidió al fin que cuando menos se le admitiese un memorial que se reservase para lo futuro. Este memorial fué encontrado tres años mas tarde en casa de un particular.

Existe una carta del padre Piccolo al padre Arassal, rector del colegio de Guadiana, acerca de sus descubrimientos en el Norte de la California y sobre las disposiciones de los habitantes de las costas del mar del Sur y de las opuestas para recibir el Evangelio. Pinta en ella los

peligros y la miseria á que estaba reducida la mision. La Providencia hizo que esta carta viniese á manos de D. Pedro, obispo de Durango, de quien dependia la diócesis de California. Enternecido el santo prelado por su lectura hasta derramar lágrimas, envió la carta á Felipe V con las mas vivas instancias, á fin de obtener algunos misioneros mas; Alberoni hizo inclinar la voluntad del rey que expidió una nueva cédula. El virey comprendió entonces, con dolor, que los actos del consejo eran extraviados. Por desgracia el cardenal Alberoni fué desterrado en 1719, y por lo mismo sus proyectos relativos á América y á las Islas Filipinas quedaron abandonados.

Un terrible huracán, tal como jamás se habia visto, devastó toda la California; torrentes de agua arrastraron á su paso cuanto encontraban; el canal se desbordó, la esclusa de san Javier fué arrebatada y las sementeras destruidas; un jóven español fué arrebatado tambien por un torbellino y desapareció para siempre. Fácil es imaginarse lo que sucederia con los buques. La iglesia y la casa del padre Ugarte fueron echadas por tierra y arrancados hasta los cimientos; apenas tuvo tiempo el padre para guarecerse bajo de una roca en donde permaneció veinticuatro horas.

En la aldea de san Miguel dos tribus de idólatras pedian el bautismo al padre Tamaral, que en seguida se dirigió á través de las montañas hácia las tribus de Cadigomo, con el fin de sembrar granos y formar pastos; ¡vanos es-

fuerzos! No obstante, al cabo de algunos años, á fuerza de trabajo pudo cosechar maíz, cerca de la Concepcion; practicó tambien un camino para llegar á Santa Rosalía, lugar mas favorable para hacerse de provisiones; en este lugar erigió una iglesia y levantó una casa. Dios bendijo su perseverancia. A pesar de sus enfermedades y continua debilidad el padre fundó una mision en un radio de mas de treinta leguas á través de las rocas y montañas. De cuarenta diversas tribus, todas nómadas, que habia allí, logró instruir y civilizar á treinta y tres y administró el bautismo á cerca de 2,000 indígenas. En una palabra, mediante su solicitud, aquellos salvajes formaron muy pronto una de las mas bellas y numerosas misiones que se vieron en el país.

Si el lector se sorprende de estos prodigios, una sola palabra basta para que lo comprenda todo: dilexit, amó.

El padre Ugarte pensaba siempre en sus proyectos de descubrimientos geográficos. Ninguno habia reconocido aun las dos costas y no se sabia á punto fijo, á pesar de los asertos del padre Knio, si la California estaba contigua á la Nueva España. Diversos planes y empresas agitaban á la sazón aquella alma ardiente; mas para ponerlos en planta era necesario contar con una embarcacion bien provista y acondicionada, y el "san Javier," lo mismo que el navío cedido por el virey, no servian para reconocimientos tan peligrosos. El padre Ugarte resolvió construir por sí mismo un buque. Para

esto era preciso, lo mismo que para la construccion de las capillas, hacer venir la madera de la costa opuesta. Los indígenas dieron noticia al padre de que á setenta leguas de allí podria encontrar maderas de monte. El intrépido misionero se puso en marcha para certificarse de la verdad, en compañía del padre Sistiaga, el conductor, dos soldados y algunos guias indígenas.

CAPITULO XIX.

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS.

El lector habrá comprendido ya lo que es una excursion sobre esa tierra tormentosa formada de montañas inmensas y de precipicios sin fondo. La pequeña caravana venció con felicidad aquellos obstáculos. A treinta leguas de Mulege se encuentra un bosque de guarivos, pero era necesario descender al fondo de los precipicios para hacerse de ellos y trasportarlos en seguida al mar. El constructor declaró que esto era imposible. El padre se volvió silenciosamente y tomó el rumbo de Loreto, allí fué objeto de las murmuraciones de la gente, pues la empresa habia sido considerada siempre como extravagante é inasequible. Mas el padre no se desanimó sino que volvió á buscar sus queridos guarivos, y mientras que una parte de

fuerzos! No obstante, al cabo de algunos años, á fuerza de trabajo pudo cosechar maíz, cerca de la Concepcion; practicó tambien un camino para llegar á Santa Rosalía, lugar mas favorable para hacerse de provisiones; en este lugar erigió una iglesia y levantó una casa. Dios bendijo su perseverancia. A pesar de sus enfermedades y continua debilidad el padre fundó una mision en un radio de mas de treinta leguas á través de las rocas y montañas. De cuarenta diversas tribus, todas nómadas, que habia allí, logró instruir y civilizar á treinta y tres y administró el bautismo á cerca de 2,000 indígenas. En una palabra, mediante su solicitud, aquellos salvajes formaron muy pronto una de las mas bellas y numerosas misiones que se vieron en el país.

Si el lector se sorprende de estos prodigios, una sola palabra basta para que lo comprenda todo: dilexit, amó.

El padre Ugarte pensaba siempre en sus proyectos de descubrimientos geográficos. Ninguno habia reconocido aun las dos costas y no se sabia á punto fijo, á pesar de los asertos del padre Knio, si la California estaba contigua á la Nueva España. Diversos planes y empresas agitaban á la sazón aquella alma ardiente; mas para ponerlos en planta era necesario contar con una embarcacion bien provista y acondicionada, y el "san Javier," lo mismo que el navío cedido por el virey, no servian para reconocimientos tan peligrosos. El padre Ugarte resolvió construir por sí mismo un buque. Para

esto era preciso, lo mismo que para la construccion de las capillas, hacer venir la madera de la costa opuesta. Los indígenas dieron noticia al padre de que á setenta leguas de allí podria encontrar maderas de monte. El intrépido misionero se puso en marcha para certificarse de la verdad, en compañía del padre Sistiaga, el conductor, dos soldados y algunos guias indígenas.

CAPITULO XIX.

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS.

El lector habrá comprendido ya lo que es una excursion sobre esa tierra tormentosa formada de montañas inmensas y de precipicios sin fondo. La pequeña caravana venció con felicidad aquellos obstáculos. A treinta leguas de Mulege se encuentra un bosque de guarivos, pero era necesario descender al fondo de los precipicios para hacerse de ellos y trasportarlos en seguida al mar. El constructor declaró que esto era imposible. El padre se volvió silenciosamente y tomó el rumbo de Loreto, allí fué objeto de las murmuraciones de la gente, pues la empresa habia sido considerada siempre como extravagante é inasequible. Mas el padre no se desanimó sino que volvió á buscar sus queridos guarivos, y mientras que una parte de

los salvajes cortaba los árboles otros se empleaban en abrir un camino de 30 leguas hasta Santa Rosalía de Mulege, aprovechando el padre esta ocasión para instruir á aquellos pobres montañeses. Amphiones cristianos, los misioneros tenían también una lira maravillosa, á cuyos conciertos hacían edificar y fundar. Su lira era la cruz, sus cantos eran la palabra de Dios que hacía dulce y fácil el trabajo, era la fe que hacía traspasar las rocas y arrancaba los encinos, los pulía y formaba bancos, mástiles, navíos. De este modo fué construido el mas bello, el mas fuerte y mejor navío que hasta entonces se vió en aquellas costas. Los carpinteros americanos no se cansaban de admirarlo y se sorprendían del poco tiempo y dinero que había costado. Fué botado al agua en el mes de Setiembre de 1719, y se le llamó con razón "Triunfo de la Cruz."

Dos nuevas misiones fueron fundadas en el Norte y Mediodía de Loreto, en 1720, con el fin de asegurar la conquista y los progresos del cristianismo, la primera á 80 leguas de Loreto, en la bahía de la Paz (1) entre los guaycuros, pueblo temible por sus incesantes provocaciones. Pocos años antes les había hecho una visita el padre Salvatierra aunque sin fruto. La expedición por tierra fué confiada á Clemente Guillen, misionero de san Juan Bautista. Ugarte dirigió la expedición marítima: se embarcó

1 Hoy la Paz es uno de los puertos mas ricos y comerciantes de la California.

por la primera vez en el "Triunfo de la Cruz" con el hermano Bravo. Arribados felizmente á la Paz, se hizo el desembarque con todas las precauciones necesarias pues era de temer una resistencia armada de parte de los guaycuros. Los misioneros se sorprendieron, pues, agradablemente, al ver la actitud pacífica de aquellos, quienes al distinguir á los padres, acompañados de un intérprete indígena, se prosternaron, lo cual es entre ellos una señal de paz y amistad. Supieron con gozo que los padres venían á reconciliarlos con los habitantes de las islas de san José y del Espíritu Santo que habían sacrificado inhumanamente á muchos de los suyos. Bien pronto acudieron muchos indígenas de las tribus mas distantes, alentados por lo que les referían tres prisioneros, dejados por el padre Salvatierra, acerca de la caridad y celo paternal de los misioneros.

El padre Ugarte se hizo respetar y amar de los salvajes, que le ayudaban en la construcción de chozas; pudo, en fin, edificarse una iglesia y regularizar una aldea con gran satisfacción de aquellos terribles guaycuros. Pero, ¡ah! no se recibía noticia ninguna de la expedición del padre Guillen y sus compañeros. Grande inquietud se había apoderado de sus hermanos cristianos, y era que se ignoraba que los viajeros se habían visto obligados á recorrer mas de cien leguas antes de llegar á vista de la bahía. Así fué que luego que apareció la balandra que los conducía, fué saludada con una descarga de mosquetería y se acercaron varias embarcacio-

nes para remolcarla, sin oposicion alguna de los guaycuros.

El padre Ugarte negoció la paz entre esta tribu y los insulares, que atraidos por su bondad irresistible le rogaron que los libertase del yugo odioso de sus vecinos. El padre se dirigió al punto hácia Loreto, dejando al hermano Bravo para velar con algunos soldados por la seguridad de sus neófitos. Fué desplegado el mismo celo, la misma actividad, la misma abnegacion. Así, no tardó en erigirse una iglesia, un presbiterio y algunas chozas. Bautizó á mas de seiscientos niños y adultos, reuniéndolos en las tres poblaciones de Nuestra Señora del Pilar, la Paz de todos Santos y el Angel de la Guarda. Al mismo tiempo que exhortaba eficazmente á los salvajes á conservar la paz con sus vecinos descubria á 20 leguas de la Paz un terreno apropósito para el cultivo del maíz.

En tanto que el padre Ugarte en el fondo de las montañas hacia derribar los árboles para construir su balandra, inspiraba á los cochimies un afecto é inclinacion tales por el cristianismo que le enviaron repetidas veces mensajeros suplicándole volviese á verles; cedió, pues, y se dirigió á ellos acompañado del padre Everardo Hellen (1). Los indígenas acudieron á su encuentro en masa, y gracias al celoso concurso del capitán y los soldados pronto se levantó una iglesia dedicada á Nuestra Señora de Gua-

1 Joven misionero enviado á California en 1719.

dalupe, y en derredor de esta cabañas para los indígenas.

Los enfermos y los ancianos de las tribus mas distantes llamaban á los misioneros á su lecho de muerte. La víspera de pascua, el año 1721, el padre Hellen tuvo el consuelo de bautizar un gran número de adultos. El apego de estos salvajes á sus prácticas supersticiosas, y, sobre todo, á los prestigios de sus mágicos que veian con pesar escaparseles su influjo, oponian grandes obstáculos á estas conversiones.

Las pruebas se multiplicaban á proporcion del ardor de aquellos santos jesuitas. La langosta invadió la California, y con especialidad la nueva mision de Guadalupe, en número prodigioso, tanto, que el sol se oscureció. A esta plaga se siguió otra; la poblacion fué víctima de una terrible disenteria epidémica. Mas el celo religioso triunfó precisamente en medio de estas calamidades. El padre Hellen se sintió capaz de afrontar todos estos obstáculos; se mantuvo firme, y, segun la expresion del mártir de Antioquía, como el yunque sobre el que se redoblan los golpes. Tenia que velar por todas las tribus á la vez, que procurar el alimento para los sanos, y asistir y preservar á los que estaban próximos á sucumbir por la fatiga ó el desaliento; tenia que confesar y administrar á los moribundos, y para todo esto era preciso acudir al mismo tiempo á las montañas y al valle, al lecho de los moribundos y al taller de los obreros. El padre Everardo lo ensayó primero con éxito admirable; pero Dios no

permite que la debilidad humana obre prodigios por mucho tiempo. El padre Hellen cedió por fin bajo el peso de la carga, y cayó gravemente enfermo. Fué preciso que se le volviera á Loreto en donde su salud se restableció un poco.

Convaleciente aun, se presentó de nuevo en su querida mision; fué recibido como un padre, como un salvador, en medio de filiales aclamaciones. Las conversiones fueron mas numerosas que nunca; se formaron poblaciones como por encanto, y todos acudian á filiarse en la mision de Guadalupe. Treinta y dos comunidades existian cuando llegó el visitador Juan de Guadalupe. Estas comunidades, esparcidas en las montañas, fueron divididas en cinco pueblos con su capilla cada uno.

El padre Hellen habia vuelto á sus trabajos apostólicos que no interrumpia sino para dedicarse al laboreo de las tierras, pero esta incessante fatiga le hizo recaer en un desfallecimiento mas grave que el primero. Adicto de todo su corazon á aquel suelo bendecido y fecundado con sus sudores, pedia como un favor morir en él; á semejanza del Divino Maestro, ponía su delicia en estar en medio de sus hijos.

El padre Ugarte fué mas afortunado, si bien tuvo igualmente que pasar por fatigas y peligros. En Santa Rosalia se ocupó, junto con el padre Sebastian Sistiaga, en trazar un plano de las costas de California hasta cerca de las islas Salsipuedes; atravesaron después el golfo arribando al puerto de Santa Sabina y la bahía de

san Juan Bautista, muy cercana á las expresadas islas. Sobre el bauprés del navío brillaba la cruz de redencion, y los salvajes, á quienes el padre Salvatierra se las habia ya dado á conocer tiempo atrás, se llenaban de regocijo á su vista. Muchos de ellos se arrojaban á nado á fin de llegar mas pronto á encontrar esta arca de bendicion; tomaban, por decirlo así, la balandra por asalto, y besando las manos y las rodillas de los dos padres, les rogaban encarecidamente que bajasen á tierra y los visitasen, implorando la misma gracia para sus vecinos y aliados.

Cuando el gran patriarca san Juan Crisóstomo, al volver del destierro apareció en las aguas del Bósforo, se cubrió repentinamente el estrecho de bajeles empavesados. La proa y la popa brillaban con los muchos cirios que la multitud, embriagada de gozo, llevaba en señal de fiesta, y las ondas se agitaban al eco de los himnos y de los cánticos. En el humilde rincon de la tierra de que hablamos, no era un personaje tan célebre ni playas tan famosas en la historia, pero habia semejanza en cuanto á los corazones; era un padre que volvia en medio de sus hijos; era un pueblo trasportado de alegría á la vista de ese padre á quien creia no volver á ver.

Empero, la aproximacion á tierra era peligrosa; la balandra, en un canal lleno de sinuosidades, daba muchas veces contra ellas y estuvo á punto de perecer; al fin pudo ganar la entrada.

Desde la espaciosa bahía en que hicieron al

to, vieron de repente sobre la playa una multitud de hombres con grandes penachos de plumas de ave y armados de arcos y flechas prorrumpiendo en agudos gritos á vista de la embarcacion. Los indigenas que el padre llevaba consigo, se arrojaron inmediatamente al agua, con el fin de adelantarse á tranquilizarlos. Los salvajes manifestaron entonces el deseo de ver aquellos hombres de quienes se les habian referido tantas maravillas. Por desgracia el padre Ugarte fué repentinamente atacado de violentos dolores y esto le impidió saltar á tierra. Los indigenas, que no lo veian entre los demás, construyeron á toda prisa una balsa, y el padre, á pesar de sus atroces sufrimientos, se dejó llevar de la chalupa á un alojamiento formado de ramajes. Todos los sencillos salvajes entraban por una parte y salian por la opuesta. Al pasar delante del padre que estaba postrado en su lecho, cada uno de los indigenas se inclinaba, y el padre, llorando de ternura, le daba su bendicion. Precisado á continuar su marcha, el padre Ugarte recomendó que se buscara en la mision de Pópulo un catequista. Llegado á la embocadura del rio de Caborca destacó dos marineros enviándoles de su parte á la Concepcion de Caborca con el fin de pedir provisiones al padre Luis Gallardo; este último se apresuró á reunir las, y se dirigió á la costa en donde el padre Ugarte aguardaba el regreso de sus enviados. En aquel punto se exacerbaron sus males á tal extremo que se vió precisado á estar siempre de rodillas, única postura que podia sopor-

tar: dos veces se embarcó, y otras tantas fué necesario volver á la isla.

A la sazón que el buen padre se encontraba abrumado por sus enfermedades, se le anunció la llegada de un misionero de san Ignacio.

Trasportado entonces de su celo heróico, y reanimado como por encanto, se levantó y atravesó legua y media para ir al encuentro del misionero, y, ¡cosa admirable! se sintió aliviado.

Pero ¡ah! no obstante esto, el buen padre no habia llegado al término de sus pruebas; las provisiones iban escaseando, el agua dulce faltaba, el mar estaba tan agitado que una ola bastó para dismantelar la balandra, sumergiendo el bauprés, y para colmo de penas la cruz que estaba colocada en lo alto desapareció tambien bajo las aguas.

No se podia permanecer mas tiempo en aquella estacion peligrosa, y á lo largo de estériles costas la embarcacion no estaba segura ni en alta mar ni en la rada; se desplegaron, por lo mismo, velas en direccion al litoral de la California, fondeando á la entrada de un puerto; mas luego que se dejó ver de tierra, los indigenas, atemorizados, se lanzaron armados á la ribera y trazaron una línea sobre la arena amenazando con la muerte á cualquiera que la traspasase.

Se logró, no obstante, calmarlos; se abordó pues, y los salvajes, tan hostiles pocos momentos antes, acompañaron á los misioneros de tribu en tribu. Por todas partes fueron recibidos de una manera franca y con filial cordialidad.

Después de nuevos peligros y de recibir grandes muestras de adhesion de parte de los indígenas, se levantó el ancla el 16 de Julio de 1721 para regresar a California. Repetiriamos lo dicho si tratásemos de narrar todos los riesgos á que se vieron expuestos en la travesía; tempestades, naufragios; todo puede resumirse en las palabras siguientes de san Pablo: "Siempre peregrinando, expuesto en las aguas, expuesto en tierra, perseguido por los de mi nacion, odiado por los paganos, en peligro en las ciudades, no menos en los desiertos, en peligro, en fin, entre los falsos hermanos."

No obstante, en los momentos mas criticos todos se reanimaban al ver que la cruz colocada en lo alto del palo mayor no cesaba de ser iluminada por el fuego de san Telmo, que revoloteaba á su derredor como un haz luminoso.

La tercera tentativa parecia ofrecer mejores probabilidades de buen éxito á pesar de las innumerables dificultades que se presentaban; mas la tripulacion fué acometida de escorbuto, y el padre Ugarte, enfermo ya, fué tambien atacado. Precisados á refugiarse en una de las islas de aquellos parajes sobrevino una tempestad que, destruyendo el portezuelo en que estaba amarrada la balandra, la echó á pique. Al cabo de cuatro dias el padre resolvió embarcarse en la chalupa y pasar á la costa de los séris para dirigirse en seguida por tierra á Guaymas. Esta resolucion entristeció á todos, y el misionero, enternecido por estas demostraciones de adhesion, prometió quedarse aun con peligro de

su vida. Por fin mejoró algun tanto el estado sanitario, y la balandra pudo hacerse á la vela favorecida por un viento favorable, encontrándose el 18 de Agosto mas allá de la tercera corriente de Salsipuedes, casi á la vista de la California.

No es fácil imaginarse el gozo que recibirian aquellos pobres náufragos cuando vieron aparecer en la mañana de un domingo un triple arco iris cuyas extremidades se apoyaban sobre las riberas mismas de la deseada isla. Pero los peligros no habian cesado aun; al entrar en la bahía de la Concepcion se oscureció profundamente la atmósfera; terribles descargas que se sucedian sin intermision, torrentes de lluvia y grande inquietud en las aguas que se elevaban en masas inmensas, semejantes á grandes montañas, eran los precursores de una manga que se adelantaba amenazante como Adamastor el gigante de Camoëns, y parecia querer tragarlos. El mismo Ugarte confesó que jamás en su vida de peligros habia visto cosa semejante; al fin, por un señalado favor de la Providencia, el viento cambió instantáneamente de direccion y la terrible manga se precipitó sobre las altas cumbres de la California; la balandra vogó tranquilamente y arribó á la Concepcion en los primeros dias de Setiembre. En este punto recibieron las provisiones que les enviaba el padre Sistiaga y sus indígenas de Mulege. Con este auxilio pudieron restablecerse por completo los convalecientes y volver á la vida los enfermos. Entonces pudo gozarse de los descubri-

mientos hechos á costa de tantos y tan graves peligros; no faltaban puntos muy á propósito para que los buques hiciesen aguada y se abrigasen, ventaja inestimable en aquella costa de la Nueva España, tan árida, tan escarpada y arenosa. El padre Ugarte emprendió un largo viaje y pudo ver que los cochimíes, habitantes de aquella costa, eran mejores y mas numerosos que los habitantes de la costa opuesta. Estos últimos (los séris y los tépocas) permanecían indiferentes á las angustias y escases de las tripulaciones, y mientras que los otros trabajaban activamente ellos lo presenciaban todo perezosamente echados en el suelo; así se portaron durante 40 años que permanecieron allí los misioneros. Los californios del Norte, por el contrario, acudían á los misioneros apresurándose á ofrecerles algunos presentes (1) y á ayudarles en sus trabajos.

Este último viaje del padre Ugarte dió á conocer con toda certeza que la California es una península separada de la Pimeria por solo el rio Colorado. Era indispensable procurar abrigo a los buques, fundar una colonia, establecer una guarnicion en alguno de los puertos del mar del Sur; era, pues, necesario extender las misiones

1 Estos presentes consistían principalmente en vasijas de barro, que no se encontraban en otros puntos de la California. Los californios, dice entre otros el capitán Wood Roger, son excesivamente perezosos y no conocen el uso del barro para la alfarería.

hacia ese puerto y reducir á los habitantes de ambas orillas del golfo.

En la misma época el padre Tamaral reconoció una gran parte de la costa septentrional, recorriéndola desde la mision de la Concepcion hasta el cabo de san Lucas en busca de puerto favorable que no encontró al fin; entre tanto, el padre Ugarte disponía los preparativos de una nueva expedicion hacia la costa meridional (1). Recogieron en Guadalupe á los padres Sistia-ga y Everardo Hellen el 7 de Noviembre de 1721, caminaron por la costa hasta mas allá de los 20° de latitud y se vieron recompensados de sus muchas fatigas y sufrimientos con el descubrimiento de tres puertos con excelentes aguadas rodeadas de bosques.

De vuelta á Loreto el padre Ugarte redactó un diario del viaje á que añadió el del piloto Strafort y la carta que levantó; el padre Sistia-ga escribió tambien la relacion de sus descubrimientos, y envió los planos de los tres puertos que encontró. ¿Llegaron estos documentos á manos del rey de España? no se sabe. Ninguna orden llegó de Madrid; mas no por esto se enfrió el celo de los misioneros, quienes lograron al fin hacer comprender á los españoles que su interés exigía que redujesen á las tribus del Mediodía, guaycuros, uchities, coras, y los insulares. A solo el cristianismo correspondía reconciliar entre sí aquellos pueblos divididos

1 Se componía del capitán de la guarnicion y de un destacamento de soldados.

y extirpar sus monstruosos vicios. Un antiguo filósofo, Thrascas, creyó decir una cosa bella y sentenciosa cuando dijo: "El que odia el vicio, odia á los hombres." Y en efecto, humanamente hablando, ¿cómo puede amarse á aquel á quien se ve entregado al desórden y cubierto con la gangrena del mal? Se le abandona, se le rechaza, se alejan todos de él con horror ó con disgusto. Pero bajo el imperio de nuestra ley de amor, el vicio es la desgracia mas grande; pues bien, mientras mas desgraciado es el hombre mas debemos amarle y socorrerle. Los que se preciaban de honrados entre los paganos, no conocieron absolutamente la indulgencia para con los extraviados; tenían la conciencia de su impotencia; ningun poder, ninguna autoridad, ninguna mision regeneradora. Privados de fe y de esperanza, ¿cómo podrian tener la caridad? Los desgraciados no eran, pues, sus hermanos. Toda su virtud consistia en no envidiar á los dichosos y en no compadecer á los desgraciados.

Solo el cristianismo era capaz de consolidar las conquistas en aquel país. Los uchities y los coras mantenian luchas interminables que producian continuos actos de violencia y pillaje. El dulce celo del padre Uarte tendria poder bastante para restablecer la paz. Era preciso someter las tribus, lo cual se consiguió por medio de nuevas misiones, debiéndose este beneficio al marqués de Villa-Puente. El padre Guillen trasladó su mision á la villa de la Visitacion, y echó los cimientos de una iglesia y

de una aldea en la costa, á 60 leguas de Loreto, dedicando la mision á nuestra Señora de los Dolores del Sur.

Hacia ya 30 años que el padre Guillen ejercia las funciones de misionero en la California, adonde arribó desde 1714, en la época del naufragio en que pereció el padre Guisti. Seria muy largo describir todos los trabajos que el padre arrojó con admirable perseverancia en medio de un país el mas estéril de la California; y no obstante, gracias á su inteligente actividad ningun establecimiento fué tan ventajoso para la madre patria. Obligado á dar cuenta de su mision en 1744, lo hizo en términos de la mas humilde reserva, pero al mismo tiempo con un talento y una profundidad de juicio que no se admiran bastante.

La mision de los Dolores del Sur fué trasladada después al canton llamado Tanuetia, á 10 leguas del golfo y á 25 del mar del Sur. El padre buscó entre los bosques, las grutas y las montañas á las familias; las reunió y formó seis aldeas ó pueblos que llamó Nuestra Señora de los Dolores, la Concepcion de Nuestra Señora, la Trinidad, la Redencion y la Natividad de Nuestro Señor. Un mexicano, el conde de Santiago, hizo donacion de los fondos para una segunda mision, que comprende tres poblaciones de indígenas convertidos por el padre Guillen. De órden suya, en 1735, un misionero catequizó y convirió á los salvajes de la costa meridional, desde san Javier hasta la nacion de los coras. El padre Guillen hizo entrar en la

Iglesia á todas las tribus que ocupaban la península, de una á otra costa, que abrazaba un espacio de 40 leguas de extension. Tan grande fué su ascendiente, que en la época desastrosa de los levantamientos del Mediodía, á pesar de la desesperacion y extremidades á que se veían reducidos por la miseria y las ardientes sugerencias de los pericues y de los coras, los indígenas mostraron una fidelidad á toda prueba y ofrecieron asilo á los padres y á los neófitos de la mision de Nuestra Señora de los Dolores.

Para ejercer este ascendiente, sin el cual no hay conquista espiritual, es necesario ante todo agradar; el papa san Gregorio el Grande ha dicho: "El pastor debe desear agradar á los hombres, no por interés de sí mismo, sino para hacerles amar mas fácilmente la verdad." La amenidad, el dulce atractivo en las conversaciones, una sabia condescendencia para con los débiles, forman, necesario es confesarlo, el espíritu de la Compañía de Jesús, carácter que para algunos mundanos, ó para gentes preocupadas, es un motivo de critica ó por lo menos de extrañeza.

CAPITULO XX.

CONTINUACION.

La embarcacion llegó felizmente á la Paz, conduciendo al padre Nápoli acompañado del capitán D. Estéban Rodriguez y de cuatro soldados. Apenas vieron al misionero cuando los indígenas le rodearon, y besaban á porña las manos y rodillas; en seguida le condujeron en procesion á la Iglesia, en donde el padre Jaime Bravo le recibió con muestras de fraternal afecto. De allí pasaron el capitán y los soldados á la bahía de las Palmas, invitando á los indígenas para que fuesen á la mision; mas estos huían, internándose, y dejaban desiertos sus aduares: ¡triste presagio! El padre Nápoli, desalentado por esta retirada é inquieto por la tardanza de las chalupas, sufrió otro contratiempo cayendo de su mula tan violentamente, que se le creyó muerto.

Recobrado al fin el padre, se paseaba una tarde cerca de su tienda con el objeto de examinar la costa; de improviso se le presentó un hombre, especie de gigante, con el cuerpo rayado de rojo y negro, un toscó lienzo á las espaldas, un cinturón formado de tiras de piel terminadas en patas de animales salvajes, llevaba

Iglesia á todas las tribus que ocupaban la península, de una á otra costa, que abrazaba un espacio de 40 leguas de extension. Tan grande fué su ascendiente, que en la época desastrosa de los levantamientos del Mediodía, á pesar de la desesperacion y extremidades á que se veían reducidos por la miseria y las ardientes sugerencias de los pericues y de los coras, los indígenas mostraron una fidelidad á toda prueba y ofrecieron asilo á los padres y á los neófitos de la mision de Nuestra Señora de los Dolores.

Para ejercer este ascendiente, sin el cual no hay conquista espiritual, es necesario ante todo agradar; el papa san Gregorio el Grande ha dicho: "El pastor debe desear agradar á los hombres, no por interés de sí mismo, sino para hacerles amar mas fácilmente la verdad." La amenidad, el dulce atractivo en las conversaciones, una sabia condescendencia para con los débiles, forman, necesario es confesarlo, el espíritu de la Compañía de Jesús, carácter que para algunos mundanos, ó para gentes preocupadas, es un motivo de critica ó por lo menos de extrañeza.

CAPITULO XX.

CONTINUACION.

La embarcacion llegó felizmente á la Paz, conduciendo al padre Nápoli acompañado del capitán D. Estéban Rodriguez y de cuatro soldados. Apenas vieron al misionero cuando los indígenas le rodearon, y besaban á porña las manos y rodillas; en seguida le condujeron en procesion á la Iglesia, en donde el padre Jaime Bravo le recibió con muestras de fraternal afecto. De allí pasaron el capitán y los soldados á la bahía de las Palmas, invitando á los indígenas para que fuesen á la mision; mas estos huían, internándose, y dejaban desiertos sus aduares: ¡triste presagio! El padre Nápoli, desalentado por esta retirada é inquieto por la tardanza de las chalupas, sufrió otro contratiempo cayendo de su mula tan violentamente, que se le creyó muerto.

Recobrado al fin el padre, se paseaba una tarde cerca de su tienda con el objeto de examinar la costa; de improviso se le presentó un hombre, especie de gigante, con el cuerpo rayado de rojo y negro, un toscó lienzo á las espaldas, un cinturón formado de tiras de piel terminadas en patas de animales salvajes, llevaba

en una de sus manos un abanico de plumas que agitaba y en la otra un arco y una flecha; detrás de él venían otros muchos indios de aspecto no menos horrible. Todos ellos daban alaridos acompañados de gestos espantosos. Al verlos pensó el padre Nápoli que no le quedaba más recurso que encomendar su alma á Dios; elevó los ojos al cielo, y sobreponiéndose á su natural timidez se adelantó resueltamente hácia aquella satánica figura, y, echando una mirada desdeñosa á la furibunda tropa les dió á entender por señas que le reconociesen por amo y les desafiaba á que se le atreviesen; mas viéndoles desconcertarse les hizo seña de que se adelantasen y les distribuyó algunos objetos de fantasía de que estaba siempre provisto. Encantados los salvajes depusieron desde luego toda actitud hostil y se disputaban quién acudiría primero á recibir los obsequios del misionero: de regreso al punto de reunion, todos le siguieron. El padre los colmó de nuevos presentes, los hospedó y continuó dispensándoles favor.

“Volveremos, dijeron al partir; pero no mostréis á nuestra vista estos feos animales que nos causan miedo y que son desconocidos en nuestra tierra.” Hablaban de los perros y bueyes que nunca habían sido vistos en el país.

Los salvajes volvieron al día siguiente en número de quinientos divididos en grupos. Llevaban algunos presentes que consistían en producciones del país; no se trató entonces mas que de cambios. La tardanza de la chalupa

causó por un momento viva inquietud, pero los salvajes fueron los primeros en descubrir la embareacion que llegaba con las provisiones.

Se fundó entonces una nueva mision; comenzaba apenas á prosperar, gracias á los trabajos de abono de la tierra, laborío y pastos de ganados, cuando se vió comprometida por la repentina desaparicion de todos los indígenas. Sorprendido de esta fuga imprevista é inexplicable, el padre, llevando consigo un soldado y un intérprete muy ignorante, partió en la misma noche en busca de los fugitivos. Al primero que encontró le dió afectuosas quejas, á que contestaron aquellos pobres indígenas: “Viéndolos acompañado de soldados del territorio de la Paz que habitan nuestros enemigos los guaycuros, nos entró temor.” Al ver las paredes que se construían para formar la iglesia, habían creído que se trataba de alzar una fortaleza contra ellos; contribuyó á corroborar sus temores la circunstancia de entrar tres guaycuros que fueron á la Paz en busca de una mula, lo cual interpretaron los coras como un lazo que les tendían sus enemigos.

En fuerza de dulzura logró el padre Nápoli disipar sus recelos; muchos se decidieron á volver con él, pero á la mañana siguiente ocurrieron nuevas alarmas á que se siguió otra desaparicion de los salvajes. La presencia del padre Bravo, que hablaba muy bien el idioma guaycuro, lejos de impedir el mal solo sirvió para que los indígenas, que creían ver en él al jefe de sus enemigos, se diesen mas prisa en

huir. No obstante, poco á poco hombres y mujeres fueron presentándose llevando á sus hijos para que recibiesen el bautismo como los de la Paz, decían ellos.

A poco solicitaron de los misioneros que tratasen la paz con sus enemigos; la reconciliación fué celebrada con danzas y festejos el 4 de Setiembre. El padre Nápoli bautizó á veintinueve niños; las mujeres venían todos los días á presentarle otros nuevos para que echase las santas aguas sobre su cabeza. Así fué que aquel pueblo, tan desconfiado al principio, no podía pasarse después sin los misioneros. Precisados estos á regresar á la Paz dejaron á los indígenas todas las provisiones de que podían disponer, ofreciéndoles volver pronto.

Durante esta ausencia bajaron á la misión algunos de los habitantes de Cerralvo, quienes mataron á varias mujeres y niños entrando á saco en la población, y no hubieran perdonado la iglesia si el temor á los guaycuros no les hubiese contenido. Para vengar este atentado penetró el capitán con su tropa en la isla de Cerralvo y persiguió á los insulares hasta en las cavernas y las rocas. Muchos fueron muertos; las descargas de mosquetería espantaron tanto á los demás que no volvieron á parecer por allí.

El padre Nápoli, de regreso á la bahía de las Palmas, escogió un punto menos distante de la Paz y en él estableció el centro de su misión. Este punto se llama Santa Ana y se encuentra situado á 30 leguas de la Paz. Pronto se concentraron allí las poblaciones vecinas. La igle-

sia, edificada en 1723, estaba ya bastante adelantada cuando sobrevino un terrible huracán precisamente en los momentos en que el padre asistía á los divinos oficios. Los indígenas acudieron á refugiarse en la iglesia, mas como no se hallaba aun bien asegurada la viguería del techo y las paredes no estaban secas, la fuerza del viento echó por tierra la fábrica, lo que ocasionó la muerte de muchos y no pocos heridos y lastimados, perdiendo otros la razón por el terror. El padre Nápoli desplegó en esta triste ocasión toda la abnegación paternal de su corazón; sin embargo, después de la catástrofe los parientes y amigos de las víctimas tramaban diariamente complots contra el padre, obstinándose en condenarle como matador de los suyos; por fin, los que escaparon del desastre lograron persuadirles de que aquellos desgraciados se habían refugiado en la iglesia de su libre voluntad.

Reconstruido el edificio fué dedicado á Santiago.—Se procedió á la siembra de maíz pero aquel pueblo, entregado á los mas vergonzosos desórdenes, no pudo soportar el yugo del Evangelio. “Odiaron al que los congregaba y abominaron á aquel que les hablaba la verdad.” (Amos, cap. V, v. X.)

CAPITULO XXI.

LOS COCHIMIES.

Los cochimies habian manifestado al padre Piccolo deseos de abrazar el cristianismo. Algunas visitas de misioneros habian mantenido estas buenas disposiciones. En 1728 el padre Luyando, jesuita mexicano, hombre de gran virtud y talentos superiores, se presentó para ir á fundar una nueva mision en California. A la oferta de su persona añadió la de su fortuna que consagró á la fundacion del establecimiento. Luego que arribó los naturales le visitaron en masa; al cabo de dos dias ascendian á mas de 500. Preparados, como lo estaban, y algun tanto instruidos por el padre Sistiaga, ansiaban instruirse mas y confirmarse en la fe evangélica. El padre Luyando se encontró, pues, con un terreno bien dispuesto para recibir la semilla que él deseaba distribuir; bautizó á gran número de adultos que garantizaron bastante su sinceridad, arrojando al fuego todos los instrumentos y otros objetos destinados á la práctica de la magia en sus ceremonias. Así, todo pros-

peraba en aquella tierra bendita, el cultivo de las almas no menos que el de los campos.

El padre Luyando era inteligente y además muy aficionado á la agricultura; trazó desde luego un extenso y bello jardin en el que reunió gran cantidad de plantas exóticas; se ocupó después en la formación de viñedos, olivares y plantacion de higueras y cañas de azúcar que fueron el origen de la prosperidad material del canton, y contribuyeron al progreso del cristianismo.

Pero no bastaba esto ni para la felicidad de los habitantes ni para el celo infatigable del padre Luyando, quien fundó en el país varias pequeñas poblaciones en cuyo centro se levantaba siempre una modesta capilla destinada á las devociones del dia; este era un medio de ejercitar á los indigenas en el arte de edificar. Se les veia, pues, ó fabricando ladrillos ó aserrando madera para formar pequeñas chozas, cuya utilidad aun no comprendian bastante, pues que costó no poco trabajo determinarles á alojarse en ellas; ¡tan acostumbrados estaban aquellos hijos de la naturaleza á vivir frente á frente de su madre, á respirar el aire libre de los bosques y de los campos, á asentar su planta en las rocas de las montañas como en las arenas de los desiertos!

Pero sucedió, como en los primeros dias del mundo, que el enemigo del género humano, despechado al ver la felicidad de aquella naciente sociedad, excitó en el corazon de algunos de los indigenas una devoradora envidia. El

padre mostraba predilección por un catecúmeno á causa de su virtud, y esto bastó para que los salvajes le ahorcasen.

El padre Luyando creyó deber dejar á Dios el cuidado de castigar al culpable: "hay faltas que es necesario tolerar cuando la corrección sería peligrosa." (San Gregorio el grande.)

Y en efecto, al año siguiente todos aquellos desgraciados perecieron víctimas de una enfermedad epidémica. Una tribu, vecina de la misión, que veía con disgusto la rapidez de las conversiones, trató de hacer morir á tres adultos recién bautizados. Estos últimos no pudieron escapar sino refugiándose en la iglesia. ¡Ah! ¡cuánta dulzura, cuánta paciencia, cuán ingeniosa caridad necesitaba el buen padre Luyando para someter á una religión de mansedumbre y de amor aquellas gentes tan bárbaras, dominadas por adivinos y mágicos! Persuadido de que necesitaba frecuentes comunicaciones con estos hombres de carácter tan intratable, el padre Luyando los determinó á abrir caminos numerosos para llegar á la misión, ofreciendo recompensar á los que trabajasen con más celo. En esta vez tuvo también que experimentar pruebas terribles y multiplicadas la caridad. Crímenes contra los neófitos, ó ya que los salvajes infieles caían de repente sobre la tribu convertida asesinando dos ó más hombres y alguna joven, y no perdonando sino á los que se refugiaban en la iglesia. Las tribus vecinas intentaban tomar las armas para vengar tan odiosos ataques; pero la previsora caridad del padre se es-

forzaba por aplacar su justa indignación: "Sois cristianos, hijos míos, les decía; perdonad estos agravios que Dios os recompensará por ello." A estas palabras todos los nuevos cristianos se sentían dispuestos á perdonar y deponían las armas. De esta manera el padre esperaba mover los corazones de los bárbaros agresores. A este fin les exhortaba, les hacía algunos presentes, en una palabra, los alhagaba. Pero, ¡ah! ¡cómo podrían formar idea del perdón de las injurias, que es, si puede llamarse así, la quinta esencia de la caridad, aquellas pobres inteligencias careciendo de la luz de la fe? Los alhagos prodigados á aquellas bárbaras tribus solo sirvieron para hacerlas más audaces; así fué que continuaron saqueando, matando y haciendo huir á todos los cristianos que encontraban á su paso y llegaron hasta á amenazar el centro de la misión.

No teniendo el padre Luyando ni armas ni soldados, se retiró á la misión de la Guadalupe en donde encontró al padre Sistiaga; ambos se dirigieron á san Ignacio decididos á atacar al enemigo sin aguardar á las tropas de Loreto, muy distantes para que pudiesen socorrerlos. El sacerdote no es agresor, no lleva la guerra sino la paz, pero al mismo tiempo es pastor vigilante y responsable y por esto defiende el rebaño encomendado á su guarda. En las grandes épocas de la Iglesia los santos no han empuñado las armas homicidas, pero sí han alentado y secundado el valor de los combatientes. Un hecho análogo nos refiere la historia respecto

del poeta Sinesio elevado á la silla de Tolemaida. Hallándose sitiado con su pueblo por los bárbaros, persas y parthos, no se contentó con hacer fabricar armas sino que dirigió por sí mismo los trabajos de defensa, se puso a la cabeza de los habitantes y montó la guardia en persona, sobre los parapetos, á la vista del enemigo.

El padre organizó, pues, grandes preparativos de guerra, hizo un llamamiento á las tribus cristianas y todos se ocuparon en la construcción de arcos, en apilar piedras para flechas, en colocar grandes cuchillos á la extremidad de largos mangos de madera. Luego que los 700 combatientes pasaron revista, se determinó que fuesen despedidos los menos aptos pues á ello obligaba también la escasez de provisiones, y solo quedaron 350 hombres llenos de valor y decisión.

Pero era necesario dar un jefe á aquella tropa compuesta de diversos elementos, y solo un jefe, pues el padre estaba persuadido de que la unidad es la que da fuerza al mando. Así lo comprendieron también los indígenas. Se encontraba entre ellos un joven dotado de todas las cualidades que tal cargo requería.—Recogido y educado desde muy niño por el padre Ugarte que tuvo ocasión de conocerlo cuando se construía la balandra, creció y se formó á su vista, llegando á ser persona de verdadero mérito. Elegido, pues, para capitán, se puso en marcha con la tropa.—El enemigo estaba acampado al pié de una montaña. Llegada la noche,

los cristianos se dirigieron silenciosamente hácia él y le rodearon completamente mientras dormía; al despuntar el día un formidable grito que repitieron los valles vino á despertar á los salvajes, quienes se levantaron aterrados y acudían á las armas en completa confusión; mas viéndose cercados por todas partes y acometidos por los cristianos, renunciaron al combate y se dejaron desarmar á excepcion de los que corrieron á dar el alarma.

Este triunfo no costó ni una gota de sangre; los 34 prisioneros que se hicieron, fueron llevados por la tropa victoriosa á san Ignacio; una vez allí, pasaron inmediatamente á la iglesia para dar gracias á Dios por aquel pacífico suceso. Después se dió á los soldados un festín y en seguida se reunió una especie de consejo de guerra para juzgar á los prisioneros, quienes fueron reconocidos culpables de crimen capital, por lo que se decidió trasladarlos á Loreto. Grande fué la alegría de los nuevos cristianos al ver esta determinación, pues temian tener que aplicar el castigo por sí mismos y dar muerte á sus enemigos. Esta circunstancia presentaba una bella oportunidad para dar una lección de caridad á aquellos buenos salvajes. Así fué que los padres inspiraron á sus neófitos el deseo de perdonar la vida á los prisioneros condenados. Al día siguiente se reunió de nuevo el consejo; los indígenas, acompañados de los padres, suplicaron á los jueces que perdonasen á los desgraciados culpables y aun que no los enviasen á Loreto. Enternecidos los soldados solo

condenaron á los rebeldes á recibir algunos azotes por todo castigo. Comenzaba á ejecutarse la sentencia en el principal culpable cuando los jesuítas imploraron de nuevo gracia completa y absoluta en favor de los otros. Este ejemplo de mansedumbre aumentó los sentimientos de fe y de fervor entre los recién convertidos é inspiró á los prisioneros tal veneracion y reconocimiento hácia los padres, que muy pronto estuvieron dispuestos á recibir el bautismo.

Pero los padres no satisficieron desde luego este piadoso deseo. Queriendo probar la sinceridad de aquellos hombres les contestaron en términos llenos de afecto, pero difiriendo poner en práctica su pretension. Poco tiempo después insistieron los indigenas, animados de un sentimiento de fe imperioso y suplicante, por decirlo así: "Si no quereis bautizarnos á nosotros, decian, haced al menos que nuestros hijos sean cristianos."

Hubo que ceder á esta exigencia del ardor paternal, y solo se privó de esta gracia al hijo del jefe que los excitó y capitaneó en la rebellion. Este hombre partió con el corazon traspasado de dolor, pero con gran sorpresa de todos volvió á pocos dias llevando en los brazos á su hijo y conjurando con lágrimas en los ojos á los padres para que se dignasen bautizarlo tambien. No era posible resistir á una súplica tan patética.—No trascurrieron dos meses y ya todos los prisioneros, con sus familias y sus amigos, estaban instruidos. El infatigable Sistiaga, misionero de santa Rosalia Mulege, fué

á reemplazar en la mision de san Ignacio al venerable Luyando que sucumbia bajo el peso de tantos trabajos.

Hácia la misma época murieron sucesivamente el padre Piccolo á la edad de 79 años, y el padre Juan Ugarte á la de 61. La muerte del primero tuvo lugar en Loreto y la del segundo en la aldea de san Pablo, perteneciente á la mision de san Javier.

CAPITULO XXII.

NUEVAS MISIONES.

Los constantes disgustos, los esfuerzos siempre perseverantes de los padres Guillen, Bravo y Nápoli que se sucedian en las misiones meridionales de los Dolores, de la Paz y Santiago, lograron al fin, con ayuda del cristianismo, civilizar á los Uekities, los guáicuros y los Coras, naciones péfidas y turbulentas. Cansados de la vida pura y regular que era preciso llevar entre los cristianos, muchos sacudieron el yugo y excitaron sediciones entre los fieles. Uno de ellos llegó hasta el grado de herir á uno de los padres con una flecha, mas el padre, á fin de ocultar el atentado de que habia sido víctima,

condenaron á los rebeldes á recibir algunos azotes por todo castigo. Comenzaba á ejecutarse la sentencia en el principal culpable cuando los jesuítas imploraron de nuevo gracia completa y absoluta en favor de los otros. Este ejemplo de mansedumbre aumentó los sentimientos de fe y de fervor entre los recién convertidos é inspiró á los prisioneros tal veneracion y reconocimiento hácia los padres, que muy pronto estuvieron dispuestos á recibir el bautismo.

Pero los padres no satisficieron desde luego este piadoso deseo. Queriendo probar la sinceridad de aquellos hombres les contestaron en términos llenos de afecto, pero difiriendo poner en práctica su pretension. Poco tiempo después insistieron los indigenas, animados de un sentimiento de fe imperioso y suplicante, por decirlo así: "Si no quereis bautizarnos á nosotros, decian, haced al menos que nuestros hijos sean cristianos."

Hubo que ceder á esta exigencia del ardor paternal, y solo se privó de esta gracia al hijo del jefe que los excitó y capitaneó en la rebellion. Este hombre partió con el corazon traspasado de dolor, pero con gran sorpresa de todos volvió á pocos dias llevando en los brazos á su hijo y conjurando con lágrimas en los ojos á los padres para que se dignasen bautizarlo tambien. No era posible resistir á una súplica tan patética.—No trascurrieron dos meses y ya todos los prisioneros, con sus familias y sus amigos, estaban instruidos. El infatigable Sistiaga, misionero de santa Rosalia Mulege, fué

á reemplazar en la mision de san Ignacio al venerable Luyando que sucumbia bajo el peso de tantos trabajos.

Hácia la misma época murieron sucesivamente el padre Piccolo á la edad de 79 años, y el padre Juan Ugarte á la de 61. La muerte del primero tuvo lugar en Loreto y la del segundo en la aldea de san Pablo, perteneciente á la mision de san Javier.

CAPITULO XXII.

NUEVAS MISIONES.

Los constantes disgustos, los esfuerzos siempre perseverantes de los padres Guillen, Bravo y Nápoli que se sucedian en las misiones meridionales de los Dolores, de la Paz y Santiago, lograron al fin, con ayuda del cristianismo, civilizar á los Uekities, los guáicuros y los Coras, naciones péfidas y turbulentas. Cansados de la vida pura y regular que era preciso llevar entre los cristianos, muchos sacudieron el yugo y excitaron sediciones entre los fieles. Uno de ellos llegó hasta el grado de herir á uno de los padres con una flecha, mas el padre, á fin de ocultar el atentado de que habia sido víctima,

y á fin tambien de hacerse curar, se retiró á la Paz en donde permaneci6 dos meses. En 1729 fué necesario que el capitan fuese á reprimir las hostilidades de aquellas tribus, dispuestas siempre á rebelarse.

Los padres pensaron en establecer otras misiones entre los pericuos, tanto para asegurar la conquista de la península hasta el cabo de san Lucas, como para obsequiar las instancias de muchas tribus. Una de estas misiones fué fundada por la liberalidad del marqués de Villa-Puente, cerca del cabo de san Lucas. Su noble y virtuosa hermana doña Rosa de la Peña fundó igualmente otra en la bahía de las Palmas.

Por esa época llegó á Loreto el visitador José de Echeverría (1) que habia sido antes agente de los misioneros en México. Apenas desembarcó cuando fué atacado de una fiebre maligna, y aun no se restableció enteramente cuando comenzó la visita de las misiones del Norte. Hé aquí un pasaje de una de sus cartas fechada el 10 de Febrero de 1730: "Habiendo me Dios concedido escapar con felicidad de la fiebre que me acometió, partí para ir á visitar las misiones: comencé por la de san Javier, de la cual me trasladé á la de san Ignacio del Norte que es la última y que dista 80 leguas. Tardé 40 dias en camino, experimentando un frio mucho mas penetrante que el de Gua-

1 Le sucedió en el cargo de agente el padre Francisco Trompez.

"pango en el mes de Enero. Pero me consideré suficientemente recompensado de mis fatigas con el placer que tuve al ver el fervor de aquellos nuevos establecimientos cristianos. No pude contener las lágrimas cuando escuché las alabanzas que cantaban á Dios multitud de pobres criaturas que poco antes ignoraban aun si aquel Ser existia."

¿No era maravilloso, en efecto, aquel concierto de cánticos cristianos, aquellas santas melodías que resonaban por primera vez sin duda en aquella tierra salvaje, á orillas de aquellos bosques acostumbrados solo hasta entonces al bramido de las tempestades y al rugido de las fieras? El buen padre que esto nos refiere, se limita á esta sencilla frase: "no pude contener mis lágrimas;" y tiene razon, porque estas pocas palabras dicen lo bastante para hacer nacer en el alma los mas dulces pensamientos. El canto es la voz del corazon y el acento del amor. Para razonar basta la palabra; para amar, para orar, para adorar, para quejarse, para expresar el gozo, se necesita algo mas. En estos casos la voz humana que se acompaña con todas las armonías del cielo y de la tierra, se modula y cadencia, se eleva de la tierra al cielo y vuelve á descender del cielo á la tierra. Se dice que las antiguas poesías siempre se cantaban; la Biblia, cuyo poeta es el Espíritu Santo, si puede decirse así, no es mas que una serie de cánticos é himnos perpetuos. La Iglesia, esta madre que mece al mundo en sus brazos, no hace mas que cantar al oído de sus hijos.

La carta contiene además detalles curiosos sobre cada una de las misiones y acerca de los trabajos de los padres para establecer un buen gobierno en ellas. El visitador se dirigió en seguida hácia el Sur de la California para fundar allí dos misiones entre los coras; pero faltaban ya los Ugarte y los Piccolo! los padres Hellen, Bravo y Napoli no se hallaban en estado de prestar sus servicios; era, pues, necesario, buscar otros obreros evangélicos. Nicolás Tamaral, afamado ya, fundador de la mision de la Concepcion, era un personaje de gran virtud, de celo intrépido, de una sagacidad y destreza prodigiosas. Tal era el hombre que Dios escogió para fundar la mision de san José del Cabo. Partió con el padre Echeverría, y al cabo de cuatro dias llegaron á la bahía de la Paz en donde fueron recibidos con la mayor cordialidad. Guillermo Gordon y el sucesor del hermano Bravo por los guaycuros. Estos últimos no eran ya los antiguos salvajes tan feroces y temidos. Los dos jesuitas se maravillaron de encontrar á aquella tribu en extremo dócil, pacífica y cristiana. La palabra, los corazones, las obras (1), todo habia cambiado.

Después que visitaron la mision de Santiago de los coras, prosiguieron su marcha hácia san Lucas y descubrieron un sitio de verdura, defendido por montañas y en el cual corrían dos arroyos que la regaban, reuniéndose en seguida

1 "Corda, voces et opera." (Himno del Santísimo Sacramento).

para precipitarse al mar. Este sitio, embellecido y alimentado por muchos lagos abundantes en pesca, estaba rodeado de añosas palmeras. Los padres se decidieron al punto á establecer allí la cabecera ó centro de la mision. Al efecto levantaron una capilla y una casa cubiertas con juncos y ramas de salvia. El capitán esperaba que los indígenas ocurririan en masa, mas no aparecieron sino unos cuantos. No por esto dejó el padre Tamaral de ejercer con no menos ardor sus evangélicas funciones. Dios bendijo su celo. Los indígenas acudieron luego en tropas, no habiéndolo hecho desde el principio porque temian que se llevara por objeto echarlos de su territorio en castigo de las ofensas que tiempo atrás habian inferido á las misiones de Santiago y de la Paz. Los pocos que llegaron decian, para explicar el motivo de aquella ausencia, que todos sus compañeros habian muerto de una epidemia. De pronto se creyó que esto podria ser mentira, pero el padre Tamaral reflexionó que podria muy bien suceder que este lugar tan risueño, tan pintoresco, ejerciese una accion mortífera á causa de su clima ardiente á la vez que húmedo y poblado de insectos de toda especie. Hubo, pues, que buscar otro punto que encontraron distante de ahí á cosa de cinco leguas cerca del mar; en él levantaron una iglesia y una casa religiosa. En menos de un año el padre Tamaral bautizó mas de mil personas, formó dos pueblos y se ocupó seriamente en la prosperidad temporal de la mision. En tanto que los padres Echeverría y Tama-

ral evangelizaban aquellas comarcas, otro jesuita (Segismundo Taraval), descubria las islas de los Dolores, próximas á la bahía de san Javier. El padre Taraval era un hombre distinguido y de profundo saber; pertenecía á una noble familia milanese; su padre, teniente general en los ejércitos del rey, se distinguió por sus servicios. Por lo que hace al jóven Taraval, no se contentó con solo cumplir las obligaciones de un hombre nacido de elevada cuna, sino que quiso llegar, por decirlo así, hasta el ideal de sus deberes, realizando el doble precepto del antiguo poeta: "Ser noble es levantar al que cae, despreciar los bienes de la tierra, conquistar el cielo:" y no es otra, por cierto, la obra del misionero de aquellas salvajes tribus (1).

El jóven Segismundo entró en la órden de los jesuitas á los 18 años de su edad. Hizo su noviciado en Madrid, en donde brilló por los notables estudios que habia hecho en Alcalá de Henares; fué enviado por último á México para perfeccionarse. Los jesuitas reconocieron en él una superioridad tal de inteligencia, y un carácter tan elevado, que no vacilaron un momento en conárle la fundacion de una nueva mision en la California. El provincial Juan de Oviedo le encargó tambien de reunir todos los documentos necesarios para una historia de la

1 Nobilitas hominis similen relevare jacentem;
Nobilitas hominis terrenas temnere dotes;
Nobilitas hominis caelestia carpere regna.

mision en aquellos países. A él se debe, pues, todo lo que se sabe acerca de esta empresa tan heroica como cristiana.

Diremos algo sobre las islas de los Dolores situadas á dos leguas de la costa. De las dos principales, una lleva el nombre de Afegua, es decir isla de los pájaros, la otra, el de Amalgua, que significa isla de la niebla. En la primera, que lleva el nombre de pájaros, se encuentran estos en número prodigioso, siendo particularmente de notar dos especies que han observado los naturalistas; la una mas grande que el gorrion, enteramente negra, vive en el mar durante el dia, y se recoge en la noche á sus nidos practicados en las inmediaciones de las costas á semejanzas de conejeras. Los individuos de la otra especie tienen el tamaño de un ganso, alas negras, pecho blanco y pico corvo como el del buitre.

Probablemente seria descubierta una de estas islas por el célebre capitan Vizcaino, quien la pondria por nombre santa Catarina.

Esta pequeña isla estaba enteramente deshabitada y no se encontraba en ella ni agua ni verdura. La segunda es mucho mas grande y se encuentra bastante caza de fieras y lobos marinos, no menos que multitud de aves de que se alimentan los indígenas.

Los mismos habitantes de Amate ignoraban la existencia de la mayor parte de las islas de los Dolores, en razon de que sus adivinos les prohibian, no solo el poner pié fuera de su territorio, pero ni aun fijar la vista en aquella di-

reccion. Algunos indigenas se decidieron á ocurrir á la mision de san Ignacio pidiendo la instruccion cristiana, y aunque un adivino pretendió impedir aquella marcha, al fin tuvo que ceder y aun acompañarles por no quedar solo en la isla. Mientras la caravana costaba el rio apareció en los bancos de arena una manada de lobos marinos. El adivino, queriendo dar una alta idea de su poder, se arrojó al agua para atacar á aquellos animales; estos huyeron al verle, pero en el momento que se volvió á la embarcacion fué atrapado por un lobo marino que, hiriéndole primero, le sumergió después hasta el fondo de donde no salió ya.

Era muy urgente establecer definitivamente en la bahía de las Palmas la mision de santa Rosa confiada al padre Taraval por el nuevo visitador Clemente Guillen. Hubiera sido infructuoso encomendar la direccion de los coras, habitantes de aquellos contornos, á la mision de Santiago que era la mas próxima, porque aquellas tribus se componian de guaycuros, gente casi indómita como hemos dicho. El padre Taraval puso mano á la obra con todo el ardor de su celo, y tuvo la satisfaccion de ver que los indigenas no se mostraban tan rebeldes, como él creia, al yugo evangélico. Apenas comenzó su instruccion cuando echó de ver que los padres Nápoli, Carranco y Tamaral le habian precedido en este trabajo. Hubo algunos, no obstante, que prefiriendo la vida libre y salvaje al nuevo régimen, opusieron cierta resistencia, y este fué un motivo mas para que se conservase por mas

tiempo la corta guarnicion compuesta de tres soldados. Afortunadamente la resistencia de unos cuantos no impidió el buen éxito de la mision, y antes que el año terminase el padre tuvo el consuelo de bautizar á casi todos los habitantes del lugar, resultando de esto mucho bien como se verá adelante.

El gobernador de Santiago, hijo de un mulato y de una indígena, hombre de gran capacidad y muy perverso, cometió tan gran número de excesos que al fin el padre Carranco creyó de su deber hacerle deponer y castigar. Ni Teodoberto, rey de los francos, aunque bárbaro tambien, se mostró tan altanero y violento como el mulato, pues al fin escuchó con respeto y reconocimiento las severas amonestaciones del obispo de Tréveris, Niceto. Pero este hombre, que se llamaba Boton, lejos de obrar así concibió desde luego el proyecto de dar muerte al misionero; mas por fortuna, prevenido éste, pudo estar alerta. Mientras tales proyectos fermentaban, el padre hizo un viaje á san José del Cabo cuyos indigenas no se habian aun convertido. Habia en este lugar otro mulato llamado Chicori; una de sus mujeres, instruida por el padre Tamaral, habia recibido el bautismo, lo cual indignó al mulato quien pretendió robarla á fin de obligarla á adorar por la fuerza. El padre disimuló al principio por evitar mayores males; no obstante se presentó á Chicori reprendiéndole con dulzura y vigor la accion que habia cometido. El mulato respondió con altanería que era libre para llevar á su mujer adonde

le agradase; el misionero insistió diciéndole que si aquella fuera su única mujer, no se trataría de separarla de su lado; le hizo ver en seguida el horror de la poligamia, y lo exhortó, por último, á hacerse cristiano, empleando para persuadirle todos los recursos de la caridad evangélica, no dejando de usar siempre el lenguaje mas paternal. Chicori, por toda respuesta, conservó su serrallo, y concibiendo contra el padre Tamaral un odio implacable se propuso asesinarle y excitó á los californios á que acabasen con los misioneros. En este estado de cosas llegó el pérfido Boton é hizo alianza con Chicori para llevar á efecto el odioso complot. De este modo se crió el desorden y la rebelion en las misiones de los padres Carranco y Tamaral, por dos mulatos de mala vida que fueron sus autores.

El padre Segismundo, que no dudaba de la inteligencia de aquellos malvados, acudió cerca del padre Carranco para ayudarle á pacificar su mision. El éxito coronó sus esfuerzos, y el padre Tamaral se disponia á regresar cuando tuvo noticia de que Chicori y Boton le aguardaban en el camino en union de hombres armados. Sin perder un instante, el padre Segismundo despachó por otro camino un correo que avisase á los cristianos de san José, y les rogase tomar las armas y marchar hácia el enemigo. A la vista de esta tropa fiel y numerosa las gentes de Boton y Chicori se pusieron en fuga dejando sus provisiones en poder de los de san José. Los demás sediciosos tardaron poco

en someterse, y los dos jefes del complot. viéndose abandonados de todos, se presentaron pidiendo la paz.

Esto era lo único que deseaban los misioneros. Así fué que la paz quedó acordada á principios de 1734, pero fué de corta duracion. El gran inconveniente para los jesuítas, era que no podian disponer de fuerza militar; su escolta no se componia mas que de uno ó dos soldados, y aun estos tenian que ausentarse á veces para ir á reforzar alguna otra mision. La guarnicion de Loreto se encontraba á mas de cien leguas distante de ahí; por lo que faltos de freno los indígenas se entregaban á excesos y malos manejos suscitados por su orgullo, á lo que se añadian las intrigas de los que, siendo culpables, deberian ser castigados: todas estas causas acarrearón las desgracias de que vamos á hablar.

CAPITULO XXIII.

COMPLIT DE LOS DOS MULATOS. [®]

No bien terminados los regocijos por aquella efimera paz, los indígenas del Cabo de San Lucas hicieron notar la llegada de un gran navío, el "Galeon de Filipinas." Este buque, man-

le agradase; el misionero insistió diciéndole que si aquella fuera su única mujer, no se trataría de separarla de su lado; le hizo ver en seguida el horror de la poligamia, y lo exhortó, por último, á hacerse cristiano, empleando para persuadirle todos los recursos de la caridad evangélica, no dejando de usar siempre el lenguaje mas paternal. Chicori, por toda respuesta, conservó su serrallo, y concibiendo contra el padre Tamaral un odio implacable se propuso asesinarle y excitó á los californios á que acabasen con los misioneros. En este estado de cosas llegó el pérfido Boton é hizo alianza con Chicori para llevar á efecto el odioso complot. De este modo se crió el desorden y la rebelion en las misiones de los padres Carranco y Tamaral, por dos mulatos de mala vida que fueron sus autores.

El padre Segismundo, que no dudaba de la inteligencia de aquellos malvados, acudió cerca del padre Carranco para ayudarle á pacificar su mision. El éxito coronó sus esfuerzos, y el padre Tamaral se disponia á regresar cuando tuvo noticia de que Chicori y Boton le aguardaban en el camino en union de hombres armados. Sin perder un instante, el padre Segismundo despachó por otro camino un correo que avisase á los cristianos de san José, y les rogase tomar las armas y marchar hácia el enemigo. A la vista de esta tropa fiel y numerosa las gentes de Boton y Chicori se pusieron en fuga dejando sus provisiones en poder de los de san José. Los demás sediciosos tardaron poco

en someterse, y los dos jefes del complot. viéndose abandonados de todos, se presentaron pidiendo la paz.

Esto era lo único que deseaban los misioneros. Así fué que la paz quedó acordada á principios de 1734, pero fué de corta duracion. El gran inconveniente para los jesuítas, era que no podian disponer de fuerza militar; su escolta no se componia mas que de uno ó dos soldados, y aun estos tenian que ausentarse á veces para ir á reforzar alguna otra mision. La guarnicion de Loreto se encontraba á mas de cien leguas distante de ahí; por lo que faltos de freno los indígenas se entregaban á excesos y malos manejos suscitados por su orgullo, á lo que se añadian las intrigas de los que, siendo culpables, deberian ser castigados: todas estas causas acarrearón las desgracias de que vamos á hablar.

CAPITULO XXIII.

COMPLIT DE LOS DOS MULATOS. [®]

No bien terminados los regocijos por aquella efimera paz, los indígenas del Cabo de San Lucas hicieron notar la llegada de un gran navío, el "Galeon de Filipinas." Este buque, man-

dado por D. Jerónimo Montero, se hallaba en víspera de carecer completamente de agua cuando llegó al Cabo. Para colmo de desgracias la mayor parte de la tripulación estaba atacada de escorbuto; pero los marineros encontraron una providencia en el padre Tamaral, pues informado de su llegada hizo servirles provisiones frescas, pitayas y toda clase de frutas ácidas, propias, según se creía, para sanar á los enfermos; ofreció además al capitán todos los socorros que su precaria posición le permitía. Los indígenas, estimulados por el ejemplo del padre Segismundo, cuidaron de proveer de agua á la embarcación. No pudo menos de producir los mejores resultados esta caridad espontánea y general, pues se restableció al fin la moral de la tripulación y el escorbuto desapareció á poco con el uso de alimentos sanos y, sobre todo, de las sabrosas y benéficas frutas de la tierra. Así fué que cuando el "Galeón" estuvo en disposición de hacerse de nuevo á la vela, solo quedaban tres enfermos que no fué posible embarcar: estos eran D. José Francisco de Baytos, capitán de marina, Antonio de Herrera, contra-maestre del buque, y el padre Domingo de Horbegoso, presidente del hospital de santo Tomás de Villanueva. El país era muy pobre, el padre no contaba sino con escasos recursos, y su solicitud apostólica absorbía por completo su tiempo; no obstante, los tres enfermos confiados á sus cuidados recibieron de él cuantos socorros hubieran podido esperar de la más tierna madre. De día y de noche estaba

á su cabecera; y no contento con prodigarles sus cortos recursos, excitó la caridad de los demás misioneros en favor de los tres enfermos. Una abnegación y solicitud tan grandes, obtuvieron al fin su recompensa; los enfermos sanaron, pero ¡ah! el desgraciado Antonio de Herrera sucumbió muy poco después á una nueva enfermedad. Quisieron sus compañeros buscar en el equipaje del muerto algo con que indemnizar al padre Tamaral, de acuerdo también con la última voluntad del difunto, pero el padre rehusó absolutamente y este desinterés suyo fué nuevo objeto de admiración, considerando cuán rara es esta virtud en cualquiera parte, pero más aun en aquellos países adonde por lo común solo lleva el deseo del oro por el que se arrostran tantos peligros. La caridad cristiana obra de muy diferente manera; el cuidado de la propia conservación no se toma en cuenta cuando hay peligro para el prójimo. Este olvido de sí mismo, esta consagración al bien de los demás, es la tradición constante de la Iglesia apoyada en la palabra de Jesucristo no menos que en el ejemplo dado por el Salvador al morir en el Calvario por la salvación de los hombres. La caridad ha ido perpetuándose de mártires á mártires hasta nosotros. La historia de esto sería larga. Bástenos, por lo mismo, citar por lo que hace al primer siglo á aquellos cristianos de Antioquía que, ocultos en las cuevas y en los subterráneos para sustraerse á la persecución, salieron de allí en masa, digamos así, para socorrer á sus conciudadanos atacados

de la peste; ¡tal vez á sus mismos perseguidores! Citaremos tambien en el presente siglo á dos arzobispos de Paris, de los cuales uno salió del retiro á que se vió reducido á causa de la malevolencia, para asistir, abrazar y bendecir á su extraviada grey, víctima del cólera; el otro, dejando su iglesia para interponerse como hombre de paz entre la lucha atroz de la guerra civil, y sucumbiendo sin pronunciar mas que palabras de perdon é implorando la misericordia del cielo en favor de sus asesinos (1).

El padre Horbegosa, penetrado de reconocimiento, quiso perpetuar el recuerdo de aquella noble y santa hospitalidad. Escribiendo, pues, lo ocurrido, después de elogiar magníficamente la conducta de los jesuitas, añadió:

1 Mr. Affre, arzobispo de Paris, quien llevando su abnegacion hasta el heroismo, se ofreció al general Cavaignac para dirigir palabras de paz á los obreros insurreccionados en 1848.—Llegado á una de las barricadas á la sazón que se rompian los fuegos, cayó mortalmente herido y sus últimas palabras fueron: “¡Pueda mi sangre ser la última derramada!” —Segun se afirmó por los diarios de aquella época, la muerte del ilustre prelado no fué intencionadamente procurada, y así lo protestaron enérgicamente los defensores de la barricada, cuya circunstancia en nada rebaja el mérito del sublime sacrificio.

(N. del T.)

“Los españoles que regresan de Filipinas debían darse el parabien por haber encontrado esta poblacion hospitalaria y de refugio, y un misionero bastante generoso para proveer á sus “necesidades.” Desde entonces ordenó el rey que el “Galeon” hiciese escala en el cómodo puerto de San Lucas. Natural era esperar que se estableciése allí una nueva guarnicion para la defensa de los misioneros y la seguridad del puerto; pero las intrigas que se pusieron en juego por mezquinas pasiones lo estorbaron al fin, y la órden del rey no llegó á cumplirse.

No obstante, los padres Tamaral y Carranco trabajaban con doble celo por la conversion de aquellos indomables pueblos; el primero en San José, y el segundo en Santiago. El padre Gordon permaneció en el Pilar de la Paz, de donde se trasladó á Loreto en el verano con el fin de proporcionar recursos á su mision y á todas las del Mediodía que tanta necesidad tenian de ellos; le reemplazó D. Manuel Andrés Romero. Mas aquella aparente calma era presagio de siniestras agitaciones; tales fueron las de las pasiones que hasta entonces habian estado comprimidas por la santidad de la doctrina que los padres enseñaban, pero que bullian en los corazones de los indigenas y solo aguardaban un momento oportuno para estallar. El odio de Boton y Chicor fermentaba sordamente. La trama del complot fué tan secreta que muchas de las tribus del Norte tomaron parte sin que los padres se apercibiesen de ello, y es indudable que los rebeldes se alentaban mas por la

falta de guarnicion, pues la de Santiago se componia apenas de dos mestizos, y estos inválidos (1).

Con el fin de tender una red al padre, los conjurados dieron muerte á uno de los soldados y vivieron luego á decir al misionero que aquel soldado, habiendo caido enfermo en un bosque, solicitaba confesarse. Mas el aspecto de los que así mentian, el tono grosero que usaron y la confusiuon que dejaban traslucir, hizo sospechar al padre, quien á fuerza de preguntas les hizo confesar á medias la verdad. Rehusó, pues, enviar otro soldado y aun ir á confesar al supuesto enfermo. Pocos dias después los indígenas asesinaron en la Paz á Andrés Romero, y la audacia de los conspiradores se aumentó principalmente en Santiago y sus cercanías. Mas como esta clase de sediciones no era rara, los misioneros no se alarmaron. A poco fué enviado de Loreto á San José del Cabo un soldado para que sirviese de guardia al padre Tamaral y protegiése su persona; este soldado cayó enfermo y tuvo alguna noticia de la rebelion que se preparaba, por lo que, comunicando sus temores al padre Tamaral, manifestó querer llevarle á la Paz. Pero el intrépido misionero no accedió y trató, por el contrario, de tranquilizar al soldado, quien al ver esta resistencia tomó solo el camino de la Paz.

Quando estuvo á poca distancia del lugar,

1 No habia mas que un soldado en la Paz, otro en San José y tres en Santa Rosa.

disparó, segun costumbre, su fusil, mas no obtuvo contestacion. Avanzó llamando al soldado que debia estar de guardia en la casa del misionero, mas tampoco obtuvo respuesta; ningun indígena se presentó. Se decidió por último á entrar en la casa, mas, ¡oh terrible espectáculo! la sangre cubria las paredes y el piso todo; los muebles y utensilios estaban en desórden. Al ver este cuadro, el soldado no dudó que su camarada Romero habia sido asesinado; emprendió, pues, la fuga y no descansó hasta llegar á Nuestra Señora de los Dolores, situada á sesenta leguas de allí. Inmediatamente refirió al padre Guillen, superior de la mision, todo lo que habia visto, dándole igualmente aviso del peligro que á todos amenazaba. El padre Guillen no se sorprendió al oir estos detalles pues sabia ya que muchas de las tribus pertenecientes á su mision habian sufrido ataques de parte de los rebeldes; mas se apresuró á hacer saber á los tres misioneros la orden de retirarse é ir á reunirse. Quando dictaba esta orden recibió un enviado del padre Carranco que ponía en su conocimiento haber descubierto un complot entre los pericues. El padre Guillen le envió en contestacion una canoa montada por diez y siete indígenas fieles. Era ya tarde, pues los puntos todos del tránsito estaban en poder de los rebeldes, quienes habian interceptado las cartas.

Mientras el superior de Nuestra Señora de los Dolores velaba por la seguridad del padre Carranco, este último á su vez trataba de salvar

al padre Tamaral de la muerte que le esperaba. Le instó, pues, á que fuese á la mision á fin, decia, de ponerse de acuerdo sobre las medidas que conviniera adoptar. En tan grave situacion no se desmintió la confianza en Dios, la natural intrepidez y la desconfianza, por decirlo así, que el padre Segismundo abrigaba siempre respecto del enemigo de la salvacion, tan hábil en turbar los trabajos de los misioneros, y esta desconfianza le indujo á responder negativamente á la insinuacion del padre Carranco. Quería permanecer en su mision confiado en la Providencia y en la fidelidad de algunos buenos indígenas que tenia bien conocidos. En resúmen, deseaba servir á Dios y fuese con su vida ó con su muerte.

Despidió, pues, á los indígenas enviados de Santiago para defenderle. Estos últimos se encontraron en el camino con algunos rebeldes, quienes les preguntaron de donde venian y por orden de quien. Los indígenas respondieron ingenuamente que el padre Carranco les habia encargado llevasen al padre Tamaral á Santiago en razon de que se tenia ya conocimiento del complot urdido contra su vida. I formados así los rebeldes de que el padre Carranco conocia sus perversos designios, determinaron comenzar por él y lograron, ¡ah! después de alguna resistencia, poner de su parte á los cristianos de Santiago que de este modo se hicieron cómplices en el asesinato de su bienhechor.

El 1.^o de Octubre, entre seis y siete de la mañana, el padre Carranco, que acababa de

celebrar misa, entró á su aposento para dar gracias.—La cobardía es siempre compañera del crimen; así se vió á los rebeldes acercarse temblando y preguntar si se encontraban allí los dos mestizos, guardia ordinaria del misionero. Les fué contestado que no, y á pesar de que por esto mismo sabian que el padre estaba solo no se tranquilizaron. Los conspiradores de otras misiones se mantenian á distancia, pero los de la propia se acercaron hipócritamente al padre bajo pretexto de darle cuenta de un mensaje.

Arrodillado aun el misionero en actitud de la mas ferviente oracion, se levantó al verles, y les recibió efectivamente; pero sorprendido de no ver con ellos al padre Tamaral, les preguntó si llevaban carta suya. Los indígenas presentaron la carta; mas cuando el misionero comenzaba á leerla, los rebeldes que se encontraban fuera invadieron la habitacion, y precipitándose en desorden asieron al padre por su sotana, la túnica negra tan venerada siempre y bendecida en aquellas tierras, arrastraronle en seguida todo el trecho entre la iglesia y la habitacion en donde cayó por último traspassado de flechas.

El mártir levantó los ojos y las manos al cielo como si no quisiese morir sino después de pedir á Dios el perdon de sus pecados y el de sus parricidas hijos. En seguida, y cediendo á los muchos golpes que con palos y piedras le descargaban, espiró ofreciendo á Dios su vida en holocausto. Pero antes tuvo tiempo aun

para presenciar un espectáculo que debió servirle de tierno aunque doloroso consuelo.—Un indígena, infante aun, habia sido criado por él y le tenia cerca de su persona en calidad de sirviente, este, pues, viendo á su amo querido tan ultrajado, maltratado y herido de muerte por aquella bárbara gente, sollozaba y prorrum-pia en amargos gritos. Los monstruos, importunados por este desahogo acusador de la inocencia, se apoderan del niño diciéndole con furor: “Ya que tanto le amas, irás á hacerle compañía y á contarle lo que pasa en las misiones.” Dicho esto le tomaron por los piés y dieron con su cabeza sobre el pavimento lleno de sangre; en seguida arrojaron el cadáver del niño mártir sobre el cadáver del mártir misionero.

La noticia del atentado cundió rápidamente; los indígenas, consternados, acudieron al momento llenándose la plaza de hombres, mujeres y niños. Algunos se estremecian de indignación al contemplar el horrible espectáculo y la dejaban traslucir; pero eso fué todo lo que se atrevieron á hacer, pues veian entre los asesinos á los mismos que ocupaban el primer lugar en la mision.

Aquellos pueblos son tan mudables en sus afecciones y odios que muchos de los habitantes de la mision, que en la mañana habian asistido á la misa celebrada por el padre, poseidos de repente del vértigo general se unieron á los asesinos para llenar de ultrajes el santo cadáver. Su furor no conocia límites. La imaginación puede con dificultad concebir, y la pluma

se rehusa á trazar los monstruosos excesos á que se entregaron aquellos bárbaros. Excitada con la vista de la sangre y el aspecto de la muerte, su salvaje brutalidad se cebaba sobre aquellos restos humanos. ¡Desgraciados! en vano lo intentaban, porque aquella víctima pura, aquel precioso holocausto, aquel cuerpo santificado, podía sufrir sus criminales ataques mas no por eso quedar manchado: el alma que habia consagrado ese cuerpo con tantas virtudes se posaba aun sobre su cabeza, no tanto para defenderle como para impedir que los rayos del cielo cayesen sobre aquellos miserables feroces á la vez que infames. Cansados al fin de su barbarie, arrojaron confusamente mezclados á las llamas de una hoguera los sagrados restos del padre y los inocentes del infante; al asesinato añadieron el saqueo y el incendio de la iglesia y de la habitacion, se apoderaron de los cuadros, de las imágenes, de las estatuas de los santos, de los libros, de los ornamentos, del crucifijo, entregándolo todo al fuego.

No fué esto todo. Dos sirvientes aparecieron á lo lejos conduciendo dos vacas, segun la órden que tenian; esta fué ocasion para nuevos crímenes. Intimaron á los sirvientes que inmolasen desde luego aquellos animales; ellos obedecieron temblando; no obstante, á una señal descargaron sobre los desgraciados una lluvia de flechas. Cayeron, y medios vivos aun fueron inmediatamente arrojados á la hoguera. Dueños así de Santiago quisieron serlo de todas las misiones, desde san José hasta el cabo de

San Lucas.—La furibunda tropa se puso en marcha reclutando en el tránsito una multitud de indígenas atraídos por el ruido y los infernales cánticos de los caníbales. Llegaron á san José el sábado 3 de Octubre, día en que la Iglesia celebra á Nuestra Señora del Rosario. Eran las ocho de la mañana. El padre Tamaral se hallaba tranquilamente en su celda meditando y orando sin duda á la Madre de misericordia en favor de aquellos míseros indígenas. Una partida de rebeldes se introdujo y con objeto de sorprenderle pidiéronle alguna cosa que ellos creían no poderles ser concedida.

Al ver el padre la actitud de aquella gente y las armas que portaban comprendió al momento el criminal proyecto que abrigaban.—“Si, hijos míos, les dijo con dulzura, podiais quedar satisfechos en lo que pedis.”—Desconcertados al oír esta respuesta, no teniendo ya pretexto para mover disputa, los indígenas no aguardaron mas y precipitándose sobre el padre le arrastraron por los pies fuera de la habitación traspasándole al punto con multitud de flechas. No bastó esto para hacerle morir; otros indígenas armados de los mismos cuchillos que el padre les habia dado en otro tiempo acudieron á consumar la obra acribillándole á heridas, mutilándolo y hundiendo los cuchillos en su garganta.—Durante este prolongado martirio el santo misionero no cesó de implorar la clemencia del Buen Pastor para si y para sus asesinos. Luego que espiró su cuerpo sufrió el mismo trato abominable que el del padre

Carranco, con solo la diferencia de que esta odiosa fiesta (porque fiesta era para aquellos fanáticos delirantes), duró mas tiempo que en Santiago, la presenciaba mayor número de gentes y no habia que temer ataque ninguno de parte de los habitantes que hubiesen permanecido fieles á los dos misioneros.

Esta prolongacion de atrocidades sirvió no obstante para que el padre Segismundo Taraval pudiese salvar su vida. Mientras se consumaba el primer crimen sobre el padre Carranco y su pequeño sirviente sucedió que un muchacho de la mision, inspirado sin duda por su ángel de guarda, corrió apresuradamente á Todos Santos, allí encontró á un buen viejo indígena á quien refirió las escenas de horror que acababa de presenciar. Se dirigian ambos á encontrar al padre Tamaral y le dijeron: “Padre, estad alerta, vienen á mataros. Nosotros no podemos defenderos, pero si quereis os conduciremos y pondremos en salvo en una isla que está hácia abajo.”

Tal es por lo comun la predileccion de Dios en favor del débil; gusta de escoger sus instrumentos de salvacion entre los ancianos y los niños.

El padre, que recibió el mismo aviso de boca de otros varios indígenas, no creyó deber vacilar por mas tiempo. No se trataba de solo su vida sino tambien de las de todos aquellos que le eran adictos. Quitó pues, del altar y de la iglesia los principales adornos, se trasladó á la Paz en donde hizo la misma operacion y se em-

barcó, en seguida, para la isla del Espíritu Santo, en una chalupa que le envió el padre visitador.

Llegado á Nuestra Señora de los Dolores, encontró allí al padre Guillen á quien habia consternado mucho la noticia de los primeros asesinatos. En tanto que concertaban las medidas que convenia tomar los pericues y los coras invadieron las misiones de Todos Santos y la Paz, y no encontrando en ninguna de ellas al padre Taraval de quien se prometian hacer una tercera victima, desquitaron su rabia en los cristianos que habian permanecido fieles, matando á velutisiete y obligando á los demás á huir.

Desde entonces la guerra desoló aquella colonia; las tribus se atacaban entre sí y se saqueaban. Los ángeles de paz habian volado; el demonio de la guerra reinaba implacablemente en aquella comarca desgraciada.

Informado de estos desastres el padre Guillen, recomendó mucho á todos los misioneros de la California que estuviesen sobre aviso, y dirigió al virey Vizarron una exposicion en la que pintaba lo acaecido y concluia suplicando se tomasen las providencias necesarias á fin de conjurar los nuevos males que amenazaban á las misiones. Se trataba de evitar una rebelion general, de castigar á los asesinos, de impedir la ruina de cuatro misiones y de sustraer las guarniciones de inminentes peligros. La exposicion no causó mayor sensacion al virey, pues solo respondió que estaba dispuesto á cooperar

de su parte á las medidas que los padres tomasen para asegurar la salvacion de las misiones; que las apoyaria ante el rey, asi por el bien de la religion como por el de S. M. ¡Bellas frases de corte, pero ninguna asistencia en realidad! Por tanto la rebelion aumentó.

La mision de Nuestra Señora de los Dolores no tardó en verse turbada; y aunque fué auxiliada con el envío de unos cuantos soldados esto pudo apenas bastar para protegerla, mas no para hacer frente al mal y cortar sus progresos. Entre tanto los espíritus se inflamaban y vagos rumores hacian presentir un levantamiento general. El padre Guillen juzgó oportuno en estas circunstancias concentrar todas las misiones en Loreto, y no cabe duda de que estaa certada medida salvó la vida á los padres conservando al mismo tiempo las misiones.

CAPITULO XXIV.

INTERVENCION DE LOS YAQUIS.

Corria el año de 1735.—El padre Guillen hizo una nueva tentativa cerca del virey de México; al efecto el provincial de la Nueva España presentó en persona dos memoriales en que se

barcó, en seguida, para la isla del Espíritu Santo, en una chalupa que le envió el padre visitador.

Llegado á Nuestra Señora de los Dolores, encontró allí al padre Guillen á quien habia consternado mucho la noticia de los primeros asesinatos. En tanto que concertaban las medidas que convenia tomar los pericues y los coras invadieron las misiones de Todos Santos y la Paz, y no encontrando en ninguna de ellas al padre Taraval de quien se prometian hacer una tercera victima, desquitaron su rabia en los cristianos que habian permanecido fieles, matando á velutisiete y obligando á los demás á huir.

Desde entonces la guerra desoló aquella colonia; las tribus se atacaban entre sí y se saqueaban. Los ángeles de paz habian volado; el demonio de la guerra reinaba implacablemente en aquella comarca desgraciada.

Informado de estos desastres el padre Guillen, recomendó mucho á todos los misioneros de la California que estuviesen sobre aviso, y dirigió al virey Vizarron una exposicion en la que pintaba lo acaecido y concluia suplicando se tomasen las providencias necesarias á fin de conjurar los nuevos males que amenazaban á las misiones. Se trataba de evitar una rebelion general, de castigar á los asesinos, de impedir la ruina de cuatro misiones y de sustraer las guarniciones de inminentes peligros. La exposicion no causó mayor sensacion al virey, pues solo respondió que estaba dispuesto á cooperar

de su parte á las medidas que los padres tomasen para asegurar la salvacion de las misiones; que las apoyaria ante el rey, asi por el bien de la religion como por el de S. M. ¡Bellas frases de corte, pero ninguna asistencia en realidad! Por tanto la rebelion aumentó.

La mision de Nuestra Señora de los Dolores no tardó en verse turbada; y aunque fué auxiliada con el envío de unos cuantos soldados esto pudo apenas bastar para protegerla, mas no para hacer frente al mal y cortar sus progresos. Entre tanto los espíritus se inflamaban y vagos rumores hacian presentir un levantamiento general. El padre Guillen juzgó oportuno en estas circunstancias concentrar todas las misiones en Loreto, y no cabe duda de que estaa certada medida salvó la vida á los padres conservando al mismo tiempo las misiones.

CAPITULO XXIV.

INTERVENCION DE LOS YAQUIS. ®

Corria el año de 1735.—El padre Guillen hizo una nueva tentativa cerca del virey de México; al efecto el provincial de la Nueva España presentó en persona dos memoriales en que se

exponia de una manera enérgica el estado deplorable de la colonia; mas por parte del virey se mostró la misma indiferencia. No quedaba, pues, mas esperanza que la de ocurrir al soberano. El padre Gaspar Rodero, agente general de las Indias en la corte, instruyó á S. M. acerca de los acontecimientos y temores que ponian en peligro de perderse aquella porcion tan bella y tan interesante de las conquistas españolas. Tal era el estado de las cosas cuando la Providencia, como para avergonzar á aquellos que por tantos títulos debieran ser los naturales protectores de los misioneros, suscitó de otra parte una inesperada asistencia.

No lejos de la California existia una pequeña nacion cuyo nombre era apenas conocido, la nacion de los yaquis, indígenas siempre fieles, sumisos y adictos (1). Apenas llegó á sus oidos la noticia de la rebelion de las otras tribus, poseidos de indignacion tomaron las armas, y aparejando una balandra navegaron río arriba desembarcando en Loreto: una vez llegados se dirigieron á Nuestra Señora de los Dolores llevando consigo buena provision de arcos y flechas para los californios que quisiesen unírseles. Pasearon en triunfo las cruces que fueron salvadas y recogidas en Loreto por todas las misiones invadidas. En esta especie de procesion, los buenos indígenas iban entonando cánticos que no interrumpian sino para sollozar y derramar lágrimas.

1 Como mas tarde los iroqueses, en el Canadá, permanecieron fieles á los franceses.

Después de cumplir con este primer deber de fidelidad religiosa, se dirigieron en busca de los misioneros suplicándoles muy encarecidamente que no los abandonasen, ellos que los habian bautizado é instruido; para decidirlos, les prometieron su eficaz proteccion contra todo ataque ulterior, les rogaron por último que perdonasen á la nacion que no era por cierto culpable del extravío de unos cuantos. Los padres no dudaron de la sinceridad de estos testimonios; no vacilaron por lo mismo en volver á sus respectivas misiones en donde fueron recibidos con grandes demostraciones de alegría. Se impuso un ligero castigo á los mas criminales para ejemplo de los demás, cuatro de ellos fueron desterrados temporalmente y con estas medidas la calma y la tranquilidad se recobraron como por milagro.

Solo quedaba por pacificar la mision de la Paz. Para lograrlo hubo necesidad de librar algunos combates. Estos restos de rebelion se debieron á un accidente sobre el cual vamos á decir una palabra. Sucedió, pues, que habiendo llegado á la costa una embarcacion cristiana y no habiendo allí persona ni señal alguna, destacó un bote para abordar y hacer saber su arribo á los padres de la mision vecina. Los trece hombres que montaban el bote, sorprendidos de no encontrar ni un solo habitante en la ribera, saltaron á tierra imprudentemente, y dejando algunos que cuidasen el bote se internaron hasta la poblacion mas próxima. Mas en ella les esperaba una emboscada, y todos

perecieron bajo una lluvia de flechas. Después de esto los salvajes corrieron hacia el bote y acabaron con los pocos hombres que en él habían quedado. Alarmado el capitán del buque se dirigió con su gente hacia la costa y vió á los indígenas desarmando la embarcación para aprovecharse del hierro. El intrépido capitán saltó á tierra, atacó á los traidores matando á muchos, hiriendo á no pocos y haciendo prisioneros á los demás, en seguida levó anclas y el buque prosiguió su marcha hacia Acapulco. Pronto se supo en México esta desastrosa aventura que causó gran consternación y dió ocasión á que se pensase por fin seriamente en la necesidad de enviar pronto auxilio á la California. No era solo una cuestión de humanidad, se trataba también de la salvación de un país inmenso. El virey se conmovió al fin y conoció que era preciso obrar. En consecuencia el gobernador de Sinaloa fué enviado con tropas y á su llegada á Loreto fué recibido con grandes demostraciones de alegría rindiéndosele todos los honores debidos á su rango. Los misioneros le colmaron de miramientos y obsequios, pero mal prevenido como estaba acerca de la manera con que los jesuitas regían aquellos países, se mostró poco dispuesto á seguir sus consejos y á aprovecharse del perfecto conocimiento que aquellos tenían de los lugares, costumbres y usos de los habitantes, etc. Por tanto, no solo no obraba de acuerdo con ellos en sus disposiciones, sino que muchas veces estas se encontraban en directa oposición con las ideas de los

misioneros. Dos años trascurrieron así no solo sin resultado ninguno favorable sino mas bien funesto.

Entretanto el padre Julian de Mayorga murió. Este anciano, que habia gobernado por espacio de tres años próximamente sin contradicción ninguna, se hizo querer en todo el país que le veneraba. En sus funerales, lo mismo que en los de san Basilio, fueron tales los sollozos, los gemidos y lágrimas, que no permitian oír el canto de los salmos y de los himnos fúnebres. La multitud que se agolpaba al rededor del cadáver era tal, que cada uno se veia en riesgo de ser sofocado.

En vista de tales testimonios no pudo menos que ceder el terco gobernador que comprendió al fin cuan grande era la influencia moral de los jesuitas sobre aquellos pueblos y cuanto se habia engañado él mismo. Desde entonces modificó su sistema y puso en práctica las últimas advertencias que desde el principio le hicieron los misioneros. Determinóse, pues, á intimidar á los indígenas por medio de un golpe decisivo de autoridad y de un acto ruidoso. En vez de batirlos parcialmente los atrajo á todos á un punto conveniente y en él trabó una batalla general en la que triunfó completamente, mas los rebeldes no se dieron aun por vencidos. Confiados en el sistema de lentitud empleado hasta entonces, cobraron aliento y se decidieron á probar fortuna en un segundo combate. En esta vez, como en la primera, fueron enteramente derrotados, por lo que, viéndose ya faltos de

recursos se sometieron implorando la clemencia del gobernador. Este último no quiso oírlos mientras no le fuesen entregados los jefes de la rebelion, así como tambien los principales asesinos de los soldados y de los misioneros. Le fueron, pues, entregados los culpables, mas por todo castigo solo les impuso un destierro á las costas de Nueva-España. Fué esta una debilidad que la justicia divina no aprobó.

Embarcados los culpables para el lugar de su destierro, intentaron, durante la travesía, desarmar la escolta y apoderarse del buque; pero los soldados resistieron con valor, y haciendo fuego sobre los miserables dieron muerte á casi todos. Entre los que escaparon estaban precisamente los dos indígenas que habian sido los primeros en levantar sus parricidas manos sobre los padres Carranco y Tamaral, pero el ojo y la mano de Dios les seguian, así es que uno de ellos fué muerto poco después, y el otro no tardó en seguirle encontrando la muerte al caer de lo alto de una palmera sobre las rocas. Su muerte fué horrible y digna de un apóstata.

CAPITULO XXV.

PROTECCION REAL.

Informado el rey Felipe V del estado de las cosas, envió instrucciones especiales al virey para el restablecimiento de las misiones y para la proteccion y acrecentamiento de aquellas conquistas. En virtud de estas órdenes y comprendiendo el gobernador la utilidad que resultaria de asegurar un puerto en las estaciones de Filipinas, trató de fortificar el Cabo de San Lucas. Se decidió que los soldados no dependerian ya de los jesuitas ni aun del capitan de Loreto, sino directamente del virey. Se dió por jefe á esta nueva guarnicion al mismo hijo del antiguo capitan Lorenzo, digno por cierto de su padre y que habia nacido y recibido su educacion en la California, siendo además un jóven piadoso, prudente, muy ilustrado, y por último muy valiente y adicto.

Mas por desgracia pronto se hicieron lugar las prevenciones del gobernador, y aun del mismo virey, quienes dando por motivo que el capitan Lorenzo se mostraba muy dócil á los consejos de los jesuitas le dieron orden de que se retirase. En vano protestó contra semejante medida el agente de la California en Mé-

xico por considerarse tal acto como contrario á las instrucciones de Felipe V; el virey dió sus órdenes para que la guarnicion, incluso su jefe, se independiese completamente de los padres; de aquí resultaron graves inconvenientes, los padres, abandonados así en su mision, no podian hacer el bien sino á medias, la disciplina militar se relajó, los indígenas fueron oprimidos, y se les obligó á trabajar diariamente en la pesca de perlas; la codicia se permitió toda clase de violencias respecto de ellos; en una palabra, la conquista caminaba de nuevo á su ruina. Se vió el desórden por todas partes, llegando á tal extremo que el virey hubo por fin de abrir los ojos y reconocer que era preciso volver á la conducta de sus predecesores, inspirada por el padre Salvatierra. En consecuencia fué despedido el capitan Acevedo y reemplazado por un teniente subordinado al capitan de Loreto; se dispuso, además, que la guarnicion quedase sometida al padre visitador.

Las cosas volvieron, pues, al estado que antes guardaban. Se tomaron convenientes medidas para el restablecimiento de la mision del Mediodia. Entre los misioneros que fueron designados para cultivar aquella viña tan regada ya de sangre debe mencionarse al padre Antonio Templis, quien durante su larga carrera no desmayó un solo dia sino que perseveró en su obra de abnegacion, sin ruido, sin gloria, pero con éxito constante, uniforme, paciente y sublime.

Felipe V, que tocaba ya al término de su

carrera, no cesaba de proteger con el mas vivo interés aquella porcion lejana pero sagrada de su corona, no perdonó sacrificio alguno para asegurarle prosperidad y afirmar en ella el reinado de Jesucristo (1). En 1743 dió orden para que se suministrasen de su real tesoro las cantidades necesarias para los gastos que ocasionase la pacificacion de los indígenas.

Al considerar las intenciones del nieto de Luis XIV no puede menos de figurársenos que el genio poderoso que supo elevar tan alto á la Francia queria posarse en este nuevo mundo. El rey pudo morir con el consuelo de haber vivificado, por algun tiempo al menos, aquellos desgraciados y bellos países en donde su nombre era bendecido, en donde se elevaban diarias oraciones por su conservacion. El rey murió en 1749.

Fernando VI, su heredero en el trono, no cerró por cierto la mano que su padre habia abierto para socorrer á aquellas colonias. La cédula que expidió y dirigió al virey confirmaba en todas sus disposiciones la que doce años antes se habia dirigido al conde de Fuen-Clara (2). En ella rinde el soberano un brillante homenaje de justicia á los misioneros, los recomienda á la solicitud del virey y ordena que se siga en todo sus consejos y se preste obediencia á su direccion.

1 El rey fué admirablemente secundado por el presidente del consejo de Indias, D. José Carvajal.

2 Cédula de Fernando VI de 9 de Junio de 1746.

Esta manifestacion de la voluntad real fue acogida en México con positiva satisfaccion porque se veia en ella una prenda de los sentimientos piadosos y magnánimos del monarca.

El padre Knio, de cuyos trabajos hemos hecho mencion en otros capítulos, habia fallecido en 1710. Las provincias en que su celo heroico se habia ejercitado, se vieron abandonadas desde entonces por falta de recursos pecuniarios. En vano su compañero, el padre Agustin de Campos, le imitó en todo durante el espacio de 25 años que le sobrevivió; mal servido, mal secundado, no logró sino resultados parciales é incompletos. En las comarcas del Norte la defeccion habia arrastrado consigo á casi todos los naturales. La mayor parte de las iglesias edificadas por el padre Knio se arruinaron; las fértiles planicies que habia cultivado admirablemente no eran ya mas que áridas landas, y, lo que es peor de todo, la depravacion habia recobrado su imperio sobre aquellas desgraciadas tribus.

Tal fué el espectáculo que entristeció los ojos y el corazon de D. Benito Crespo, obispo de Durango, cuando recorrió aquella vasta y desolada porcion de su diócesis. La viña estaba devorada por los insectos y mezclada con la mala yerba, pero faltaban cultivadores que trabajasen á la vez por extirpar aquellas plantas venenosas y por fecundar y hacer revivir la planta productiva. El obispo hizo llegar sus quejas hasta el pié del trono y en 1731 llegaron tres misioneros á la Pimeria con algunos auxi-

lios materiales. Pero muy luego se pusieron á prodigar los beneficios de la gracia. Se formaron misiones como por encanto en la Pimeria alta, algunas de ellas comprendian otras muchas menores, algunas solo tenian dos. Los nombres de estas misiones fueron: Nuestra Señora de los Dolores, San Ignacio, Tributama, con otras nueve menores: Caborca, Suamca, Guebavi, comprendian todas ellas algunas rancherías españolas y considerable número de indígenas; San Javier, por último, igualmente bien poblado.

Siete ú ocho años mas tarde un caballero español, aquel mismo marques de Villa-Puente, el insigne é inagotable bienhechor de las misiones, legó en su testamento algunas sumas de dinero para fundar otras residencias en Pimeria; mas no fué esto todo. A poca distancia, hácia el N. O. de Nuevo-México, quedaba la provincia de Maqui idólatra aun y salvaje. El virey recibió orden del monarca para que aquella provincia fuese reducida con ayuda de la Compañía de Jesús. No eran pocas las dificultades que habia que vencer; aquel pueblo que se trataba de someter á la fe y á la obediencia ya habia sido convertido en otro tiempo por los franciscanos, mas habia apostatado cometiendo crímenes horribles. Se sabe por experiencia que el apóstata se encuentra, para convertirse, bajo condiciones menos favorables que el infiel primitivo. Por esto fueron vanas todas las tentativas que se hicieron no obstante su prudencia y energía.

Después de muchas combinaciones, se encargó por fin al padre Ignacio Keller que arriesgase la empresa. Este misionero tenía bastantes inteligencias en el país. Se puso, pues, en camino en Setiembre de 1743 llevando para su seguridad una pequeña escolta. Parece que el jefe español no le veía de buen ojo y por esto se mostró poco dispuesto á proporcionarle mayor número de soldados, así fué, que siendo poco imponente su aparato militar, los salvajes le pusieron emboscadas y le hostilizaron de manera que se vió obligado á volverse á la misión,

En 1744 el padre Santiago Sedelmayer llegó al río Gila (1), fué desde luego muy bien recibido por las tribus que en número de seis mil hombres poco mas ó menos habitaban aquellos parajes. Todos se manifestaron dispuestos á secundarle para la expedición de Maqui. Entre los indigenas, que en su mayor parte pertenecian á los papagos (2), se encontraban otras tribus menos guerreras pero tambien menos bien intencionadas. Estas últimas lograron introducir la indecisión y aun la repugnancia entre las

1 El río Gila se halla á distancia de 100 leguas de las misiones de Sonora y Pimería, á 600 al Norte de México.

2 Bajo el nombre genérico de papagos se comprenden las siete hordas de salvajes que habitan los puntos de Río Verde y Salado, ramal de la Sierra Madre; estos son los yumas, los cocomarcopas, los apaches y los axuas.

demás. Semejantes obstáculos paralizaron de nuevo la acción del intrépido jesuíta que habria podido sin duda vencer por la fuerza á sus enemigos, mas no queria hacer uso de medios violentos é incompatibles con el espíritu de su profesión y con la dulzura natural de su carácter. La expedición del padre Sedelmayer se redujo por entonces á un reconocimiento geográfico de aquellos lugares, de manera que, si la religion no salió aprovechada inmediatamente, la ciencia recogió al menos algunos preciosos datos.

Era necesario, sin embargo, domar á aquellas naciones que hasta entonces se habian mostrado irreducibles é infieles; hablamos de los pimecas, papabotas ó papatos, y esto era tanto mas de atenderse cuanto que era indispensable para llegar hasta los maquis. Antes de emprender la obra era de necesidad tomar todas las noticias convenientes, lo que solo podia lograrse en México en donde se conservaban todos los documentos. Se trataba de un viaje de 500 leguas y por caminos (1) que no se parecen

1 De uno á otro extremo de la California los caminos son de una horizontalidad casi perfecta . . . Son muy hermosos durante el estío, pero en el invierno se hacen impracticables á causa de las abundantes lluvias y los desbordes de los ríos; en otro tiempo se cuidaba por los religiosos de cada misión de repararlos dos veces al año, en la primavera y á la entrada del invierno; y como por lo regular cada camino conducia á dos misiones, cada una componia la mitad que le

por cierto, ni en cuanto á su seguridad ni en cuanto á la facilidad de recorrerlos con velocidad, á nuestras actuales vías de comunicacion.

San Agustin ha dicho que el que no ama no tiene celo. El buen padre Sedelmayer, que amaba tanto á aquellos pobres pueblos, se puso en camino lleno de gozo; llegó, y al conferenciar con el provincial, pudo comprender que las miras de ambos, y los medios que para obtenerlas se proponian, eran los mismos. El provincial tenía escrita una memoria en que apreciaba con gran sagacidad, tanto los obstáculos que habia que vencer, como el modo mas adecuado para superarlas. No podremos presentar aquí el análisis de esta memoria notable bajo todos conceptos; diremos solamente que es admirable que un religioso, fiel á su estado y enteramente consagrado á los deberes que él impone, hubiera podido presentar estudios tan profundos de estrategia y de topografía militar: ¡tan cierto así es que las virtudes religiosas no impiden, por mas que se diga, el vuelo de la inteligencia humana! y esto es de aplicarse especialmente á los jesuítas. Fundados por un jefe guerrero en una época de lucha contra el error y de combate contra las pasiones, la Orden ha debido conservar siempre el carácter que la imprime su origen militante. A esto hay que añadir, que puestos en diario contacto con

correspondia, y de este modo las comunicaciones eran siempre fáciles.

(Oregon, Dufflot de Mofras, tom. II.)

el mundo, en donde estan siempre como centinelas, han hecho un continuo estudio de las necesidades de todo género que en él se manifiestan, bien para disminuir su malicia, ó para dirigir sus buenas tendencias.

Las memorias fueron enviadas á Madrid y su objeto era explorar la voluntad del rey.

Entretanto, el padre provincial pidió á los misioneros de toda la California relaciones exactas del estado de sus misiones respectivas. Estas eran en número de diez y seis. Se quiso fundar otra hácia el Norte, pero se carecia de recursos, de soldados y de misioneros. El padre Consag, encargado de esta comision, recibió mas tarde orden de reconocer las costas del golfo. El padre era un hombre de alta capacidad; pero aun el hombre mas capaz necesita de ayuda y de medios. Por desgracia el gobernador no se cuidó mucho de proporcionárselos; así fué que los misioneros, celosos del servicio de Dios y del rey, proveyeron por sí solos á los gastos de embarcaciones, marineros, armas y provisiones.

Corria el mes de Junio de 1746; el padre Consag partió de Loreto acompañado del jóven hijo del capitan D. Rodrigo Lorenzo. Luego que llegó á la costa de San Carlos se embarcó solo, pues el jóven se limitó únicamente á procurarle un bote con sus correspondientes aparejos.

Poco tiempo después corrió la voz de que el padre habia sido asesinado con su escolta y que las chalupas habian sido quemadas; mas

por fortuna estas voces eran falsas. El padre Consag penetró hasta el Rio Colorado y pudo al fin descubrir que la California es una península separada del resto del continente por el Rio Colorado.

Hacia la misma época se suprimian en la diócesis de Durango veintidos misiones que habian llegado á ser inútiles y onerosas; pero se estableció una importante guarnicion en Queravi, situada en el país de los sabay-puris, en una llanura en que no falta ni agua, ni bosques, ni praderas, y que se encuentra á poca distancia de la tribu de los apaches; tribu solapada y feroz que hace gala de apostatar y convertirse sucesivamente, y que todos los dias comete grandes depredaciones. Las veinticuatro misiones de los jesuitas en las provincias de Sonora y Pimeria se veian invadidas continuamente por aquellos bárbaros. Era, por tanto, de absoluta necesidad poner un límite á su audacia.

En 1748 el virey combinó una expedicion de acuerdo con las guarniciones mas cercanas; cada una de ellas debia proporcionar 30 hombres además de los indígenas que pudiesen agregarse. Los jesuitas trabajaron eficazmente por inclinar á estos últimos, no solo por medio de sus exhortaciones, sino tambien proporcionándoles abundantes municiones de guerra. No obstante, la empresa se frustró esta vez mas.

El gobernador de Nuevo México, ocupado en sofocar una conspiracion local, no llegó á tiempo. Además, el pequeño ejército se puso en

marcha y no encontró á los apaches (1), quienes al acercarse la tropa se pusieron en fuga, y, segun su táctica habitual, cayeron de improviso sobre la provincia de Sonora que se encontraba entonces sin defensa y la saquearon completamente.

Quedó, pues, por entonces sin efecto la expedicion. En 1748 volvió á intentarse aunque sin mejor resultado; mas lo que los hombres habian en vano intentado, la Providencia se encargó de hacerlo. Sucedió, pues, que ya fuese por efecto de la gracia, ó por temor, cierto número de apaches se presentaron voluntariamente á las guarniciones de Janos y de la frontera. Asustados por los preparativos de la expedicion, pedian la paz y la instruccion. Fueron bien recibidos y se abrigaba la esperanza de que otros muchos de entre ellos seguirian el ejemplo de sus compatriotas.

El padre Sedelmayer continuaba por su parte sus expediciones evangélicas en 1748: tuvo que luchar con un sin número de dificultades en sus lejanas excursiones por el Gila y la ribera occidental del Colorado, mas no se desalentaba.—En este punto perdemos de vista al santo jesuita. Quizá mas tarde volverá á aparecer, porque la conquista de las almas es tan preciosa que bien merece comprarse al precio de infinitas fatigas y sinsabores.

1 Esta tribu habita en valles profundos defendidos por estrechos desfiladeros.

Las comunicaciones con el gobierno de Madrid eran raras é inseguras; por lo regular no se obtenia sino una parte de los socorros y autorizaciones que se pedian; y si los obstáculos no resfriaban el celo de los misioneros, ni disminuian su fervor, sí desalentaban á las autoridades civiles. Una sola cosa, en medio de todo esto, era bien consoladora, y era que en realidad se habia abierto la puerta de aquellas vastas regiones á la civilizacion evangélica.

CAPITULO XXVI.

**EXPLORACIONES DEL PADRE
CONSAG.**

Se debe al padre Consag una curiosa relacion del reconocimiento que hizo en 1746 de la costa oriental de la California, hasta el Rio Colorado. Partió de San Carlos el 9 de Junio y llegó en la tarde del mismo dia á la bahía de la Trinidad, célebre por su pesca de perlas. El 10 se desató una fuerte tempestad que obligó á la reducida embarcacion á recalar en la bahía de San Bernabé, el 11 y el 12, que pudo abordarse, el padre se ocupó en examinar y describir minuciosamente las porciones de la costa, las rocas y los cabos que tenia á la vista; el 13 predicó un sermón en San Miguel de la Pepena á

campo raso. Encantados los indigenas por la novedad, le llevaron á sus hijos para que los bautizase; el 14 se hizo de nuevo á la vela. Por todas partes encontraba rompientes, bancos de arena, rocas y masas de perlas; mas á lo lejos grandes montones de ostras; por otra parte rocas de mármol veteado de rojo y amarillo, y sobre sus cimas millares de pájaros. Cerca del Cabo Gorda aparecia la isla de Cerro-Blanco ó Montaña Blanca. En la falda de estas montañas brotaban veneros de agua dulce y tambien salitrosa.

Los indigenas de aquellos parajes, al ver la pequeña embarcacion del padre Consag creyeron que iba tripulada por buzos, y por lo mismo se dieron prisa á huir, porque los buzos, gente brutal y rapaz, le son odiosos; mas luego que supieron que no se trataba sino de las *túnicas negras* volvieron confiadamente.

Grande fué la dificultad para doblar el Cabo de san Gabriel en donde son igualmente peligrosas la calma y la tempestad. Allí acudió tambien gran número de indigenas llevando á sus hijos para que fuesen bautizados. Dos de los indigenas recién convertidos dieron aviso al padre de que una tropa de salvajes se preparaba á atacarle; al mismo tiempo le entregaron algunos carcases de flechas para su defensa.

El dia 15 se trató de aprovechar un viento favorable para hacerse á la vela. Se caminó con lentitud porque el buen padre no dejaba de ir anotando en sus memorias todo lo que se presentaba á su vista de raro y sorprendente en

Las comunicaciones con el gobierno de Madrid eran raras é inseguras; por lo regular no se obtenia sino una parte de los socorros y autorizaciones que se pedian; y si los obstáculos no resfriaban el celo de los misioneros, ni disminuian su fervor, sí desalentaban á las autoridades civiles. Una sola cosa, en medio de todo esto, era bien consoladora, y era que en realidad se habia abierto la puerta de aquellas vastas regiones á la civilizacion evangélica.

CAPITULO XXVI.

**EXPLORACIONES DEL PADRE
CONSAG.**

Se debe al padre Consag una curiosa relacion del reconocimiento que hizo en 1746 de la costa oriental de la California, hasta el Rio Colorado. Partió de San Carlos el 9 de Junio y llegó en la tarde del mismo dia á la bahía de la Trinidad, célebre por su pesca de perlas. El 10 se desató una fuerte tempestad que obligó á la reducida embarcacion á recalar en la bahía de San Bernabé, el 11 y el 12, que pudo abordarse, el padre se ocupó en examinar y describir minuciosamente las porciones de la costa, las rocas y los cabos que tenia á la vista; el 13 predicó un sermón en San Miguel de la Pepena á

campo raso. Encantados los indigenas por la novedad, le llevaron á sus hijos para que los bautizase; el 14 se hizo de nuevo á la vela. Por todas partes encontraba rompientes, bancos de arena, rocas y masas de perlas; mas á lo lejos grandes montones de ostras; por otra parte rocas de mármol vetado de rojo y amarillo, y sobre sus cimas millares de pájaros. Cerca del Cabo Gorda aparecia la isla de Cerro-Blanco ó Montaña Blanca. En la falda de estas montañas brotaban veneros de agua dulce y tambien salitrosa.

Los indigenas de aquellos parajes, al ver la pequeña embarcacion del padre Consag creyeron que iba tripulada por buzos, y por lo mismo se dieron prisa á huir, porque los buzos, gente brutal y rapaz, le son odiosos; mas luego que supieron que no se trataba sino de las *túnicas negras* volvieron confiadamente.

Grande fué la dificultad para doblar el Cabo de san Gabriel en donde son igualmente peligrosas la calma y la tempestad. Allí acudió tambien gran número de indigenas llevando á sus hijos para que fuesen bautizados. Dos de los indigenas recién convertidos dieron aviso al padre de que una tropa de salvajes se preparaba á atacarle; al mismo tiempo le entregaron algunos carcases de flechas para su defensa.

El dia 15 se trató de aprovechar un viento favorable para hacerse á la vela. Se caminó con lentitud porque el buen padre no dejaba de ir anotando en sus memorias todo lo que se presentaba á su vista de raro y sorprendente en

aquellos nuevos países. Describió minuciosamente la costa cuyo aspecto cambiaba á medida que la embarcacion mudaba de posicion, en razon de las variadas formas de sus rocas negras, de sus cavernas y de sus cascadas gigantes.

En donde quiera que se detenia los indigenas le daban por lo general buena acogida ofreciéndole pescados. Mas se advertia su odio por los buzos europeos, así como tambien su horror por la tribu de los yaquis á quienes conocian desde luego por su tez descolorida; así fué que creyendo ver entre la comitiva del padre á uno de esos indigenas, manifestaron sorpresa acompañada de aversion. No costó poco trabajo al padre Consag calmar su resentimiento cuyo origen era antiguo. Aprovechó, pues, la ocasion para combatir en general sus pasiones vengativas, y hacerles comprender los inconvenientes de su vida salvaje.

Mas allá de la costa de San Antonio, el paso se hizo muy difícil y fué imposible abordar; mas unos indigenas que habian subido á la altura de una roca, al verlos acercarse les hicieron señal de alejarse algo mas, indicándoles una bahía favorable; al mismo tiempo se dirigieron hácia aquel paraje con el fin de prevenir á los habitantes. Pero sobrevino la noche sin haber logrado llegar á la deseada bahía, no obstante que los indigenas habian prendido grandes luminarias en la costa para llamar la atencion de los viajeros. Toda la noche permaneció anclada la embarcacion por temor de una sorpresa, y

al siguiente dia, 18, al amanecer, pudo por fin entrar á la bahía que era, en efecto, cómoda y segura. Se la llamó bahía del Purgatorio á causa de la ansiedad que en toda la precedente noche habian tenido.

Los habitantes se mostraron muy cariñosos y cumplimentaron á su manera al padre por haber escapado de aquel riesgo. El misionero les repartió algunos víveres, y en seguida, acomodándose lo mejor que pudo á su inteligencia y lenguaje, les habló algo sobre las verdades de la religion. Aquel país le pareció mas bello que el resto de la California.

El 19 se tuvo aviso de que los montañeses habian convenido en reunirse para hacer al padre una visita amistosa; mas no habiendo logrado que todos concurriesen al punto indicado, se aplazó la visita.

La embarcacion se hizo á la vela, y el 20 dobló el Cabo de las Animas. Estos cabos presentan la apariencia de un gran pastor de mármol á cuyo derredor pacen ovejas de arena y de granito. Todo sorprende la imaginacion en aquellas tierras hasta entonces inexploradas. Después del Cabo de las Animas se presenta el Cabo del Tridente, especie de tenaza de triple punta que, para no dejarse abordar, está rodeado de una cadena de escollos salientes como media leña en el mar.

Cerca de ese paraje está la bahía de los Angeles, llamada así tal vez á causa de las pequeñas y encantadoras islas que protegen su entrada y contribuyen á su seguridad. De lo alto

de una eminencia brota un manantial de excelente agua de la cual pudieron abastecerse nuestros viajeros sin salir de la embarcacion.

No obstante, esta isla de los Angeles estaba habitada por hombres muy poco angélicos. Al punto que fué vista la embarcacion apareció un gran número de indígenas armados de flechas, dando gritos salvajes y en actitud amenazadora. En vano se procuró ganarlos por medio de demostraciones de amistad y ofreciéndoles algunos obsequios, por lo que fué preciso estar alerta, ó mejor dicho, resolverse á cargar sobre aquellos inesperados enemigos. Por fortuna se sabia que eran mas arrogantes que valientes. Cinco soldados y treinta indígenas fueron destinados á perseguirlos, y no fué necesario mas para dispersarlos pues huyeron en completo desorden, dejando abandonadas sus mujeres é hijos que se refugiaron en las cavernas. Estas últimas fueron tratadas con la mayor humanidad, lo que no impidió que ellas á su vez huyesen dejando á sus hijos á merced de los vencedores, quienes tuvieron cuidado de ellos así como de las pocas mujeres que habian permanecido allí y los tranquilizaron asegurándoles su amistad.

Preguntadas aquellas mujeres acerca de los designios de los indígenas, dieron á conocer la causa del ataque que tuvo lugar.—Los padres de muchas de ellas, jefes de los rebeldes del Norte, profesaban grande odio á todo extranjero que abordaba á sus playas.—Las mujeres de esta tribu, extremadamente pobre, se presen-

taban en un estado repugnante de desnudez, sí bien por un sentimiento de pudor de que la naturaleza humana no llega á despojarse enteramente usan siempre de una ligera cubierta, y aun es tal ese sentimiento entre ellas que apenas una madre acaba de dar á luz á su hija se apresura á revestirla, si así puede decirse, de aquel simbolo sagrado de modestia. ¡Ah! ¿por qué en nuestra tierra católica y en el mas alto grado de civilizacion, una vanidad mal entendida hace olvidar esta virtud tan natural y tan atractiva al mismo tiempo como es el pudor?

El 11 de Junio se permitió á las indígenas retirarse llevando consigo sus hijos y los efectos de su propiedad; luego que se vieron libres, imitando á sus compañeras huyeron dejando abandonados á sus hijos y bagajes. Fueron algunos en su seguimiento, y alcanzándolas, lograron persuadirlas á que se volviesen. El padre Consag se esforzó por tranquilizarlas acerca de las intenciones de los cristianos: “Decid á vuestros maridos que vengan sin temor. Si les hemos perseguido es porque ellos nos atacaron y para hacerles comprender que no les tememos. Si fuésemos enemigos vuestros os hubiéramos muerto, así como tambien á vuestros hijos. Tranquilizaos, pues; somos cristianos y á nadie hacemos la guerra. Queremos, por el contrario, establecer la paz y la buena inteligencia entre los hombres; amamos á los indígenas.”

Este lenguaje tranquilizó á las mujeres; recogieron, pues, á sus hijos, y tomando sus efectos

partieron á unirse con sus compatriotas. En el resto del día se percibió á lo lejos un espía á quien se trató de dar alcance aunque no se logró.—Una mujer que andaba por aquellos parajes dió noticia á los de la comitiva de un nuevo manantial de agua potable; acudieron á él y á poco se presentaron algunos indígenas del Norte, persuadidos tal vez por sus mujeres, con el fin de apagar su sed en el mismo manantial del cual quedaban posesionados los cristianos.

Unos cuantos soldados se dirigieron á reconocer hacia el Mediodía, pero después de la puesta del sol se levantó un viento tan fuerte que derribó la tienda en que se decía misa y empujó á una de las canoas, á pesar de las anclas, hasta la entrada de la bahía de los Angeles. El 22 se continuó el viaje á lo largo de la costa, en la cual aparecieron algunos indígenas armados de flechas y arcos, pero huyeron á toda prisa luego que percibieron intención de perseguirlos. El 23 se dobló el Cabo de los Angeles. El 24 hubo necesidad de detenerse á causa del viento, y se trató de hacer un reconocimiento en tierra de las montañas. Se descubrió la isla del Angel de Guarda que está separada de la costa por un canal en que abundan las ballenas. Los viajeros se contentaron con pescar perlas.

El 25 se emprendió de nuevo el camino no sin obstáculo, pues la embarcacion sufrió alguna averia. Se destacó una pequeña canoa con el fin de reconocer una aguada; al ver esta operacion aparecieron algunos indígenas armados

dando gritos y gesticulando de una manera salvaje segun su costumbre; mas apenas vieron desembarcar la pequeña tropa, huyeron en desórden, como siempre, y aunque se les llamaba y hacia señal de que se acercasen sin temor, no hicieron caso ninguno.

El 26 se buscó otra aguada. Por fin se descubrió un estanque cuya existencia se habia ya sospechado al notar primero un ribazo cubierto de arena blanca y que terminaba en una pequeña altura de color rojizo. Este paraje fué dedicado á los santos Juan y Pablo cuya fiesta caia en aquel día. El 27 se continuó el viaje á lo largo de la costa, volviendo á aparecer de nuevo los indígenas en actitud de provocar á combate. Uno de ellos, en extremo ágil, quiso dar por medio de sus brincos alta idea de sí mismo; de repente se deslizó desde lo alto de la roca desapareciendo en el precipicio, se le creia muerto y horriblemente despedazado, cuando con gran sorpresa de los viajeros se le vió volver á subir, si bien con alguna menos agilidad, y tendiendo la mano á sus compatriotas para que le ayudasen. Este accidente desconcertó á los indígenas que se retiraron avergonzados.

Como á medio día se descubrió una bahía rodeada de montañas que parecian ocultar en su seno ricas minas de oro; mas no siendo esto lo que buscaban los misioneros se volvieron á sus canoas.

Y no puede menos de hacerse aquí compacion, una vez mas, entre aquellos buscadores de almas, aquellos civilizadores critianos y los

misioneros de nueva especie que se precipitan hoy á las mismas regiones para recoger oro. En los unos admiramos corazones amantes llenos de abnegacion y de humildad, generosos, desinteresados, que rebosan de virtud, hombres desprovistos casi siempre de recursos humanos. En los otros solo vemos por lo comun aventureros de todas lenguas y naciones, gente perdida en su honor y en sus costumbres, que procríticos tal vez en su país van á buscar en lejanas tierras medios de hacer fortuna y de adquirir poder, no por poco interés sino únicamente por el de su frio egoismo y su ardiente avaricia. Ellos tambien se unen entre sí para obtener con mas seguridad la conquista que meditan; se les podria considerar casi como aliados, como hermanos que confunden sus pensamientos y sus esperanzas; les vereis abrazarse, estrecharse las manos durante la travesía. ¡Hermoso y tierno espectáculo! apenas desembarcados emprenden juntos el trabajo; la union reina todavía. Pero hé aquí que de repente aparece un filon, una veta, encontrados por alguno de los hermanos, por un amigo, mientras que los otros nada han descubierto aun; al momento se rompe la paz y no se ve en su lugar mas que celos por una parte, desconfianza por la otra; cada uno se aísla, se oculta de los demás, no se ve mas que enemistad, traicion, atentados á la vida. Y no es esta por cierto una exageracion de nuestra parte, abundan irrecusables testimonios que lo acreditan.

El 28, como á la caída de la tarde un fuerte

viento de la montaña rompió uno de los palos de la embarcacion, que, al caer, hirió á uno de los marineros, faltando poco para que matase á otros dos. Al siguiente día de san Pedro y san Pablo el tiempo calmó y en él se descubrió una bahía á que se dió el nombre de los dos apóstoles. Se navegó á remos doblando el Cabo Blanco y se penetró en la nueva bahía en la que habia multitud de isletas. El padre Consag ha hecho una minuciosa descripcion de ella.

El 30, antes del amanecer, se observó una luz en la costa, de cuya circunstancia dedujeron que habria allí una aguada, por lo que desembarcaron algunos y volvieron con un anciano que llevaba como un cántaro ó vasija de barro de exquisito trabajo, y tal cual no se habia visto ni entre los indígenas del Norte ni entre los cristianos que habitaban en la misma comarca.

Era ya bastante tarde cuando se saltó á tierra. Nuestros viajeros se encontraron con una multitud de indígenas de apariencias hostiles y gesto feroz. El padre Consag escapó con dificultad de una flecha que le dirigió uno de aquellos salvajes. Se les trató no obstante con dulzura; se les ofrecieron víveres y algunas bagatelas que reciben siempre con sumo placer y avidéz. Por su parte correspondieron el obsequio presentando á los viajeros plumas en señal de amistad; amistad hipócrita, pues no tardó en percibirse que abrigaban miras de atacar. Armaron en efecto sus flechas, y al ver esta inequívoca muestra de malevolencia, los nuestros

bajaron de la altura en que se hallaban con el fin de refugiarse en la llanura en donde, por otra parte, era menos insoportable el calor. Un niño cristiano que iba en la comitiva comenzó á remedar y á reirse de los gestos de los indígenas, lo cual pareció enojarlos mas hasta el extremo que uno de ellos desafió á los exploradores á nombre de los demás; los nuestros aceptaron el desafío, y se desprendieron al momento seis hombres con veintiseis flecheros indígenas. Estos últimos se lanzaron como un rayo sobre la altura en que el enemigo aguardaba; uno de ellos, que llegó el primero hasta la cúspide, quitó su flecha al primer indígena que se le opuso, y la hizo pedazos en el momento; este suceso, por insignificante que sea, bastó para aterrorizar á aquella gente sin disciplina ni valor real. Emprendieron, pues, la fuga, pero uno de sus grupos se vió forzado á batirse con una pequeña porción de los nuestros, resultando el que se les hiciesen varios prisioneros. Dos soldados cristianos, llevados de un arrojo imprudente, no se retiraron á tiempo y fueron hechos cautivos. Sus compañeros trataron de libertarlos, y cuando entuvieron cerca los dos soldados comenzaron á hacer gran ruido como si estuvieran al frente de mucha tropa, todo con el fin de imponer á los salvajes que se presentaron de nuevo. La estratagema surtió buen efecto; los indígenas, colocados en línea de batalla, al oír el mando de los dos soldados, pensaron que tenian que habérselas con tropa bien acondicionada; huyeron, pues, abandonando á

sus mujeres é hijos así como tambien sus provisiones.

Esta victoria obtenida sin combatir era por cierto una buena fortuna de que la religion se aprovechó desde luego; se trató á todos los prisioneros con una benevolencia tal, que disipó sus malas prevenciones. “En ese paraje, dice el padre Consag, se encontró el primer perro que hasta entonces se viera en la California.

Al siguiente dia se dió libertad á los prisioneros después de hacerseles las recomendaciones convenientes; solamente se retuvieron dos á fin de que ayudasen á buscar la aguada. Durante todo ese dia se encontraron algunas partidas de montañeses que sin duda, para distraer á los europeos é impedir que les siguiesen, les indicaban desde lejos el lugar de la aguada dando al mismo tiempo agudos gritos. El padre describe los abordes de la aguada que se llamó de San Estanislao. “Es fácil conocerla, dice, por la roca rojiza cerca de la cadena de montañas, y tambien por algunos trozos menores del mismo color en la parte baja de la costa.”

El 2 de Julio entraron los viajeros en la bahía de la Visitacion. Los indígenas de aquellos parajes son tan feroces como los otros. Las perlas abundan allí mas que en otros puntos. Lo esencial en estas excursiones era descubrir aguadas, lo cual no podia obtenerse sin las indicaciones de los naturales del país.

Al siguiente dia muy temprano se presentaron algunas familias de indígenas que dieron noticias muy útiles sobre el punto donde debia

buscarse el agua. Las mujeres allí no han conservado ni aun el ligero símbolo de pudor que dijimos usan las de otras comarcas.

El 3 nada ocurrió digno de mencionarse; el 4 se dobló el Cabo de la Visitación; el 5 se navegó á remo por causa de los vientos contrarios; se vieron sobre las costas algunas manadas de cabras salvajes y de ovejas californias de que intentaron apoderarse algunos marineros. Los indígenas les señalaron una aguada y se retiraron precipitadamente. El agua de este manantial era caliente y sulfurosa.

Se encontraron en ese día nuevas familias de indígenas, á las que el padre Consag persuadió de que los cristianos no eran sus enemigos.

Partiendo de aquel lugar no se vuelven á encontrar ya aquellos lechos de perlas tan abundantes.

No podemos menos de hacer aquí una observación: si los jesuitas hubiesen sido tan codiciosos como sus enemigos los pintan constantemente, ¿sería creíble que hubiesen siempre desdeñado el recoger los tesoros en que abunda aquella tierra y de que no hablan sino como de cosas vulgares y de mera curiosidad? ¿Puede comprenderse como es que pisando aquellas rocas de donde el oro se extrae ahora á manos llenas, ellos no hubiesen escarbado siquiera un poco para tomar su parte? No, no; otros eran los tesoros que buscaban á través de tantos peligros. Sus perlas eran todas aquellas pobres almas á quienes era necesario extraer, por decirlo así, de la tenebrosa concha que las encier-

raba. Su oro era la salud de aquellas tribus remontadas en las selvas de la ignorancia, y á quienes la caridad evangélica y la civilización cristiana buscaban con ardor sobre las antiguas rocas que las ocultaban hacia tantos siglos.

El 6 se observaron diversos detalles de topografía, pero hubo dificultad para encontrar agua; el 7 y el 8 el tiempo fué tempestuoso, y una de las canoas varó en uno de los bancos de arena de San Fermin. El 9 se encontraron otros bancos de arena peligrosos, aguas malas é insalubres. A consecuencia de su uso se enfermaron algunos marineros. En ese día se vieron otra vez las manadas de cabras y ovejas á que pudo darse caza; el 10 se navegó tranquilamente á la vista de San Felipe y de la embocadura del Rio Colorado; al medio día se desembarcó en una costa estéril. El 11 se abordó en unas lagunas ó pantanos de apariencia mal sana; se ancló en frente de una isla que parecía ofrecer un abrigo seguro, pero se observó que el agua que la rodeaba, muy diferente de la ordinaria del mar, produjo un efecto funesto ocasionando enfermedades cutáneas. Muchos se sintieron atacados de escorbuto. El 12 y el 13 las embarcaciones sufrieron averías. Del 14 al 18 ocurrieron nuevas tribulaciones y hubo necesidad de nuevos esfuerzos de valor y perseverancia. El 18 se arribó por fin á la embocadura del Rio Colorado; el desembarco se hizo en la isla triangular que divide el rio en dos brazos. En ese paraje hay mucho riesgo, pues que siendo ambas corrientes muy rápidas, la una de ellas hace retro-

ceder el agua con espantosa violencia en tanto que la otra se precipita con no menor rapidez; así fué que los viajeros tuvieron que sacrificar una parte de la carga para salvar sus vidas.

Las canoas llegaron á la costa de la California. Durante la noche brillaron algunos fuegos, pero al siguiente dia ningun indigena se presentó á la vista. El 19 se continuó el reconocimiento en aquella costa. Hubo necesidad de remolcar las canoas á causa de la rapidez de las corrientes. A una de ellas le faltó el cordaje, por lo que tomó otra direccion; mas esta casualidad dió lugar á que se descubriesen tres islas, en una de las cuales se encontró una especie de máquina destinada á servir de molino, pues se observó en ella un grano semejante al anís que los habitantes dejaron á medio moler. Durante la bajamar, las canoas habían quedado en seco en uno de los brazos del rio; mas en el alta mar, una de ellas, un poco distante de las demás, se fué á pique.

Después que se salvó la tripulacion, las tres canoas restantes maniobraron el 21 en busca de los efectos y provisiones que habian caido al mar. El 22 se caminó á la descubierta en direccion á Causal y Saucedá; el 23 y el 24 continuaron su marcha, pero se vieron obligados á retroceder á causa del fuerte viento y de las corrientes. Se pudo observar que el rio circunda las montañas por el lado de la California. El 25 se reconoció el golfo de California hasta su extremidad; se descubrieron por último algunos puertos.

En aquel punto dió el padre Consag sabios y muy saludables consejos á los pescadores de perlas. "Si no os reunís en buen número, les dijo, y os armáis bien, correis peligro de perecer á manos de los salvajes, porque si bien el bautismo les hace sinceros, sociables y humanos, no es menos cierto que antes de recibir esta gracia son traidores, ambiciosos y crueles, y mas todavía con los extraños que con los enemigos de su propia nacionalidad. Si sois mas fuertes que los indigenas, guardaos de maltratarles ni de tomarles cosa alguna con violencia, ni de quitarles sus hijos, y sobre todo, no les robeis sus mujeres, porque en esta tierra, lo mismo que en cualquiera otra, este es el mayor ultraje que puede hacerse á un hombre. Pescadores, concluye el padre, conducios como buenos cristianos y mostrad vuestro celo por el honor del nombre español; procurad que ninguno de vosotros pueda ser acusado con razon de cobarde. Por desgracia, el año pasado algunos de vosotros han manchado vergonzosamente aquel nombre glorioso; estando en San Rafael habeis dejado asesinar á dos buzos sin osar defenderlos. El indigena se alienta con la impunidad y muestra valor con los cobardes."

Grato es oír estas palabras generosas de boca de un sacerdote religioso. Aquel corazon castellano ardía en amor de la patria no menos que en el de la religion; se indignaba al solo pensamiento de que un español pudiera mancharse con el crimen de cobardia.

Es digno, en fin, de observarse, que el mi-

sionero, indiferente al provecho material que pudiera ofrecerle la pesca de perlas, no lo es á la prosperidad y buen éxito de las empresas que tienen por objeto enriquecer al estado ó á los particulares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 ALERE FLAMMAM
 VERITATIS

CAPITULO XXVII.

CONCLUSION.

Al terminar el análisis de la relacion del padre Consag, ocurre aun otra reflexion. En general los viajeros gustan, si no de exagerar, si por lo menos de encarecer las dificultades y peligros que han tenido que vencer, los admirables expedientes de que se han servido en circunstancias críticas.

No sucede lo mismo en esta relacion; el padre refiere los hechos y nada mas; actor principal en esta peligrosa expedicion, es muy raro que hable de sí mismo y menos que se ponga en escena. Así es como los evangelistas refieren en sencillo estilo los mas admirables acontecimientos.

En el año 107 de Jesucristo, san Ignacio de Antioquía, cargado de cadenas y proximo á ser entregado á las fieras, temeroso de que su mar-

tirio no fuese tan pronto y cruel como deseaba, exclamó: "Amigos míos, mirad que vuestra caridad no me sea funesta; la ocaion es muy propicia para llegar hasta Dios, y es consolador para un obispo de Siria haber venido á encontrar la muerte en esta region del Occidente. Víctima soy por Dios; pero para ser pan digno de él es necesario que antes sea triturado por los dientes de las fieras. Los atletas de Jesucristo no triunfan sino después de ser hechos pedazos; mi vida es el oprobio de la cruz; pero la cruz, objeto de escándalo para el impío, es para nosotros la verdadera vida y salvacion."

De este modo hablaba el gran mártir de Antioquía. En esta especie de testamento, ¿no es verdad que su ardiente aspiracion de tormentos y de inmolacion parece haber inspirado la magnánima determinacion de aquel héroe del amor crucificado, que catorce siglos mas tarde, bajo el patrocinio de este nombre y de este ejemplo pedía para sí y para sus hijos el privilegio de los males, de las persecuciones, de un martirio permanente y siempre fecundo?—En efecto, por do quiera esta orden que, lo mismo que la de san Benito, ha sido eminente por la ciencia no menos que la de santo Domingo lo ha sido por la predicacion, y por último, lo mismo que la de san Francisco lo ha sido por la caridad y servicio de los pobres, esta orden se distingue de las otras por un carácter especial y peculiar suyo, cual es el de llevar marcados en la frente, digámoslo así, el signo de los combates y la impresion de las contradicciones. Las páginas

sionero, indiferente al provecho material que pudiera ofrecerle la pesca de perlas, no lo es á la prosperidad y buen éxito de las empresas que tienen por objeto enriquecer al estado ó á los particulares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 ALERE FLAMMAM
 VERITATIS

CAPITULO XXVII.

CONCLUSION.

Al terminar el análisis de la relacion del padre Consag, ocurre aun otra reflexion. En general los viajeros gustan, si no de exagerar, sí por lo menos de encarecer las dificultades y peligros que han tenido que vencer, los admirables expedientes de que se han servido en circunstancias críticas.

No sucede lo mismo en esta relacion; el padre refiere los hechos y nada mas; actor principal en esta peligrosa expedicion, es muy raro que hable de sí mismo y menos que se ponga en escena. Así es como los evangelistas refieren en sencillo estilo los mas admirables acontecimientos.

En el año 107 de Jesucristo, san Ignacio de Antioquía, cargado de cadenas y proximo á ser entregado á las fieras, temeroso de que su mar-

tirio no fuese tan pronto y cruel como deseaba, exclamó: "Amigos míos, mirad que vuestra caridad no me sea funesta; la ocaion es muy propicia para llegar hasta Dios, y es consolador para un obispo de Siria haber venido á encontrar la muerte en esta region del Occidente. Víctima soy por Dios; pero para ser pan digno de él es necesario que antes sea triturado por los dientes de las fieras. Los atletas de Jesucristo no triunfan sino después de ser hechos pedazos; mi vida es el oprobio de la cruz; pero la cruz, objeto de escándalo para el impío, es para nosotros la verdadera vida y salvacion."

De este modo hablaba el gran mártir de Antioquía. En esta especie de testamento, ¿no es verdad que su ardiente aspiracion de tormentos y de inmolacion parece haber inspirado la magnánima determinacion de aquel héroe del amor crucificado, que catorce siglos mas tarde, bajo el patrocinio de este nombre y de este ejemplo pedía para sí y para sus hijos el privilegio de los males, de las persecuciones, de un martirio permanente y siempre fecundo?—En efecto, por do quiera esta orden que, lo mismo que la de san Benito, ha sido eminente por la ciencia no menos que la de santo Domingo lo ha sido por la predicacion, y por último, lo mismo que la de san Francisco lo ha sido por la caridad y servicio de los pobres, esta orden se distingue de las otras por un carácter especial y peculiar suyo, cual es el de llevar marcados en la frente, digámoslo así, el signo de los combates y la impresion de las contradicciones. Las páginas

que hemos trazado no son mas que un capítulo de esa historia de trabajos, en cierto modo guerreros, de luchas contra todos los poderes malignos de la naturaleza y de los hombres.

Un clima expuesto á toda clase de tormentas y huracanes, un suelo árido, sin agua, "deserta, invia et inaquosa," abismos sin fondo, penuria incesante de viveres producida en parte por la esterilidad del terreno y en parte tambien por la gran dificultad de los arribos; enfermedades causadas por la mala alimentacion y la insalubridad de aquellos parajes, y, además de todo esto, los indígenas mas inconstantes, mas salvajes, mas monstruosos que aquella tierra tan salvaje y aquel clima tan rigoroso en que vivian; y como si no fuesen bastantes todas estas penalidades y tan gran número de obstáculos, se tenía empeño en suscitarles otros en el seno de la madre patria, entre los auxiliares civiles y militares; ya eran las prevenções celosas, ó ya una codicia criminal ó el orgullo resentido, que se vengaba de sus derrotas y desengaños. La calumnia era el arma favorita de que se servian las pasiones; así, la religiosidad del monarca era engañada casi siempre, y sus generosas intenciones desconocidas y traicionadas. ¡Pero la causa santa de la civilizacion cristiana venció al fin, y á pesar de tantos obstáculos, de tantas trabas y de tantos enemigos ostensibles y secretos, ella proseguia su marcha triunfante!

Las primeras misiones de la Antigua California fueron creadas por los jesuitas en 1698,

bajo la direccion de estos padres, los salvajes abandonaron la vida nómade. En medio de áridas rocas, de malezas y de breñales, cultivaron algunos terrenos pequeños, edificaron casas, erigieron iglesias; pero se dió entonces un decreto despótico, tan injusto como impolitico, que vino á destruir en todos los puntos de la América española aquella útil y gloriosa Compañía. El gobernador D. Gaspar de Partolá, enviado á California para ejecutar este decreto, creyó encontrar allí grandes tesoros y diez mil indígenas armados para defender á los jesuitas; pero con no poca admiracion vió que salian humildemente á recibirle sacerdotes venerables por sus canas. A este espectáculo no pudo menos de derramar lágrimas y lamentar el fatal error de su soberano, y en cuanto pudo trató de suavizar la ejecucion de sus órdenes. Los jesuitas fueron acompañados al partir de todos sus neófitos hasta el lugar del embarque, en medio de sollozos y gritos de dolor (1).

Los franciscanos les sucedieron inmediata-

(1) Se hicieron á la vela, en número de quince jesuitas y un hermano, el 3 de Febrero de 1768, con direccion al puerto de San Blas, poco distante del de Matanchel, y de allí hicieron un viaje de mas de 200 leguas por tierra hasta Veracruz en donde volvieron á embarcarse para Europa.—Quince sacerdotes y un hermano salieron de la California, y quince sacerdotes y un hermano murieron en ella.—Clavijero, "Historia de la Antigua ó Baja California," párrafo XX.—(Nota del traductor).

mente en la antigua California y extendieron en 1769 sus conquistas pacíficas hasta la Nueva ó Alta California (1). Mas tarde obtuvieron los dominicos el gobierno de las misiones de la primera de estas provincias, y no han sido acertados en su direccion. Los franciscanos, por

(1) Geog. de Malte-Brun, libro V, pág. 492.

Extinguida la Compañía de Jesús en la Nueva España el 25 de Julio de 1767, fueron encomendadas por el virey, marqués de Croix, á este colegio, las misiones que los padres jesuitas administraban en la Baja California. Con este objeto salieron de México diez y seis religiosos el 12 de Marzo del citado año, habiendo sido electo para su presidente el B. P. Fr. Junípero Serra, y recibidos que fueron de las misiones, quedaron unos encargados de ellas, y otros se dirigieron á la Alta California para dar principio á nuevas fundaciones, en lo que manifestaron infatigable celo, continuando en estos trabajos apostólicos hasta el año de 1833 en que, por disposicion del gobierno, fueron secularizadas estas misiones.

En estas conquistas espirituales sucumbieron cincuenta y un religiosos, habiendo dado principio á la gloriosa carrera del martirio el padre Fr. Luis Jaime, muerto por los indios á pedradas y flechazos el 4 de Octubre de 1766: su sangre no solo sirvió para fecundizar aquellos terrenos propagando en ellos prodigiosamente la semilla de la fe, sino para infundir fortaleza y confianza á los religiosos sus compañeros de mision que fueron tambien víctimas, aunque de una muerte lenta, quizá mas penosa, porque todos terminaron sus dias en fuerza de las privaciones, desnudez, hambre y padecimientos de todo género, recibidos con la mayor conformidad por amor de Dios y del prójimo.

el contrario, son las delicias de los indígenas. Sus modestas habitaciones ofrecen un aspecto muy pintoresco, y aunque situadas en gran parte en lo mas interior del país, lejos de los presidios militares, tienen por salvaguardia el amor y respeto de aquellos pueblos.

Este testimonio no es de un jesuita, ni de un ultramontano, ni aun de un católico; es la expresion de los sentimientos de la conviccion de un hombre nacido y muerto en el protestantismo; grande escritor, geógrafo ilustre entre los mas notables, pensador profundo y filósofo razonador, en una palabra, Malte-Brun.

Parece que los buscadores de oro, los peregrinos de la codicia, se hallan tambien animados de gran furor y entusiasmo. Reina grande emulacion sobre quien recogerá los mayores trozos de aquel polvo deslumbrador, sobre quien ocultará mejor, al acercarse la noche, su cosecha del dia. Cada uno desconfía del ojo investigador de su vecino, y mas de una sangrienta riña y de un atentado contra la vida humana vienen á turbar, con frecuencia, aquellas avaras conquistas (1).

(1) No parece sino que todos los desterrados de Frascabi, de los números 36 y 113 del palacio real y de los establecimientos análogos de Londres, de Berlin y de Viena, se han dado cita en esta tierra prometida de los jugadores. Apenas se presenta una casa por alquilar cuando se apoderan de ella los tahures á toda costa y establecen allí inmediatamente la partida con su acostumbrado séquito de ruletas. Se cuentan actualmente en San Francisco mas de cien estableci-

¡Almas de los Salvatierra, de los Ugarte, de los Knio, que os posais aun en esta tierra regada con vuestros sudores y vuestra sangre, fecundada por vuestros trabajos, iluminada por vuestras predicaciones (1)! Edificada con vuestras virtudes, ¿no obtendreis del Supremo distribuidor de la gracia una nueva para esta California abandonada ahora al demonio de las riquezas? Y puesto que Dios ha hecho abundar el oro en las entrañas de aquella tierra, que se digne hacer por lo menos que ese instrumento de iniquidad se convierta en instrumento de salvacion. ¡La raza de Salvatierra, Señor, no se ha extinguido; que vuestro espíritu sople, y bien pronto el Oceano verá á estos apóstoles de paz y de amor vogar, á la sombra de la Cruz, hácia

mientos de esta clase á que concurre cada dia, en masa compacta, una multitud de vagabundos sandwicks, mulatos, chinos, malayos y aventureros de todas las naciones, gente perdida en sumo grado. Todas las poblaciones del globo han derramado, por decirlo así, una porcion de su podredumbre en esta cloaca de la humanidad. [Patricio Dillon, "La California en 1849." —Revista de Ambos Mundos.]

(1) La mas leve injuria, un simple rozamiento bastan para que se conteste en el acto con una puñalada ó un pistoletazo. "¡Silencio ahí! gritan los jugadores cuando se dispara una pistola en la sala. ¡Hacedis mucho ruido, condenados!" "Os pasaré de parte á parte," gritan en otro punto. "Que el diablo me lleve si no lo hago."—Patricio Dillon, "La California en 1849."—Revista de ambos mundos.

esa tierra desconocida, hácia esas playas benditas! Los hijos de los salvajes del último siglo rebosarán de júbilo al ver arribar aquellas túnicas negras cuyo recuerdo vive siempre entre ellos. Y después de haber temblado y sufrido mucho, sin duda, ante esos amos codiciosos y crueles que hoy los dominan, recibirán consuelo, gozo y proteccion de los misioneros católicos. Las piedras se cambiarán entonces en panes, el desórden y la confusion serán reemplazados por aquella organizacion sabia, regular y hábil que es como el genio ó carácter especial de la Compañía de Jesús. Entonces tambien los hombres, atraidos por el amor del oro que divide y destruye, se sentirán animados de otro amor, el amor que une y que edifica. (1)

En otro tiempo los reyes y los gobiernos se ocupaban en enviar misiones á aquellas lejanas tierras; hoy, ¡triste es decirlo! los reyes estan privados, casi en todas partes, del derecho de hacer el bien, y los gobiernos bastante tienen que hacer en el cuidado de su propia conservacion. No es, pues, la caridad pública la que

(1) ¡Loado sea Dios! Este voto comienza á ser oido; los jesuitas expulsados, segun queda referido, por el rey católico, han sido llamados hace poco á la California por la república protestante de los Estados-Unidos, juntamente con los padres franciscanos que tienen el mérito de haber mantenido el fuego sagrado de la fe que los hijos de san Ignacio habian encendido allí. Hoy, bajo la proteccion celestial de aquellos dos grandes nombres, la religion recobrará sus divinos derechos y ejercerá su saludable imperio.

está llamada á hacer milagros, es la caridad privada. Mucho es por cierto lo que hay que hacer entre nosotros mismos; las miserias morales y materiales parecen nublar cada dia mas y mas nuestro horizonte. Pero lejos de resfriarnos por este interés de conservacion personal, ensanchemos nuestra expansiva caridad extendiéndola á las necesidades de hermanos mas desgraciados que nosotros. En el seno de la Holanda protestante se ha formado una asociacion de oraciones en favor de la Francia tan desgraciada y probada en nuestros dias. ¡Que este tierno ejemplo no sea perdido para los franceses! Procuremos aun, en el abismo de nuestras desgracias, tender una mano caritativa. A la limosna de la oracion añadamos, hasta donde nuestra posibilidad alcance y segun la medida de nuestro amor, la limosna de la palabra divina y de los socorros evangélicos. Tal ha sido nuestro pensamiento al escribir estas paginas incompletas, en las cuales hemos intentado hacer revivir los santos del pasado, á fin de suscitar á sus imitadores, que no faltan y auxiliares que tampoco faltarán.

FIN.

APÉNDICE.

Parécenos oportuno insertar el acta de ereccion del hospicio de Nuestra Señora de los Dolores, fundado en California por los misioneros del Colegio apostólico de san Fernando de México.

“En esta Ciudad, Puerto de Santa Bárbara de la Alta California diócesis de Monterey, el domingo veinte y tres de Julio del año del Señor de mil ochocientos cincuenta y cuatro, estando reunidos en la casa destinada para Colegio apostólico de misioneros de la Regular Observancia de Nuestro Señor Padre San Francisco, el M. R. P. Fr. José María de Jesús Gonzalez Rubio, vicario general de la diócesis; el M. R. P. Fr. José Joaquin Jimeno, comisario presidente de las misiones; el R. P. Fr. Antonio Jimeno, el R. P. Fr. Francisco de Jesús Sanchez; y el honrado síndico Don José de la Guerra y Noriega, con otros muchos señores; y ya reunida tambien la mayor parte de la poblacion en el oratorio público, que supletoriamente mientras acaba

está llamada á hacer milagros, es la caridad privada. Mucho es por cierto lo que hay que hacer entre nosotros mismos; las miserias morales y materiales parecen nublar cada dia mas y mas nuestro horizonte. Pero lejos de resfriarnos por este interés de conservacion personal, ensanchemos nuestra expansiva caridad extendiéndola á las necesidades de hermanos mas desgraciados que nosotros. En el seno de la Holanda protestante se ha formado una asociacion de oraciones en favor de la Francia tan desgraciada y probada en nuestros dias. ¡Que este tierno ejemplo no sea perdido para los franceses! Procuremos aun, en el abismo de nuestras desgracias, tender una mano caritativa. A la limosna de la oracion añadamos, hasta donde nuestra posibilidad alcance y segun la medida de nuestro amor, la limosna de la palabra divina y de los socorros evangélicos. Tal ha sido nuestro pensamiento al escribir estas paginas incompletas, en las cuales hemos intentado hacer revivir los santos del pasado, á fin de suscitar á sus imitadores, que no faltan y auxiliares que tampoco faltarán.

FIN.

APÉNDICE.

Parécenos oportuno insertar el acta de ereccion del hospicio de Nuestra Señora de los Dolores, fundado en California por los misioneros del Colegio apostólico de san Fernando de México.

“En esta Ciudad, Puerto de Santa Bárbara de la Alta California diócesis de Monterey, el domingo veinte y tres de Julio del año del Señor de mil ochocientos cincuenta y cuatro, estando reunidos en la casa destinada para Colegio apostólico de misioneros de la Regular Observancia de Nuestro Señor Padre San Francisco, el M. R. P. Fr. José María de Jesús Gonzalez Rubio, vicario general de la diócesis; el M. R. P. Fr. José Joaquin Jimeno, comisario presidente de las misiones; el R. P. Fr. Antonio Jimeno, el R. P. Fr. Francisco de Jesús Sanchez; y el honrado síndico Don José de la Guerra y Noriega, con otros muchos señores; y ya reunida tambien la mayor parte de la poblacion en el oratorio público, que supletoriamente mientras acaba

de fabricarse la iglesia se ha erigido en la parte principal de dicha casa, y que para la solemnidad del acto se adornó lo mejor posible á las nueve de la mañana del citado dia, se dió principio á la misa que cantó el M. R. P. vicario general, oficiándole el R. P. comisario prefecto con el R. P. Sanchez; y concluido el Evangelio se dió lectura á las letras apostólicas de N. S. P. el Sr. Pio IX, dadas á 29 de Febrero de 1852; las de N. Rmo. P. general Fr. N. N. expedidas en el convento de Arachi el dia 1.º de Abril de 1852, y la licencia y acta de la ereccion de este hospicio, fecha 7 de Enero de 1853, con la concurrencia, personas y autorizacion del entonces actual diocesano, y hoy arzobispo de San Francisco, el Ilmo. Sr. D. Fr. José Sadoc Alemany Conill, y del M. R. P. guardian del Colegio apostólico de San Fernando de México Fr. Jesús Orruño; lo cual hecho, pronunció el R. P. Fr. Francisco de Jesús Sanchez un discurso análogo á la solemnidad, y finalizada la misa, se dió por solemnemente erigido el nuevo Colegio apostólico de Nuestra Señora de los Dolores, en virtud de la licencia del diocesano, de las letras antes citadas, y los vivos deseos del Ilmo. Sr. Alemany y demás del clero y pueblo que ansiaba dicha fundacion, reconociendo la comunidad por su presidente INCAPITE al R. P. Fr. Joaquin Jimeno, según lo dispuesto por el Rmo. P. ministro general. En la tarde del citado dia, mes y año, reunidos después de tres repiques solemnes, todas las personas antes dichas y un gran concurso del pueblo, se dió

principio á las cinco de la tarde al rosario de la Santísima Virgen María en esta nueva capilla, después de lo cual, en la forma que nuestras constituciones previenen y después de la fervorosa plática análoga á tan edificante acto, pronunciada por el M. R. P. presidente, se dió el hábito de nuestro padre san Francisco á D. José Godayol, D. Francisco Codina, D. José Alcina, y la túnica de conversos á D. Jerónimo López y á D. José Hermenegildo Salgado, lo cual concluido, se dió por solemne y legalmente abierto el noviciado de este Seminario apostólico de Nuestra Señora de los Dolores con edificacion y alegría de los concurrentes y en medio de los repiques, descargas de cañon y fusilería y otras festivas demostraciones. Y para que todo lo dicho haya siempre un fiel memorial y constancia, de orden del M. R. P. presidente INCAPITE, Fr. José Jimenez, yo el infrascrito secretario, extendí la presente acta, la que firmaron las personas antes dichas, de lo que doy fe, y tambien firmé yo en esta de Santa Bárbara, el mismo dia, mes y año ut supra.—Fr. José J. Jimenez.—Fr. Francisco de Jesús Sanchez, pro secretario.—Un sello.”



INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Capítulos.	Páginas.
Capítulo I.—Consideraciones generales. —En otro tiempo no era la sed de riquezas la que atraía á los viajeros hacia las tierras mas distantes.—Afición de Bernardino de Saint-Pierre á las “Cartas edificantes.”—Salvaje codicia de los buscadores de oro.—Hay otra cosa mejor que el oro en la historia de California	4
Capítulo II.—Descripción del país.—Extrañeza de su aspecto.—Misión de Loreto.—Santiago, Santa Rosa y San José.—Aves del país.—A los jesuitas se debe todo cuanto se sabe acerca de la California.	10
Capítulo III.—Historia del descubrimiento.—Jimenez, Hernan Cortés.—Primeras predicaciones del Evangelio.—Diversas tentativas de conquista.—Viz-	

Capítulos.	Páginas.
caíno, Bastian, Ortega.—El padre Jacinto Cortés primer misionero regular.—Saludable influencia del marqués de Villena.—Los jesuitas rehabilitan el nombre español entre los indígenas.—Construcción de oratorios, correrías, acontecimientos diversos.—Esfuerzos de los jesuitas para ponerse en relación con los pobres salvajes.	16
Capítulo IV.—Salvatierra; su carácter, su perseverancia, su encuentro con el padre Knio; consideraciones sobre las costumbres y creencias de los californios.	32
Capítulo V.—Los cochimíes; su decálogo.—Carácter de los californios; sus fiestas.	40
Capítulo VI.—Sus matrimonios.—Habitaciones, trajes.—Simpatía entre el sacerdote y el soldado.—Los salvajes atacan; triunfo del padre Salvatierra. .	49
Capítulo VII.—Conversion de un cacique.—Culto de la Santísima Virgen.—El padre Piccolo.—Ceremonias, instrucciones.—Pequeño misionero salvaje.—Carestía de víveres.—Asociación contra los blasfemos.	57
Capítulo VIII.—Trabajos de los padres Piccolo y Salvatierra.—Nueva misión; acontecimientos desgraciados.—Vanias instancias del padre Salvatierra al virey.	66

Capítulos.	Páginas.
Capítulo IX.—Disposiciones del gobierno español bajo Felipe V.—Los misioneros, blanco de nuevas calumnias. . . .	71
Capítulo X.—Sonora: reflexiones.—Justicia que hace á los misioneros Mr. Fernando Denis.—Reconocimiento de los lugares por los padres Knio y Salvatierra	76
Capítulo XI.—Los apaches.—Paso del Colorado.—Varios descubrimientos . .	82
Capítulo XII.—Garcí de Mendoza.—Los indígenas de Viggé Biaundo saquean y destruyen la habitacion del padre Ugarte y su oratorio.—Confianza y trabajos de este padre.—El padre Piccolo se traslada á Guadalajara á fin de hacer presentes las necesidades de la colonia.—El padre Salvatierra va á reconocer la costa occidental con Piccolo y Basaldúa. Refutación á Robertson.—Abnegación reciproca de los misioneros y los salvajes.—Pesca de perlas.—Memorial presentado al rey Felipe V. . .	89
Capítulo XIII.—Memorial de Salvatierra al virey; lenguaje persuasivo y enérgico	104
Capítulo XIV.—Absurdas acusaciones contra los misioneros; confesion de Johnson sobre el desinterés de los jesuitas.—Disposiciones generosas del duque de Linares.—Nuevos y admira-	

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
bles trabajos de los padres.	112
Capítulo XV.—El padre Jaime Bravo.— Envenenamiento de unos soldados.— Pedro y Juan Ugarte.—Cristiana muerte de un indígena.—Rasgo de amor paternal.	116
Capítulo XVI.—Tempestad.—Noble ab- negacion del padre Alvarado.—Nuevas misiones.	122
Capítulo XVII.—Pruebas que experimen- tan los misioneros.—Piaosas peregrina- ciones de los indígenas.—Desastres.	130
Capítulo XVIII.—Pesca de perlas.—Me- didas contra la pesca clandestina; nue- vas calumnias.—Muerte del padre Sal- vatierra.—Oferta de un mexicano; buenas disposiciones de Felipe V.—Tem- pestad, trabajos del padre Tamaral, exploraciones geográficas del padre Ugarte.	136
Capítulo XIX.—Los padres Evrard, He- llen y Guillen. Talento de los padres para las construcciones; arte de hacer- se amar de los salvajes; rudos trabajos.	145
Capítulo XX.—Continuacion de los tra- bajos; el padre Nápoli.	161
Capítulo XXI.—Los cochimíes evangeli- zados por el padre Luyando.—Son ata- cados de una enfermedad epidémica. —Caridad del padre Luyando para con los salvajes, su valor guerrero.—Muer-	

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
te de los padres Piccolo y Ugarte.	166
Capítulo XXII.—Nuevas misiones.—Los padres Echeverría, Tamaral y Segis- mundo Taraval.—Islas de los Dolores.	173
Capítulo XXIII.—Complot de dos mu- latos, martirio de los padres Carran- co y Tamaral.	183
Capítulo XXIV.—Nuevas instancias al vi- rey; abnegacion, intervencion de los ya- quis.	197
Capítulo XXV.—Real proteccion al pa- dre Sedelmayer.	203
Capítulo XXVI.—Exploraciones del pa- dre Consag.	214
Capítulo XXVII.—Conclusion.	230



BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

